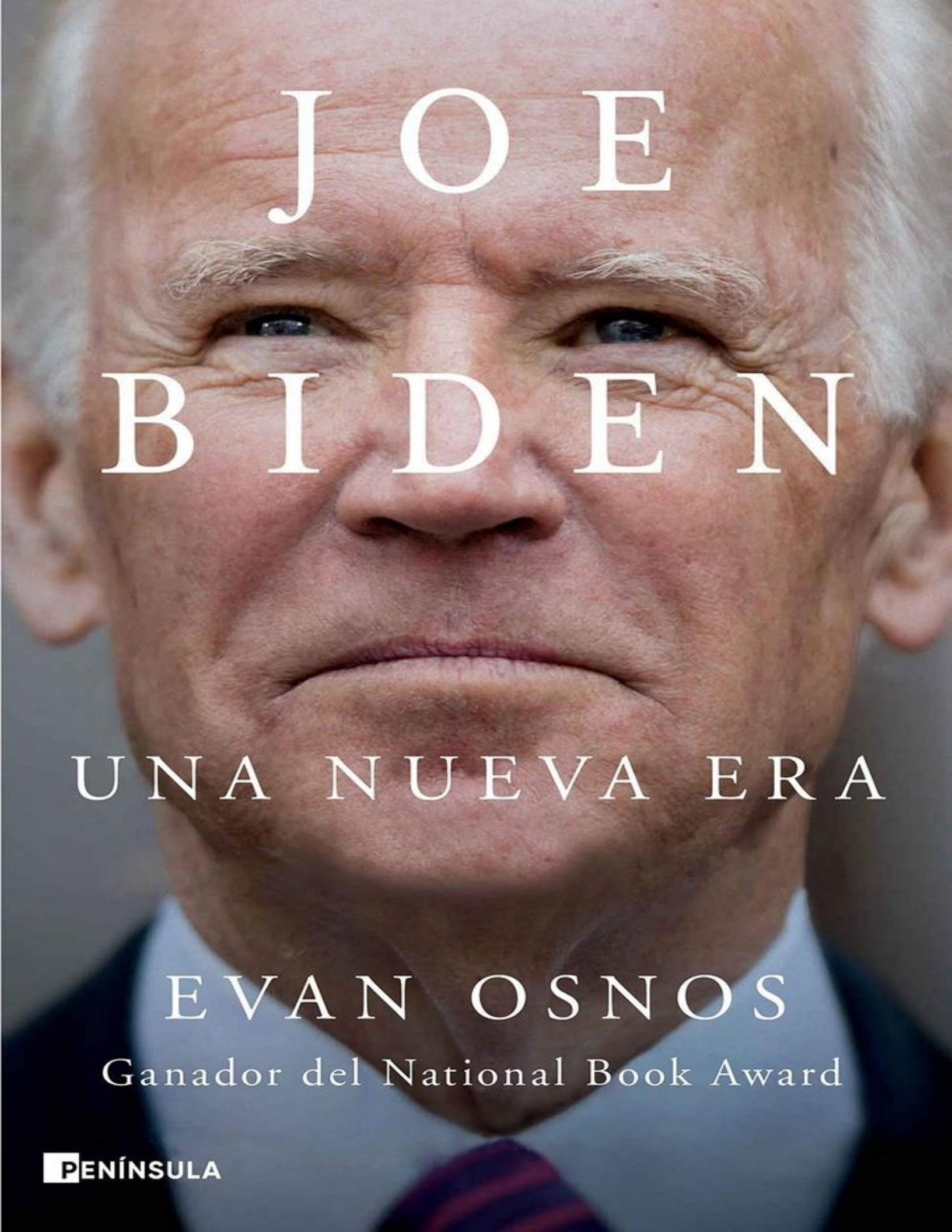

JOE
BIDEN
UNA NUEVA ERA
EVAN OSNOS
Ganador del National Book Award
PENÍNSULA

# Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Cita
PRÓLOGO
1. «ANNUS HORRIBILIS»
2. LO QUE HUBO QUE HACER
3. «TIENES QUE CRECER»
4. VICEPRESIDENTE
5. EL ENVIADO
6. AFORTUNADOS Y DESAFORTUNADOS
7. LA BATALLA POR EL ALMA
8. PLANIFICAR LA PRESIDENCIA
AGRADECIMIENTOS
NOTAS SOBRE LAS FUENTES
Créditos

# Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:




**Explora** **Descubre** **Comparte**

# Sinopsis

Este retrato de Joe Biden se centra en algunos de los episodios más trascendentales de la dilatada trayectoria política del presidente: desde su larga etapa como senador, hasta sus ocho años como vicepresidente de Obama, su estancia en el desierto político después de haber sido apartado por Hillary Clinton en 2016, su decisión de enfrentarse a Donald Trump y su elección de la senadora Kamala Harris como candidata a la vicepresidencia.

Evan Osnos ha realizado exhaustivas entrevistas a Joe Biden y ha tenido conversaciones reveladoras con más de un centenar de personas, entre ellas Barack Obama, Cory Booker, Amy Klobuchar, Pete Buttigieg, así como con varios activistas, asesores, oponentes y miembros de la familia Biden.

Un examen de los desafíos a los que el nuevo presidente deberá enfrentarse desde la Casa Blanca y una valoración de cómo las circunstancias políticas y los cambios en el pensamiento de Biden han alterado su postura. En este matizado perfil del nuevo presidente de Estados Unidos, destacan tanto sus debilidades, como su determinación y coraje ante la tragedia.

# JOE BIDEN
## Una nueva era

Evan Osnos

Traducción de Ariadna Molinari Tato y José Carlos Ramos Murguía

*ediciones península*

*Para mi madre, Susan, que me enseñó a leer,*
*y para mi padre, Peter, que me enseñó a escribir*

Las personas pagan por lo que hacen, pero aún más por lo que ellas mismas se han permitido llegar a ser. Y lo pagan de forma muy sencilla: con la vida que llevan.

JAMES BALDWIN ,
*No Name in the Street*

Pero yo estoy atado a una rueda de fuego,
Y mis propias lágrimas me escaldan como plomo derretido.

WILLIAM SHAKESPEARE ,
*El rey Lear*

# PRÓLOGO

## *12 de febrero de 1988*

Un hombre de cuarenta y cinco años —blanco, padre de tres hijos— despertó en el suelo de la habitación de su hotel. Llevaba cinco horas inconsciente. Apenas si podía mover las piernas. No sabía cómo había llegado hasta ahí. Solo recordaba un fogonazo de dolor; había dado un discurso en Rochester, Nueva York, y había vuelto a su habitación, donde de pronto sintió como si un machete le partiera el cráneo. Llevaba meses ignorando un inusual dolor de cabeza y cuello, sepultándolo en Tylenol y achacándoselo al absurdo rigor de conjugar una campaña presidencial con la presidencia del Comité Judicial del Senado de Estados Unidos. La campaña había terminado de forma vergonzosa —reconoció para sus adentros que como consecuencia de su propia arrogancia—, pero los dolores de cabeza no remitían.

Logró subirse a la cama. Desde allí, su asistente lo puso en un avión con destino a Delaware, donde los médicos le encontraron un aneurisma cerebral; es decir, la dilatación de una de las arterias que irrigan el cerebro. Sus posibilidades de supervivencia eran tan pocas que, incluso antes de que llegara su mujer, llamaron a un sacerdote para que le diera la extremaunción. En unas horas, y en medio de una tormenta de nieve, lo trasladaron a Washington D.C., donde el cirujano le advirtió que la operación podría provocarle la pérdida de la capacidad del habla. «Ojalá eso me hubiera ocurrido el verano pasado», respondió el hombre.

Estuvo tres meses, entre cirugías y complicaciones adicionales, postrado en una cama de hospital. En un irónico giro del destino, parecía que el fracaso de la campaña presidencial le había salvado la

vida. Si hubiera seguido viajando y recorriendo New Hampshire de un lado a otro, e ignorando los síntomas, quizá ya no estaría allí. En el punto más álgido de aquel calvario, uno de los doctores le dijo que era «un hombre afortunado». Transcurrieron siete meses antes de que pudiera ponerse en pie y volver al trabajo. En su primer encuentro público dijo que había recibido «una segunda oportunidad en la vida».

Han pasado más tres décadas desde que Joe Biden estuviera a punto de morir tirado en el suelo, y ese episodio suele perderse entre los hitos oficiales de su biografía política. Sin embargo, ese instante refleja el patrón que ha definido su vida entera: un viaje de giros improbables, algunos de una suerte espectacular y otros de una crueldad inconcebible. La ambición de Biden por ascender a los peldaños más elevados del poder en Estados Unidos ha impulsado su carrera durante más de cinco décadas. Poco después de cumplir veinte años, la madre de su entonces novia (la que después sería su primera mujer, Neilia Hunter) le preguntó cuáles eran sus aspiraciones profesionales. «Ser presidente —contestó Biden, y luego añadió— de Estados Unidos.»

Su carrera política le permitió presenciar momentos cruciales en la historia moderna del país, incluyendo algunos de los conflictos determinantes en torno a la raza, el género, el crimen, la salud pública, el capitalismo y la guerra. Cometió errores, ofreció explicaciones y pagó un precio por todo ello. Una y otra vez desafió las predicciones de que su carrera se había acabado, y llegó el día en que, para su propio asombro, terminó acompañando a Barack Obama en su histórica campaña hacia la Casa Blanca. En el discurso que dio durante la Convención Nacional Demócrata de 2008, declaró: «El fracaso es inevitable en algún momento de la vida, pero darse por vencido es imperdonable».

En la vicepresidencia —el trabajo más menospreciado de todo Washington—, Biden con frecuencia proyectaba la imagen de ser alguien que no daba crédito a su buena suerte. Una vida llena de tribulaciones lo había hecho desprenderse de toda solemnidad. En una ocasión, durante una reunión privada, un ministro británico le preguntó cómo indicaba el protocolo que debían dirigirse el uno al

otro. Biden miró a ambos lados con un gesto teatral y contestó: «Parece que estamos solos. ¿Por qué no me llama señor presidente y yo lo llamo señor primer ministro?».

En 2020 ya era un político veterano, marcado por tantos años y batallas que sus oponentes, e incluso algunos de sus admiradores, cuestionaron la prudencia de que se presentara a una elección más. Pero él desafió una vez más las expectativas y se erigió como el candidato del Partido Demócrata en una contienda presidencial de implicaciones tan críticas para el futuro de Estados Unidos que hacía que todos esos viejos clichés sobre «la elección más importante de nuestras vidas» parecieran un chiste. Estaba en un mano a mano frente a Donald Trump, en la pelea por un puesto que perdía cada vez más su estatus de «líder del mundo libre».

Las circunstancias de una vida plena y un país en peligro conspiraron para llevar a Joe Biden al ojo del huracán del despertar estadounidense, lo que generó una inmensa curiosidad, tanto en Estados Unidos como en el extranjero, por entender qué lo había llevado hasta allí, qué pensaba, qué aportaba y también cuáles eran sus carencias. En el instante mismo en que su país se mostraba, brazos y piernas en cruz, en toda su vulnerabilidad frente a los ojos del mundo, Biden había encontrado su verdadero lugar en la historia.

# 1

# *ANNUS HORRIBILIS*

Los exuberantes alrededores de Wilmington, envueltos por los bosques del valle de Brandywine, son muy populares entre los herederos de la fortuna química de la familia Du Pont, cuyas propiedades y jardines están escondidos en lo que se conoce como el Chateau Country de Delaware. Allí, en lo que para esos estándares sería un terreno modesto, Joe Biden y su mujer, Jill, viven en una propiedad inclinada de poco más de hectárea y media que da a un lago.

El día que visité la residencia de Biden, faltaban noventa y nueve días para las elecciones. Para evitar contagios, sus asesores me instalaron en la antigua cochera, a unos cien metros de donde vive la familia. «Bienvenido a casa de mi madre», gritó Biden desde el piso de abajo, un instante antes de que su melena blanca se hiciera visible al subir las escaleras de lo que ahora era un chalé. Vestía una camisa azul, con las mangas enrolladas hasta los codos y un bolígrafo asomando entre los botones, y lucía una reluciente mascarilla N95 blanca.

En apenas tres semanas, Biden se convertiría en el candidato demócrata a la presidencia. El titular de primera página del *Washington Post* de esa mañana decía: «La reputación de Estados Unidos frente al mundo alcanza su punto más bajo». La cifra de víctimas por la pandemia del coronavirus se acercaba a los 150.000, tres veces más que el número de vidas estadounidenses perdidas en Vietnam; la economía se había desplomado con más velocidad que

en cualquier otro momento de la historia del país; en Portland, Oregón, agentes federales con uniformes sin distintivos lanzaban gas lacrimógeno a manifestantes a los que Donald Trump llamaba «anarquistas y agitadores enfermos y enloquecidos». Ese día, el presidente había advertido desde su cuenta de Twitter que los manifestantes «destruirían nuestras ciudades, y cosas peores, si Joe el Dormilón, la marioneta de la izquierda, llegaba a ganar. Los mercados entrarían en crisis y las ciudades arderían en llamas».

Al hombre que se interponía entre los estadounidenses y cuatro años más de Trump se le veía contento de recibir visitas. En aquel extraño verano de 2020, el hogar de los Biden parecía tan solemne y recluido como una abadía. El chalé en el que yo estaba, decorado con toques celtas (persianas verdes y cojines con un motivo de cardos bordado), era también centro de mando del Servicio Secreto; tipos enormes con armas enfundadas entraban y salían todo el tiempo. Biden se acomodó en un sillón del otro lado de la habitación y extendió las manos como señal de saludo con distanciamiento social. «Mis médicos no me dejan pasar una», me explicó.

Esa misma tarde, los Biden debían ir al Capitolio a rendir tributo al recién fallecido John Lewis, de Georgia, un icono de la lucha por los derechos civiles que, tras sufrir una fractura de cráneo a mano de los policías estatales en las marchas de Selma, Alabama, en 1965, había llegado a formar parte de la Cámara de Representantes y se había ganado el apodo de «la conciencia del Congreso». Era un viaje inusual. Desde el inicio del confinamiento por la pandemia de la COVID-19 en marzo, Biden se desplazaba casi de forma exclusiva entre su porche trasero, donde participaba en eventos de recaudación de fondos por Zoom, el gimnasio de la planta alta y la sala de juegos del sótano; desde allí se emitían las entrevistas para la televisión, frente a una librería y una bandera doblada solemnemente en forma de triángulo. Su equipo de campaña trabajaba desde sus respectivos hogares; en total, colaboraban en ella unos dos mil trescientos empleados.

Antes de que pudiera empezar a hacerle preguntas, me explicó los orígenes de aquel chalé. Cuando su padre, Joe Biden sénior, enfermó en 2002, Biden remodeló el sótano de la casa principal para que sus

padres se instalaran ahí. «Solo resistió unos seis meses, Dios lo tenga en su gloria —dijo—. Y pensé que mi madre se quedaría.» Al parecer, ella tenía otros planes. (La difunta madre de Biden, Jean Finnegan, tiene un papel central en la historia familiar. Biden recuerda que, en sus años escolares, una monja se burló de él por tartamudear, y su madre, una católica devota, fue a verla y le dijo: «Si vuelve a hablarle así a mi hijo, volveré y le arrancaré la toca de la cabeza».)

Biden me contó que, cuando Jean enviudó, ella le hizo una propuesta: «Me dijo: "Joey, si me construyes una casa, me mudo contigo". Yo le contesté: "Mamá, no tengo dinero para construirte una casa". Me respondió que lo sabía, pero que había hablado con mis hermanos: "Vende mi casa y constrúyeme un apartamento"». Durante años, Biden, que dependía de su salario gubernamental, estuvo entre los miembros menos acaudalados del Senado estadounidense. (Tras dejar la vicepresidencia y en solo dos años, los Biden ingresaron más de 15 millones de dólares por discursos, conferencias y contratos editoriales.) Biden reacondicionó la vieja cochera y su madre se mudó allí. «Entraba y la veía en esa silla de allá abajo, frente a la chimenea, viendo la televisión —dijo—. Siempre había una cuidadora sentada en un taburete escuchando sus confidencias.»

Joe Biden lleva cinco décadas siendo lo que él mismo llama un «hombre público»: ocupando un cargo en la administración, dando entrevistas, compartiendo anécdotas. La última vez que lo había entrevistado —mayormente sobre asuntos de política exterior— había sido en 2014, cuando él estaba en la Casa Blanca y Donald Trump era el anfitrión de la temporada 14 de *The Apprentice* . Biden tiene setenta y siete años y se ve más delgado que hace seis años, aunque no es demasiado notorio. Ha dejado atrás la juventud a regañadientes. Su sonrisa ha adquirido una jovialidad tan resplandeciente que hasta inspiró un tuit popular durante la campaña de 2012: «Los dientes de Biden son tan blancos que van a votar a Romney». Su cuero cabelludo se ha repoblado, su frente se ha relajado y todo él resplandece como un abuelo que vuelve a casa del gimnasio, lo cual suele ser el caso. Y su discurso se mueve en

meandros, como siempre. James Comey, exdirector del FBI, dijo una vez que una conversación típica con Biden se originaba en la «dirección A» antes de «enfilar hacia la dirección Z». (En diciembre de 2019, la campaña de Biden hizo público un resumen de su expediente médico en el que se le declaraba un hombre «saludable y vigoroso» para su edad.)

De una forma u otra, la cuestión de la edad sobrevolaba la contienda presidencial. En su momento, cuando asumió la presidencia, Trump había sido el presidente de más edad de la historia de Estados Unidos. (En el verano de 2020 tenía setenta y cuatro años.) Para desviar la atención sobre la agudeza mental del presidente, Trump y sus aliados dibujaron a Biden como un hombre senil, y el tema se hizo omnipresente en las cadenas de televisión de la derecha y en Twitter. Biden pareció no enterarse, porque no estaba pendiente de las redes sociales. (La campaña de Biden, en comparación con la de Trump, hizo un uso muy somero de esas plataformas. Mientras que Trump tenía más de 114 millones de seguidores entre Twitter y Facebook, Biden tiene menos de diez.)

Si ocurría algo sustancial, su equipo incluía un tuit en el resumen de las noticias que Biden revisaba en su móvil cada mañana. Pero, dijo, «no leo los comentarios. Trato de centrarme en los problemas de la gente».

A finales de agosto, diez semanas antes de las elecciones, Biden le sacaba un promedio de ocho puntos de ventaja a Trump. Pero ningún ser humano sobre la faz de la Tierra esperaba un final de campaña ordinario. Algunas encuestas indicaban que la diferencia se iba reduciendo, y que un vuelco inesperado en la economía, el Congreso o el Tribunal Supremo podría hacer cambiar las cosas. «Me gusta ver donde estamos, pero sé que las cosas se van a poner muy, muy feas», dijo Biden. Mientras Trump ponía en entredicho la legitimidad del voto por correo, el director del servicio postal, elegido por él, aplicaba descarados recortes en el servicio que ponían en peligro el recuento de votos. Ruth Bader Ginsburg, la jueza de mayor edad del Tribunal Supremo, había empezado un tratamiento de quimioterapia recientemente, y cada vez parecía más probable que se produjera una lucha encarnizada para elegir a su sucesor.

Personas afines a los republicanos ayudaban a Kanye West —la estrella de hip-hop afín a Trump— a presentarse en varios estados, cosa que muchos sospechaban que le restaría votos afroamericanos a Biden. Mientras tanto, las agencias de inteligencia de Estados Unidos advertían que, al igual que en 2016, los rusos estaban conspirando para perjudicar al contrincante de Trump, pero esta vez con grabaciones telefónicas manipuladas que daban alas al rumor de que Biden había abusado de su poder en la vicepresidencia para ayudar a su hijo Hunter a enriquecerse en Ucrania.

Biden encabezaba las encuestas, pero no parecía optimista. «Me preocupa que pongan en duda el resultado de la votación —confesó —. ¿Cuándo demonios se ha visto que un presidente dijera: "No estoy seguro de que vaya a aceptar los resultados"?»

Los sucesos de 2020 han puesto un interrogante sobre algunos de los elementos fundamentales del relato estadounidense. En relación a lo más necesario para detener la pandemia —suministrar mascarillas y facilitar pruebas diagnósticas—, el país más rico y poderoso del mundo hizo un trabajo chapucero, y algunas agencias estatales demostraron ser tan anticuadas y estar tan desprovistas de recursos que aún utilizaban faxes para transmitir información. Entretanto, la Casa Blanca ponía en marcha medidas que parecían una sátira de Kafka, como un incentivo fiscal para las comidas de negocios cuando se estaba recomendando a todo el mundo que no comiera fuera de casa.

A diferencia de lo que ocurrió durante la Segunda Guerra Mundial, cuando los estadounidenses de clase media escatimaron en suministros básicos —carne, azúcar, café—, en la era de la COVID-19 mucha gente se ha negado a quedarse en casa y a usar mascarilla. Algunos se fueron de vacaciones de Pascua, mientras dependientes de tiendas, cuidadores en asilos y repartidores de todo tipo volvían al trabajo bajo órdenes que los señalaban como trabajadores «esenciales». En Washington, hasta los preceptos más básicos de la cohesión política se venían abajo. Cuando Larry Hogan —el gobernador republicano de Maryland enfrentado con Trump— trajo

test de detección del coronavirus de Corea del Sur, sintió la necesidad de desplegar a la policía y a tropas de la Guardia Nacional para proteger el cargamento, por miedo a que el Gobierno federal intentara confiscarlo. Trump presumía de haber escatimado recursos y equipos de protección personal a los estados gobernados por demócratas. «No llames al gobernador de Washington —recordaba haberle dicho a su vicepresidente, Mike Pence—. No llames a la mujer de Michigan.» En abril, Jared Kushner, yerno del presidente y uno de los líderes del equipo de respuesta al coronavirus, declaró en Fox News que los esfuerzos del Gobierno habían sido «un éxito sin precedentes». En los cuatro meses siguientes, perdieron la vida al menos otras 110.000 personas.

Además, en plena pandemia, el asesinato de George Floyd, al que un oficial de policía asfixió con su rodilla, dio paso a un nuevo giro histórico en la historia de Estados Unidos y desató un enfrentamiento con la enraizada jerarquía del poder, a la que Isabel Wilkerson, en su libro *Caste* , describió como «el acomodador silencioso en un teatro oscuro, que alumbra los pasillos con su linterna y nos lleva a nuestros asientos asignados».

Cornell William Brooks, profesor de Harvard, activista y antiguo líder de la Asociación Nacional para el Progreso de las Personas de Color (NAACP, por sus siglas en inglés), equiparó el asesinato de George Floyd con el de Emmett Till en 1955, el cual inspiró el movimiento por los derechos civiles en Montgomery, Alabama. La escala de las protestas reflejaba una ira que trascendía el horrible suceso que las había provocado. «Lo que más duele es la esperanza frustrada. Muchos recordamos aquello de "esperanza y cambio", pero lo único que conseguimos es ira y miedo. La gente está harta», declaró Brooks.

Biden creía que el liderazgo fallido de Trump, en particular durante la pandemia, tenía que ser ya evidente hasta para los defensores más férreos del republicanismo. «Todos lo saben, hasta los que lo apoyan: todo gira en torno a sus intereses. Todo tiene que ver con él —me dijo—. Ha tenido un gran impacto en el modo en que la gente puede vivir su vida.» Aun así, admitió que quizá no sería suficiente como para hacer cambiar de opinión a los votantes. Biden no

describió a los simpatizantes de Trump como personas ingenuas o despreciables, ni las consideró culpables de nada. «Creen de verdad que sus condiciones de vida mejorarán si él es presidente —afirmó —. Trump ha mantenido un cierto grado de popularidad, creo, hasta un 40 %, por decir cosas como: "Los demócratas son socialistas. Vienen a quedarse con todo lo que tenéis".»

Los republicanos llevaban tiempo acusando a los demócratas de intentar instaurar el socialismo en Estados Unidos de forma encubierta. Sin embargo, arrojar esa acusación contra Biden, cuya carrera se ha distinguido por un cauteloso centrismo, era una tarea un tanto complicada. Biden decidió participar en las elecciones primarias de su partido con una misión y visión muy específicas: terminar con la presidencia de Trump. La mayoría de los estadounidenses, sostenía, no quería una revolución. En uno de los primeros actos que organizó para recaudar fondos, en Nueva York, prometió no «satanizar» a los ricos y dijo que «nada cambiaría de forma sustancial». (En las redes empezaron a circular carteles de campaña falsos, similares a los de Obama con la palabra «Esperanza», pero con el eslogan «Nada cambiará de forma sustancial».) No obstante, cuando se confirmó que Biden sería el candidato demócrata, en marzo, él mismo había comenzado a describir su proyecto como una apuesta por lograr un cambio sistémico de la magnitud del New Deal de Franklin D. Roosevelt. Según uno de los principales colaboradores de Bernie Sanders, durante una llamada telefónica sobre una potencial declaración de apoyo a su candidatura, Biden le dijo a Sanders: «Quiero ser el presidente más progresista desde Franklin D. Roosevelt».

Esa evolución confundió a los comentaristas de todas las tendencias del espectro político. A Biden se le acusaba al mismo tiempo de ser una marioneta socialista y un siervo del neoliberalismo. Para sus detractores de izquierda —en su mayoría demócratas más jóvenes, con un nivel educativo elevado, fuertemente ideologizados y con una gran presencia y actividad en las redes sociales—, Biden era una criatura del *ancien régime* y un defensor a ultranza del Estado de seguridad nacional, con tan pocas ganas de cambiar las cosas que cuando se proclamó candidato

demócrata subieron las acciones del sector de la salud. Los liberales vieron con desánimo cómo la ocasión más propicia en la historia del país de tener una contienda presidencial diversa había acabado produciendo como candidato a un hombre blanco en su octava década de vida. Fue como si el camarero hubiera vuelto de la cocina con la noticia de que los platos del día se habían terminado y que solo quedaban copos de avena. (Aunque, por supuesto, estaba también la opción de pedir más veneno para ratas.)

Maurice Mitchell, director nacional del Partido de Familias Trabajadoras, compartió conmigo la siguiente reflexión: «La gente decía: "Ay, no es más que un aficionado". Biden no es una persona con ideología, y está claro que la ideología es importante para nosotros. En las elecciones primarias, la suya era una candidatura retrógrada; todo giraba en torno a volver al camino en el que estuvimos durante los años de Obama». Según Mitchell, que también era uno de los líderes del Movimiento por las Vidas Negras, el cambio de tono de Biden ha llamado la atención de los progresistas: «Ha comenzado a entender que este podría ser un momento rooseveltiano. No está del todo en ese punto —nadie piensa que Joe Biden sea un icono del progresismo—, pero creo que podría ser tanto un producto del pensamiento más cínico como del más optimista».

Cuando se acercaba la fecha de las elecciones, le pregunté a Barack Obama en una entrevista cómo interpretaba el giro a la izquierda de Biden. «Los objetivos de Joe Biden y los de Bernie Sanders, vistos desde diez mil metros de altura, no son tan diferentes —arguyó—. Ambos quieren asegurarse de que toda la población tenga acceso a la salud. Quieren asegurarse de que todos puedan conseguir un trabajo con un salario digno. Quieren asegurarse de que todos los niños reciban una buena educación.» La diferencia, en realidad, es táctica, según Obama: «Muchas veces, la cuestión es: "¿Cómo llegamos ahí? ¿Qué apoyos necesitamos?". Creo que el momento que vivimos ha cambiado algunos de esos cálculos, pero no necesariamente porque Joe haya cambiado, sino porque las circunstancias han cambiado».

Las tensiones dentro del Partido Demócrata reflejaban el enfrentamiento entre el meliorismo liberal —la perspectiva política de cambio incremental a «largo plazo» de Obama y Biden— y el movimiento apremiante al que Sanders llamaba «revolución». Las dos facciones encumbraban virtudes opuestas: una ponía todo el énfasis en el realismo, la búsqueda de coaliciones y la política pragmática, mientras que la otra abanderaba la insoslayable evidencia de que las «reformas» de siempre no habían logrado hacer frente ni a las desigualdades sistémicas ni a las deficiencias del sistema de salud y del sistema penitenciario de Estados Unidos ni a la catástrofe ambiental.

La división era tanto generacional como ideológica. Toda una generación estadounidense ha crecido entre fiascos —la invasión de Irak, la respuesta al huracán Katrina, la crisis financiera de 2008—, y en parte culpa de ello a la gerontocracia. La media de edad de la población estadounidense es de treinta y ocho años; en el Senado, la media es de sesenta y cinco. Pocas veces en la historia del país ha tenido el Congreso una media de edad superior a la de 2020. El líder de la mayoría del Senado, Mitch McConnell, tenía setenta y ocho años; Nancy Pelosi, la portavoz del Congreso, ochenta. La diferencia de edad marcaba una diferencia profunda en la forma de entender el mundo. En palabras de Patrick Fisher, profesor de la Universidad Seton Hall y especialista en dinámicas políticas relacionadas con la edad: «En términos demográficos, políticos, económicos, sociales y tecnológicos, las generaciones son más distintas entre sí ahora que en cualquier otro momento que podamos recordar».

Hoy en día, los *millennials* son la generación más numerosa en Estados Unidos, además de ser la más diversa de la historia del país. Entraron al mercado laboral durante la peor recesión desde la década de 1930. En la actualidad, los menores de veinticinco años se enfrentan a tasas de desempleo que duplican las de los otros grupos de edad. En 2012, una cantidad récord de adultos de entre dieciocho y treinta y un años vivía con sus padres. Durante la década de 2010, mientras el trumpismo germinaba en la derecha, un movimiento rival crecía en la izquierda, encabezado por los más jóvenes. A sus ojos, los estadounidenses de más edad estaban

utilizando el sistema político para hacerse con los recursos destinados a las generaciones siguientes. En 2014, el Gobierno federal invirtió cerca de seis dólares per cápita en programas para adultos por cada dólar que invirtió en programas para niños, según Paul Taylor, autor de *The Next America* , un estudio sobre el futuro demográfico.

Muchos jóvenes estadounidenses tenían sus esperanzas puestas en Obama, quien en 2008 obtuvo la asombrosa cifra de 66 % del voto *millennial* . Al terminar su mandato, esta generación había llegado a la conclusión de que, si él no era capaz de impulsar a los partidos políticos a ponerse manos a la obra, nadie podría hacerlo. Entre 2013 y 2017, la media de edad de los Socialistas Democráticos de América pasó de sesenta y ocho a treinta y tres años. Muchos otros expresaron su deseo de un socialismo más próximo al New Deal. En 2019, Greta Thunberg, la adolescente sueca que puso en marcha una huelga internacional por el cambio climático, anunció en las Naciones Unidas: «El cambio se acerca, os guste o no».

Cuando le pregunté a Obama por las tensiones internas del partido, las describió como sensibilidades dentro de «la ideología demócrata tradicional». En sus propias palabras: «Es un partido de base amplia. Y eso significa que toleras, escuchas y aceptas a personas que son distintas a ti e intentas darles cabida. Así que trabajas no solo con demócratas liberales, sino también con demócratas conservadores, y tienes que estar dispuesto a hacer concesiones». Fue un sutil puyazo dirigido a los demócratas que ven el compromiso como un fracaso. Un año antes, Obama lamentó el surgimiento de un «pelotón de fusilamiento» dentro del partido: «Esta idea de pureza, de no hacer nunca concesiones, de estar siempre alerta, todo eso hay que superarlo de inmediato».

Antes de ser candidato, Biden había expresado su frustración por la escasa participación de la juventud estadounidense en las elecciones. En 2019, se quejó de que, cuando Trump se enfrentó con Hillary Clinton por la presidencia, los jóvenes «se quedaron en casa, no se involucraron». Sin embargo, en nuestra última conversación, ya en campaña, hizo un gran esfuerzo por sonar más conciliador: «Es una generación que ha tenido muy mala suerte —

lamentó—. Ha sido la generación más abierta, la menos prejuiciosa, la más brillante, la mejor educada en la historia de Estados Unidos. ¿Y qué pasa? Les toca el 11-S, una guerra, la Gran Recesión, y ahora esto. Esta generación merece ayuda en esta crisis». Se mostró también comprensivo ante ciertos aspectos de lo que reclaman: «Todavía sigo pagando el crédito estudiantil de Beau —dijo en referencia a su primer hijo, que murió en 2015—. Siempre pagó puntulamente, pero es que cuando se graduó de la Facultad de Derecho debía 124.000 dólares».

En la primavera de 2020, Biden comenzó a describirse como un «candidato de transición» y explicó que «no les hemos dado a los jóvenes el espacio necesario dentro del partido ni la oportunidad de poner el foco en sus intereses, ni de ser el centro de atención en el resto del país. Hay un grupo increíble de personas con mucho talento, con mucha frescura y muy jóvenes». Ben Rhodes, asesor de Obama en la Casa Blanca, me lo explicó en estos términos: «En realidad es una idea muy poderosa. Biden dice: "Soy un hombre blanco de setenta y siete años que ha sido senador durante tres décadas, y entiendo tanto los límites que eso me impone como la naturaleza de este país". Porque, por mucho que Biden se esfuerce, no puede comprender del todo los problemas a los que se enfrentan las personas de a pie. No es una crítica; es solo la realidad». Un funcionario de la administración de Obama observó que en aquella admisión de Biden había otro mensaje más sutil: «Este país necesita relajarse de una puta vez y tener un presidente aburrido».

Según Varshini Prakash, que a sus veintisiete años es una de las cofundadoras del Sunrise Movement, una organización encabezada por jóvenes que promueve acciones para combatir el cambio climático, Biden reconoció la necesidad de mostrar más que un mero interés retórico en la izquierda joven: «Tenemos un candidato presidencial que, en esencia, ha basado toda su carrera en apostar por soluciones incrementales. Y ahora se encuentra en este momento de la historia en el que la gente está harta en gran medida del *statu quo* que él representa —un sistema económico que ha impuesto su ley durante cuarenta años, de cuya defensa e instauración él fue parte—, pero también del sistema de salud, del

clima, de la violencia con armas de fuego, de la gestión de la migración. Son asuntos que están al rojo vivo. Creo que la COVID-19 fue la gota que colmó el vaso, lo que hizo que Biden tuviera que reconocer que, si no encuentra una forma de conjugar su apuesta por las soluciones graduales con el nivel de cambio transformativo que la gente está exigiendo, tendrá serios problemas».

Biden entró en el vehículo negro blindado que iba a llevarlo al tributo a Lewis. El candidato había cambiado su atuendo doméstico de campaña por algo más adecuado para un acto en memoria de un fallecido: una camisa blanca inmaculada, traje y corbata oscuros, y una mascarilla negra. En la rotonda del Capitolio, a Jill y Joe los recibió Nancy Pelosi, a quien no habían visto desde el inicio del confinamiento. Hicieron un corrillo para conversar; luego, los Biden se acercaron al féretro de Lewis, cubierto con una bandera y colocado sobre el mismo catafalco sobre el que había yacido el cuerpo de Lincoln un siglo y medio atrás. Al igual que otros, Biden había retado a los republicanos a honrar a Lewis reinstaurando la Ley del Derecho al Voto, para «proteger el derecho sagrado al voto por el que estuvo dispuesto a morir», en palabras de Biden. La ley había servido como contrapeso frente a la discriminación racial en las urnas entre 1965 y 2013, pero luego el Tribunal Supremo dictaminó que ya no era necesaria. Desde entonces, republicanos de varios estados no han escatimado esfuerzos a la hora de imponer requisitos sospechosos que excluyen a ciertos sectores de votantes; en paralelo, en el Senado, McConnell ha bloqueado todos los intentos de restablecer esa ley.

Biden había hablado por teléfono con Lewis pocos días antes de su muerte. Cuando recibió la noticia de su fallecimiento, declaró en un comunicado para la prensa: «Si sois padres y no sabéis cómo responder las preguntas de vuestros hijos sobre cómo entender el mundo en el que vivimos, yo os digo que les habléis de John Lewis».

Durante los días siguientes, el féretro de Lewis volvió sobre los pasos de la lucha por la liberación de la población negra, empezando por su pueblo natal, Troy, en Alabama, siguiendo por el puente

Edmund Pettus, en Selma, y haciendo una parada en la recién bautizada plaza Black Lives Matter, cerca de la Casa Blanca. En el Capitolio, Biden apoyó una mano encima del ataúd y se persignó.

Trump, en cambio, no asistió al homenaje. Lewis declaró en una ocasión que Trump no era un «presidente legítimo», a lo que Trump respondió, muy poco sutil, que el distrito de Lewis estaba «infestado de criminales». Presionado para hacer declaraciones, Trump tuiteó, mientras volvía de jugar a golf, que la noticia de su fallecimiento le entristecía y agregó: «Melania y yo rezamos por él y por su familia».

Las turbulencias de 2020 le han ofrecido a Trump incontables oportunidades para mostrar su racismo e ineptitud, mientras que, por su parte, Biden —que tiene fama de ser bastante indiscreto en campaña— se ha librado de los peligros de tener una agenda apretada. Su equipo negó las insinuaciones de que le estuvieran permitiendo a Trump acaparar la atención a propósito, aunque en mayo Biden declaró con absoluta franqueza que «mientras más hable él, mejor me irá a mí».

El recato nunca ha sido el estado natural de Biden. Incluso en Washington, la meca de los charlatanes, Biden siempre ha destacado. Cuando Obama, al poco de llegar al Senado en 2005, lo escuchó pontificar durante una reunión del Comité de Relaciones Exteriores, le pasó una nota a uno de sus asistentes que decía: «Mátame. Ya». Un exmiembro del equipo de trabajo de Biden aseguró una vez que había adquirido la costumbre de flexionar ligeramente las rodillas durante los discursos de su jefe para evitar desmayarse. Biden es consciente de su reputación y a veces bromea al respecto. Cuando su micrófono dejó de funcionar durante una entrevista en televisión, aseguró: «Esto me lo hacen todo el rato en la Casa Blanca».

El hambre de afecto de Biden sin duda alguna fue un factor determinante de su victoria en las primarias. Pete Buttigieg, exalcalde de South Bend, Indiana, y uno de sus oponentes, observó a Biden tras bambalinas antes de un debate. «Algunos candidatos hablaban entre sí; algunos parecían hablar consigo mismos», explicó después. En cambio, Biden socializaba con los tramoyistas o animaba a los candidatos menos experimentados. «Creo que lo hace

feliz conversar, escuchar e interactuar con cualquier persona con la que se cruce.»

Con las elecciones a la vuelta de la esquina, Biden se enfrentaba a un dilema: sus éxitos políticos nunca habían sido resultado de encendidos discursos ni de un uso ingenioso de las redes sociales; habían llegado como consecuencia de su capacidad de conectar con la gente, y la pandemia había hecho que la gente estuviera en gran parte fuera de su alcance. La pregunta era si podría convencer a los votantes necesarios para vencer a Trump, cuando muchos demócratas habrían preferido a otro candidato para su partido.

# 2

# LO QUE HUBO QUE HACER

Biden a veces no sabe si asumir la imagen de abuelo bonachón que proyecta o luchar contra ella. En 2015, el presentador Stephen Colbert, durante una entrevista en su programa de televisión, dijo de él en un momento dado que era un «simpático anciano». Biden lo llamó al día siguiente, según me contó Colbert: «Me dijo: "Colega, si vuelves a llamarme simpático anciano iré en persona a darte una patada en el culo". Yo me reí; él se rio. Contesté: "No se preocupe. No volveré a llamarle simpático anciano; es obvio que no es *tan* simpático"».

En realidad, la efusividad de Biden siempre ha tenido un reverso un tanto más espinoso. Entre sus colaboradores, es conocido por apoyar a cualquiera con talento, aunque no tenga contactos, y por llamar a las madres de sus empleados para sorprenderlas, pero también puede ser hosco y exigente, y y suele dejar a otros la labor poco gratificante de recaudar fondos. En ocasiones, se muestra más atento con los espontáneos que le piden hacerse una foto que con el equipo que lleva años apoyándolo y que lo mantiene en la función pública. Jeff Connaughton, un exasistente al que Biden desilusionó, lo describió como «un autócrata egocéntrico». Pero Connaughton, que luego entró a formar parte de un grupo de presión, también admiraba el desprecio que profesaba Biden por la corrupta adulación que campaba a sus anchas en Washington. «Biden nunca levantó un dedo por mí ni por ninguno de mis clientes —escribió en su libro, *The Payoff* —. Al contrario que la mayoría de los congresistas, nunca

besó el anillo de los funcionarios al mando. Siempre hizo los mayores esfuerzos para distanciarse de ellos al máximo.»

Pese a todo el tiempo que lleva en Washington, Biden nunca ha pertenecido del todo a la élite tecnócrata. Para los demócratas institucionales —el círculo de los Obama y el de los Clinton— la rutina de Biden de coger el tren cada día (la razón de su apodo Amtrak Joe, por la compañía ferroviaria estadounidense Amtrak) para ir a casa resultaba demasiado cursi y sus ambiciones demasiado transparentes. Biden es el primer candidato presidencial del Partido Demócrata desde Walter Mondale, en 1984, que no tiene un título de una universidad de la Ivy League. Vive rodeado de becarios Rhodes y de profesores universitarios, de modo que es sensible a la condescendencia, ya sea real o imaginaria. Llevaba apenas unos días en el Ala Oeste de la Casa Blanca cuando el periódico satírico *The Onion* tituló: «Biden se quita la camisa y lava su coche en la entrada de la Casa Blanca», con lo que afianzó un tópico —«Amtrak Joe», el pendenciero al final de la barra del bar— tan ubicuo que eclipsó el hecho de que Biden ha sido abstemio toda su vida. («Demasiados alcohólicos en la familia.» De pequeño Biden compartía habitación con el hermano de su madre, y recordaba que «incluso los niños nos dábamos cuenta de que el tío Boo-Boo bebía demasiado».)

Las inseguridades de Biden alimentaban cierta franqueza y vulnerabilidad. Pese a llevar décadas ocupando un cargo público, hablaba con cualquiera que estuviera a su alcance, en parte porque quería averiguar qué era lo que los demás sabían y él no. Un funcionario de alto nivel del Gobierno de Obama, que con frecuencia le presentaba informes a Biden, recordaba: «Él hablaba durante el 90 % de la conversación. Y aun así, siempre captaba algo de lo que decía. Al final, nos levantábamos y salíamos, y él me daba una palmada en la espalda: "Buen trabajo". Yo salía de allí un poco confundido. —Luego añadió—: La pregunta es ¿qué Joe Biden va a gobernar, el que está de verdad abierto a las perspectivas que lo ayudarán a ser más efectivo? ¿O el Joe Biden que te habla, pero no habla contigo, porque cree que tiene palabras y experiencia suficientes como para salir adelante en cualquier situación?».

Durante años, Biden ha batallado con una temible tendencia a meter la pata cuando habla. Una vez, al lamentar la situación de los soldados estadounidenses asediados por cobradores de deudas durante sus despliegues, condenó a los «Shylocks que se aprovechan de estos hombres y mujeres». En el vídeo del discurso, que pronunció en el otoño de 2014, su mirada recorre al público y, a juzgar por el relámpago que le atraviesa el rostro, algo le dice que ha vuelto a meter la pata. «Acción es elocuencia», apuntó Shakespeare, a principios del siglo XVII , solo unos años después de haber escrito *El mercader de Venecia* , la obra que hizo de Shylock un insulto antisemita de cajón. Tras el comentario de Biden, el director nacional de la Liga Antidifamación, Abraham Foxman, dijo que el término seguía siendo «una caracterización ofensiva». Biden ha apoyado desde siempre a la comunidad judía, de modo que Foxman puso lo ocurrido en contexto: «Cuando alguien tan cercano a la comunidad judía, tan abierto y tolerante como el vicepresidente Joe Biden usa el término "Shylock" para referirse a los usureros sin escrúpulos que tratan con nuestros oficiales militares, podemos ver lo enraizado que está en nuestra sociedad este estereotipo sobre los judíos». (Biden se disculpó casi de inmediato por su «pésima elección de palabras».)

Unas semanas después, volvió a meterse en líos. Esta vez, sin embargo, fue por decir algo que era cierto. En la Kennedy School de Harvard, tras pronunciar Biden unas palabras formales de inicio, uno de los estudiantes le preguntó si Estados Unidos debió haber intervenido antes en la guerra civil de Siria. Biden fue por libre en la respuesta: «Nuestros aliados en la región son nuestro mayor problema en Siria». Desde luego, no es una forma de hablar de ellos que los aliados suelan disfrutar. Nombró a los turcos, a los saudíes, a los emiratíes y dijo: «Despilfarraron cientos de millones de dólares y decenas de toneladas de armas, se las proporcionaron a cualquiera que fuera a pelear contra Asad, pero a quien estaban abasteciendo en realidad fue a Al Nusra y Al Qaeda», unos medios con los que contribuyeron al resurgimiento del radicalismo suní. El presidente turco, Recep Tayyip Erdoğan, exigió una disculpa y dijo que su

relación con Biden era «historia». (Biden se disculpó con Erdoğan dos días después.)

El problema en este caso fue decir en voz alta lo que otros en Washington solo decían en privado. Al describir el papel de los aliados estadounidenses en Siria, Biden estaba en lo correcto. Estados Unidos les había pedido a los turcos de forma pública que cerraran la frontera a los yihadistas que se dirigían hacia Siria, y los expertos no pusieron en duda que el dinero de los países del Golfo hubiera terminado en manos de extremistas militantes. Andrew J. Tabler, del Instituto Washington para la Política de Oriente Próximo, le dijo al *New York Times* que «existen errores fácticos y errores políticos» y el de Biden había sido de este último tipo.

Los infortunios de Biden, que solían llegar cuando se aventuraba a «salirse del guion», que es como nerviosamente se refería a ello su equipo, eran en parte la razón por la que los analistas políticos subestimaban con frecuencia su potencial. Muchos estadounidenses, fuera de Washington, se limitaban a encogerse de hombros ante las meteduras de pata de Biden. De hecho, sus comentarios desenfadados en Harvard distrajeron la atención de lo que era, en retrospectiva, un concienzudo análisis de política exterior, en el que trazó lazos entre diversas crisis —Estado Islámico, Ucrania, el ébola — y las crecientes tensiones territoriales entre regímenes autoritarios. Biden hizo un llamamiento a fortalecer a la OTAN, a ayudar «a las naciones pequeñas a resistir el chantaje y la coerción de las potencias mayores y sus nuevas armas asimétricas» (una referencia a Rusia y China). Describió una nueva era definida por una «increíble difusión del poder en el interior de los Estados y entre los Estados que ha llevado a una mayor inestabilidad», lo cual requiere de «una respuesta global que involucre a más actores, a actores más *diversos* que nunca antes».

Con el paso de los años, he logrado identificar algunas de las razones por las que Biden se enzarza en ocasiones en una guerra con su boca. La más común de ellas es el crimen pasional. Un día, durante la batalla por la implementación de la Ley de Atención Médica Asequible, también llamada Obamacare, en 2014, Biden estaba hablando con varios periodistas en el exterior del restaurante

Butterfield's Pancake House de Scottsdale, en Arizona, cuando vio a una joven sentada en un banco. En un intento de reclutarla para su causa, se acercó a ella para hablarle de la importancia de solicitar un seguro mediante la nueva ley: «¡Hazlo por tus padres! ¡Dales tranquilidad!», le imploró. Ella asintió, animosa, pero, después de que Biden se alejara, confesó que no podía inscribirse al seguro, pues era una turista canadiense. («No sabía si debía decirlo.») En otras ocasiones, los comentarios de Biden estallaron nada más producirse y él sabía a la perfección que lo harían. En un evento en la Casa Blanca para denunciar el acoso y las agresiones sexuales que sufrían las estudiantes, Biden dijo una vez que, de donde él venía, cuando «un hombre le levantaba la mano a una mujer, uno tenía, y disculpen la expresión, la responsabilidad de molerlo a palos».

Parte del problema era que Biden había aprendido sus hábitos en el Congreso, donde nadie sufre el escrutinio con el que se observa a un presidente o a un vicepresidente. Allí, sus palabras existían en un limbo entre calidad y cantidad. La mayor parte de lo que decía se perdía sin registrarse, de modo que, si decía algo desafortunado, quedaba enterrado bajo el ruido blanco que producían sus colegas. Una vez que fue elegido candidato vicepresidencial, sin embargo, sus declaraciones empezaron a ser examinadas en detalle. Biden aceptó que ese era el precio a pagar por su candidez. Me dijo: «No digo muchas cosas que no haya pensado bien. Sé que eso no parece muy propio de Joe Biden».

La narrativa común es que Joseph Robinette Biden Jr. es un producto de la generación silenciosa, el grupo de cautelosos estadounidenses nacidos entre la Gran Depresión y el final de la Segunda Guerra Mundial, demasiado jóvenes como para haber luchado en la guerra y demasiado mayores como para encabezar la contracultura. Quien popularizó el nombre fue William Manchester, en 1959, a quien los pertenecientes a esa generación le parecían «retraídos» y «poco imaginativos». Aunque esa imagen no basta para describir a una generación que incluyó a Muhammad Ali, Elvis Presley y Ruth Bader Ginsburg.

Más importante aún: nacer en Estados Unidos en 1942 y ser un hombre blanco y heterosexual era, en términos generales, como ganar la lotería cósmica. A causa de la baja natalidad durante la Depresión y la guerra, aquella generación fue particularmente poco numerosa; la primera, de hecho, en la historia del país, que era menos cuantiosa que la anterior. Sus miembros gozaron de mayor atención y recursos de sus padres, grupos reducidos en las escuelas y altas tasas de aceptación en las universidades. El New Deal y el GI Bill —la Ley de Reinserción Militar— les facilitaron beneficios, préstamos y programas de trabajo federales que impulsaron a millones de estadounidenses blancos hacia la clase media. El sociólogo Elwood Carlson, al analizar la buena fortuna de esta generación en su libro *The Lucky Few* , describió una época en la que las compañías estadounidenses expandieron su fuerza de trabajo, crearon un programa de pensiones y distribuyeron acciones, una combinación que produjo a «la generación más afortunada del siglo XX ».

Sus ventajas configuraron sus ideas en torno al gobierno, el dinero, la raza y las oportunidades. En un ensayo para *Harper's* , un año después de que Biden naciera, E. B. White captó una particular especie de chulería estadounidense de posguerra: «La Sociedad de Los Que Mueven Los Hilos —escribió— es una sociedad sin duda pomposa, cuyos miembros asumen con solemnidad toda la responsabilidad de su propia eminencia y éxito». Formaban un grupo homogéneo; nueve de cada diez eran blancos y nacidos en Estados Unidos. Tendían, en palabras de Carlson, a «ver sus triunfos en la vida como logros propios, en vez de pensar en el contexto social que hacía que su éxito fuera posible». En términos políticos, entre los que eran de derechas estaban «los republicanos más conservadores de cualquier generación del siglo XX ».

Biden encajaba en el molde en algunos aspectos y lo rompía en otros. Era el mayor de cuatro hermanos, y tenía diez años cuando su padre se quedó sin trabajo y la familia se mudó de Scranton, Pennsylvania, a Delaware. Su padre, conocido como «Big Joe», limpiaba calderas y vendía coches. Big Joe había tenido dinero de

joven, pero el negocio había ido a la baja; entre los vestigios de sus roces con la prosperidad se encontraban un mazo de polo y una sensibilidad exacerbada ante las faltas de respeto. Una vez, en una fiesta de Navidad, su jefe lanzó un cubo de dólares de plata a la pista de baile y se quedó mirando cómo sus vendedores se arrastraban por el suelo para recogerlos. «Mi padre se quedó paralizado un segundo», escribió su hijo en sus memorias, *Promises to Keep,* publicadas en 2007. Luego, «se puso en pie, cogió a mi madre de la mano y salieron de la fiesta», tras lo que perdió su trabajo.

La madre de Biden reafirmó esa hiperatención al estatus. «Nos decía, desde que éramos pequeños: "Nadie es mejor que vosotros" —recordaba su hermana, Valerie Biden Owens—. Y vosotros no sois mejores que nadie".» Los Biden se mantenían fieles a una vieja concepción de la lealtad de vecindario. «Es el pegamento que mantiene unida a la sociedad —me dijo Biden—. Si no eras leal, no eras una persona digna.» Le gustaba recordar una historia de cuando a su padre lo estafó uno de sus socios. Cuando los fiscales le pidieron testificar, Big Joe respondió: «No puedo, soy el padrino de su hija».

Casi todos los recuerdos de Biden al hablar de su infancia giran en torno a la experiencia de tartamudear. «Hablaba como en clave morse. Punto-punto-punto-raya-raya-raya-raya —recordaba—. Era como tener que estar en el rincón con las orejas de burro. Los demás niños me miraban como si fuera tonto. Se reían. Al día de hoy, puedo recordar el terror, la vergüenza, la furia absoluta de forma tan vívida como cuando ocurrió.» Leer en latín era un infierno: «Llevaba solo tres semanas en la escuela y ya me llamaban Joe Impedimenta, por mis problemas al hablar».

Según Biden, superó su «impedimenta» sobre todo a base de fuerza de voluntad y perseverancia. En términos prácticos, lo que hizo fue empezar a utilizar atajos para navegar por el mundo. «Aprendes a anticiparte a lo que crees que te enfrentarás —dijo, y me dio un ejemplo—: Sé que tal persona me va a preguntar por el juego de los Phillies, o el de los Yankees. ¿Por qué no cortarlo de raíz y preguntarle por los Yankees desde el principio? Así, puedes

ensayarlo mientras te acercas.» Bajó la voz, casi susurrando: «¿Cómo ves a los Yankees? ¿Cómo ves a los Yankees?». Empezó también a recitar textos —Yeats, Emerson, la Declaración de Independencia— y cuando estaba en su segundo año de instituto el tartamudeo comenzó a mejorar.

Nunca se deshizo del todo de aquella inseguridad. A lo largo de los años, lo he oído insistir una y otra vez en todo lo relacionado con el respeto y la vulnerabilidad. Aún recuerda el nombre de los niños que lo humillaban en primaria. Y, siendo ya funcionario público, sus subordinados aprendieron muy deprisa que a Biden no le gustaba quedar en ridículo. Uno de sus antiguos asesores recuerda preparar con él una llamada a un líder europeo para pedirle un favor; cuando el líder europeo, de forma inesperada, dijo que no, Biden se quedó petrificado. «Colgó el teléfono y me dijo algo como: "Nunca vuelvas a hacerme algo así. No pasa nada si la respuesta es negativa, haré la llamada de todos modos; pero necesito que me avises".»

Gracias a su fuerza de voluntad, también cultivó la capacidad de dar discursos apasionados. Aprendió que mantener la atención del público en ocasiones requería salirse del guion. Una lección importante, pero también ominosa. «Si notaba que no me hacían caso, improvisaba, contaba un chiste, me dirigía a alguien que no estaba prestando atención para involucrarlo —reconoció—. Me encantó sentirme capaz de convencer a un jurado, y de que ocurriera ante mis ojos.»

A diferencia de los grandes oradores de Washington que lo inspiraban y lo rodeaban —John F. Kennedy, Daniel Patrick Moynihan, Bill Clinton, Obama—, Biden consiguió dar buenos discursos a fuerza de trabajo arduo, más que de talento. El ya desaparecido congresista de Nueva York Steve Solarz fue al Senado una noche y se encontró la estancia casi vacía. «Había una persona en el estrado, hablando como si estuviera en el Coliseo romano. Era Joe Biden —le contó a uno de sus colaboradores—. Repetía su discurso una y otra vez, era como un tenista entrenando.»

Biden cursó sus estudios secundarios en la academia Archmere, una escuela privada de Delaware donde fue un alumno mediocre pero un estudiante popular. Para rebajar el precio de su matrícula, trabajaba con el equipo de mantenimiento de la escuela. Fue elegido delegado de la clase en su tercer año y también en el curso siguiente. En sus memorias, recurre a la tercera persona para confesar que «Joe Biden no pasaba muchos de sus sábados por la noche en la biblioteca». Esa inseguridad intelectual persiste hasta hoy y lo ha llevado en ocasiones a aferrarse quizá con demasiada fuerza a una estadística o a sumergirse de cabeza, pero de forma algo superficial, en los clásicos. (Tras el comentario de Shylock, Foxman dijo: «Joe y yo estamos de acuerdo en que tal vez tenga que releer a Shakespeare».)

Se matriculó a continuación en la Universidad de Delaware, donde jugó a fútbol americano, y trabajó un verano como salvavidas en una piscina pública. Allí conoció a varios jóvenes afroamericanos que vivían en unas viviendas sociales cercanas. Brett Gadsden, historiador de la Universidad Northwestern, que creció cerca de Wilmington, en Delaware, y ha escrito sobre la política racial de la ciudad, la describe como un lugar suspendido entre el norte y el sur, más cerca de Nueva York que de Raleigh, pero todavía tan segregada que algunas gasolineras se negaban a atender a los diplomáticos africanos que se dirigían a Washington. «Debe de haber alguna lección metafórica en el hecho de que Biden provenga de un lugar con esa mítica reputación de punto medio. Como centro imaginario, es casi emblemático», me dijo Gadsden.

Biden participó en algunas protestas contra la segregación, entre ellas un boicot en 1961 a un restaurante en Wilmington que se negaba a atender a uno de sus compañeros negros, y también formó parte de un piquete que impedía el paso al Rialto, un cine segregado, un año después. Posteriormente, exageraría en ocasiones su participación (afirmó haber participado en las marchas por los derechos civiles, cuando no fue así). En 2013, durante una ceremonia en conmemoración de la marcha en Selma, lamentó no haber hecho más. «Participé de todo ello, a pequeña escala, en mi estado, que seguía luchando contra los vestigios de las leyes

segregacionistas de Jim Crow —le dijo a la audiencia—. Pero me arrepiento y, aunque se supone que no debería hacerlo, me disculpo. Me ha llevado cuarenta y ocho años llegar hasta aquí. Debería haber estado antes.»

En su tercer año de universidad, Biden fue a las Bahamas durante las vacaciones de Pascua. Allí conoció a Neilia Hunter, estudiante de literatura inglesa e hija de los dueños de una cafetería situada en el norte del estado de Nueva York. En la solemne prosa de sus memorias: «Me enamoré hasta las trancas». Neilia y él se casaron en 1966. Joe se convirtió en alumno —por lo general ausente— de la Facultad de Derecho de la Universidad de Siracusa, Nueva York, donde, en sus propias palabras, como estudiante «combinaba de forma peligrosa la arrogancia con el descuido». Tuvo que repetir una asignatura, pues reprodujo, sin la atribución correspondiente, cinco páginas de una revista legal en un trabajo, pero alegó que había sido por ignorancia, y no por malicia. («No había asistido tanto a clase como para saber cómo citar.»)

Se graduó en el puesto setenta y seis de una promoción de ochenta y cinco alumnos, y se mudó a los suburbios de Wilmington, donde empezó a trabajar como abogado de oficio. En 1972, tras un breve paso por el concejo del condado de New Castle, se presentó como candidato al Senado de Estados Unidos. Era un movimiento audaz, pero estaba lejos de ser el favorito: en las encuestas, J. Caleb Boggs, un veterano de la Segunda Guerra Mundial de sesenta y dos años que llevaba veinticinco ocupando cargos públicos a nivel estatal, le sacaba 30 puntos. Biden, a sus veintinueve años, era tan joven que el día de la elección no tenía aún la edad legal para ocupar el puesto. En los actos de campaña, la gente creía que era el hijo del candidato que figuraba en las papeletas, y los periodistas bromeaban con que hasta los zapatos de su oponente tenían más años que él. Pero Biden hizo de su edad una ventaja política.

Puso en valor su juventud, haciendo campaña con su fotogénica familia —su mujer, Neilia, los pequeños Beau y Hunter y la recién nacida Naomi— y publicando anuncios con la frase «Biden entiende los problemas de hoy». El *Evening Journal* de Wilmington observó que los votantes de su edad «parecen haber encontrado a su "nuevo

héroe" cuando lo oyen hablar sobre cómo la vieja guardia ha echado a perder las cosas». La familia recorrió el estado de un extremo a otro, atrayendo a votantes que se oponían a la guerra en Vietnam o que se sentían ajenos a la política. Biden desarrolló un instinto para reconocer el límite de las críticas que podía lanzar sin dañar la mística de su campaña de insurgencia. Cuando Boggs batalló para dar con un dato durante un debate, Biden resistió el impulso de atacarlo por ello, intuyendo, como diría después, que «nadie en el público quería ver a Boggs humillado; habría sido como pegar al tío favorito de toda la familia». Para cuando Boggs reconoció la amenaza que representaba su oponente, ya no había manera de evitar la que fue una de las sorpresas más grandes en la historia del Senado. Biden ganó por tan solo tres mil votos.

Durante las semanas anteriores a su toma de posesión, Biden estuvo trabajando desde una oficina que le dejaron en Washington. Su hermana Val le ayudó a organizarse. La tarde del 18 de diciembre, la vida de Biden saltó en pedazos. Su hermano Jimmy llamó y pidió hablar con Val. Ella palideció. «Ha habido un pequeño accidente», le explicó. Biden notó algo en su voz; lo sintió en el pecho. «Está muerta, ¿verdad?», dijo.

La Chevy familiar blanca de Neilia había recibido el impacto lateral de un tráiler cargado de mazorcas de maíz cuando llevaba a los niños a comprar un árbol de Navidad. La carretera había quedado cubierta de panfletos de la campaña. Neilia y Naomi, su hija pequeña, habían muerto. Hunter, de dos años, tenía una herida en la cabeza; Beau, que tenía tres años, estuvo hospitalizado durante semanas con varios huesos fracturados.

Biden, que hasta ese momento había gozado de una buena suerte casi absurda, valoró la posibilidad de suicidarse. En *What It Takes* , un estudio ya clásico sobre las mentes de los políticos, Richard Ben Cramer analizó el duelo de Biden tras el accidente: «Todo, todos ellos —todo lo que habían hecho— *no importaban* . Se habían ido». La prensa quería ver a un viudo estoico, observó Cramer, pero «Joe estaba harto de todo, solo sentía asco».

Lo habían criado para creer en un Dios benevolente. «Pero yo no quería oír nada sobre un Dios piadoso. No había palabras, oraciones o sermones que pudieran darme paz. Sentía como si Dios me hubiera jugado una muy mala pasada, y estaba furioso», dijo más adelante. Le costaba imaginarse ocupando su lugar en el Senado, pero figuras importantes en el partido, como Mike Mansfield, lo instaron a intentarlo al menos seis meses. Al final, Biden ocupó su escaño, en parte porque le preocupaba qué sería de sus hijos si su padre nunca se recuperaba. Juró su cargo junto a la cama de hospital en la que Beau yacía enyesado.

«Habían perdido a su madre y a su hermana, así que no podían perder a su padre. Eso es lo que lo hacía levantarse de la cama por las mañanas», me dijo Val, que se mudó a casa de su hermano y vivió con él y los niños durante cuatro años. Biden decidió que seguiría viviendo en Wilmington. Era un padre soltero que hacía el viaje de noventa minutos de ida y vuelta en el tren de Amtrak, un ritual diario que lo alejó de la escena social de Washington y se convertiría en una constante en su vida. Ted Kaufman, uno de sus colaboradores más cercanos, me dijo: «Seis meses después del accidente a menudo estaba tan mal como el día en que ocurrió. Tenía uno de los anillos de Neilia, y se lo ponía en el meñique. Si llegaba a la oficina con el anillo puesto... caray, sabías que estaba sufriendo en serio».

Con el paso de los años, Biden aprendió a sobrellevar el dolor gracias a una serie de estrategias, de su propia invención, diseñadas para domar su mente, similares a las maniobras que había desarrollado para superar su tartamudeo. Tenía siempre un bolígrafo y una libreta junto a la cama y le ponía una nota, del uno al diez, a cada día, para medir su progreso. Le consolaba pensar en algo que decía su padre: el destino antes o después le da a cada persona, o a cada familia, cosas buenas y malas en perfecto equilibrio. «Mientras más altas sean las subidas, más profundas serán las caídas», solía decir.

Luego adoptó una creencia que había ayudado al patriarca de Boston Joseph P. Kennedy sénior, que tuvo que enterrar a cuatro de sus hijos. En una carta a un amigo, Kennedy escribió: «Cuando uno

de tus seres queridos desaparece de tu vida, piensas en qué podría haber hecho con unos años más... Y te preguntas qué vas a hacer tú con los años que te quedan. Entonces, un día, porque hay un mundo en el que vivir, te das cuenta de que eres parte de él e intentas lograr algo... algo que esa persona no tuvo el tiempo suficiente para hacer. Y quizá eso es lo que está detrás de todo».

# 3

# «TIENES QUE CRECER»

Cuando Biden llegó al Senado, en 1973, su principal meta era mantenerse allí. Un perfil sobre el senador novato en la revista *Washingtonian* señalaba que «el senador Biden no cree que las cuestiones políticas marquen la diferencia en una elección; la personalidad y la imagen que se proyecta son la clave». Biden llegó al Congreso apenas unos meses después de que Richard Nixon hubiera arrasado en la elección presidencial, a pesar de la investigación, que cada vez iba a más, en torno al escándalo del Watergate.

En sus primeros años en el Senado, Biden tuvo cuidado en evitar que le pusieran la etiqueta de liberal. La polarización partidista estaba en su punto más bajo, y los votantes con frecuencia dividían sus preferencias entre candidatos de varios partidos. En 1974, su apoyo al movimiento de derechos civiles y su oposición a la guerra en Vietnam hizo que Americanos por la Acción Democrática (ADA, por sus siglas en inglés), una organización progresista sin ánimo de lucro, le pusiera una buena nota. Biden lo lamentó. «Esas calificaciones de la ADA nos meten en tantos problemas que muchos de nosotros nos rompemos la cabeza buscando formas de votar con los conservadores —le dijo a un reportero—. Cuando se trata de derechos y libertades civiles, soy liberal; pero eso es todo. En realidad, soy bastante conservador en casi todo lo demás. Mi mujer decía que yo era el hombre más socialmente conservador al que había conocido.»

Ese mismo verano, Biden se reunió con ciudadanos blancos de su comunidad, residentes en los suburbios, que le criticaron por su disposición a apoyar el traslado forzoso de estudiantes blancos a escuelas de distritos negros, una práctica conocida como *busing* y destinada a fomentar la integración racial. Biden se convirtió en el gran defensor de esos ciudadanos, y en el principal demócrata que se oponía al *busing* . Brett Gadsden, el historiador de la Northwestern, estuvo entre los estudiantes del área de Wilmington que fueron desplazados a una escuela con una mayoría de estudiantes afroamericanos a pesar de la oposición de Biden. «En lo personal, creo que mis compañeros y yo salimos muy beneficiados —me dijo Gadsden—. Es comprensible, en un sentido estrictamente político, que Biden se opusiera al *busing* a principios de los setenta. Sin embargo, en términos históricos, Biden eligió de forma deliberada ignorar una larga lista de violaciones de los derechos constitucionales de los niños negros.» Eso lo colocó «dentro de los márgenes de la retirada liberal de los derechos civiles que se inició con el rechazo al *busing* y se extendió hasta la política de triangulación del presidente Clinton».

En sus primeros años como senador, Biden se enfrentó a burlas constantes por su aparente poca seriedad y falta de aplomo. En una ocasión, el secretario de Estado, Henry Kissinger, confundió al joven senador con un asistente; cuando se le informó de su error, Kissinger ofreció solo una tibia corrección: «Mis disculpas, senador Bidd-en», dijo el secretario de Estado, pronunciando mal el nombre de Biden. (Biden respondió, con evidente retintín y llamándolo por el nombre de uno de sus predecesores en el cargo: «No se preocupe, secretario Dulles».) En otra ocasión, Biden pronunció en el Senado un apasionado discurso sobre un tema que no le era demasiado familiar —los pozos petroleros— y uno de sus oponentes se lo hizo notar. («¿Ha *visto* alguna vez un pozo, senador Biden?».) Según un exasistente de Biden: «Lo vapulearon. Y, a partir de ese día, dijo: "Siempre voy a estar bien preparado"».

Pedía a su equipo que lo ayudara a preparar respuestas a cualquier pregunta imaginable. Contactaba con investigadores en busca de información sobre temas que desconocía. En mayo de

1975, le escribió una carta a Hannah Arendt, la teórica política que exploró las raíces del autoritarismo:

> Apreciada señora Arendt:
>
> He sabido, por un artículo reciente de Tom Wicker, del ensayo que leyó usted en el Foro del Bicentenario de Boston.
>
> Como miembro del Comité de Relaciones Exteriores del Senado, sería para mí un honor recibir un ejemplar de su trabajo.
>
> Gracias.
>
> Atentamente,
>
> JOSEPH R. BIDEN JR.
> Senador de Estados Unidos

El ensayo al que Biden se refería era «Home to Roost», una conferencia que Arendt pronunció el 20 de mayo de 1975 en el Faneuil Hall de Boston, en la que fue una de sus últimas apariciones públicas antes de su muerte en diciembre de ese mismo año. Sus palabras alertaban con gran clarividencia de los peligros de las doctrinas del mundo comercial —los en apariencia inocentes engaños publicitarios, el negocio del autobombo y de las relaciones públicas—, que proporcionaban a los políticos estadounidenses un mayor poder de engaño. Las mentiras son tan viejas como la política, apuntaba Arendt, pero la mentira «como forma de vida» era más común en «países con regímenes totalitarios». «Cuando la verdad venga a cosechar lo que se ha sembrado, intentemos cuando menos darle la bienvenida, no tratemos de escapar hacia alguna utopía, hacia imágenes, teorías o puras insensateces. La grandeza de esta república ha sido dar cuenta de lo mejor y lo peor del hombre, todo en pro de la libertad.»

A la vez que Biden ascendía en el Senado, reconstruía su familia. Dos años y medio después de la muerte de Neilia, su hermano le concertó una cita a ciegas con Jill Jacobs, una estudiante de literatura de último año de la Universidad de Delaware. Era una maestra en ciernes que había crecido en los suburbios de Filadelfia. A Jacobs le intrigaba aquel hombre que, en sus propias palabras,

«no se parecía en nada a los tipos de patillas y pantalones acampanados con los que acostumbraba salir». Había trabajado como modelo en la región y Biden la reconoció de un anuncio en el aeropuerto. Jacobs no deseaba una vida en la política, pero no pudo evitar querer enseguida a los hijos de Biden. En la familia Biden, no había ninguna decisión individual. Dos años y medio después de la muerte de Neilia, sus hijos preguntaron: «¿Vamos a volver a casarnos?». Hicieron falta varias peticiones pero, en 1977, Jill se casó con él. Tuvieron una hija, Ashley, que se convertiría en trabajadora social.

Durante las décadas siguientes, Jill Biden hizo lo posible por seguir teniendo una vida propia. Se convirtió en la primera mujer de un vicepresidente que conservó su trabajo de tiempo completo, enseñando literatura en la Universidad Comunitaria del Norte de Virginia, donde compartía un cubículo. Cuando me senté a conversar con ella en un café cercano a la Casa Blanca, su equipo de seguridad permaneció en un discreto segundo plano y nadie pareció reconocerla. En 2008, Biden dijo que su mujer era «una belleza despampanante», lo que molestó a algunas de sus votantes. Le pregunté qué pensaba al respecto. «A veces me molestan un poco algunas de las cosas que dice, porque me parecen demasiado personales. Pero lo cierto es que creo que Joe de verdad piensa lo que dijo —se rio—. ¿Cómo puede ofenderte que tu marido piense eso de ti?»

En 1987, tras quince años en el Senado, Biden había disipado algunas de las dudas que había suscitado en el inicio su carrera. Como presidente del Comité Judicial del Senado, lideró la votación que hizo fracasar la nominación del juez conservador Robert Bork, propuesto por Ronald Reagan para el Tribunal Supremo, lo que le valió el elogio de los demócratas. Ese año, lanzó su primera campaña para ocupar la presidencia, pero, al ponerse bajo los focos, sus viejas inseguridades y su tendencia a los atajos volvieron a perjudicarle. En uno de los discursos que utilizaba, hablaba de los orígenes humildes y citaba al político británico Neil Kinnock. Sin embargo, en la Feria Estatal de Iowa, al pronunciar su discurso no citó a Kinnock —un error inconsciente, dijo—, sino que hizo propia

su biografía y habló de «mis ancestros, que trabajaron en las minas de carbón del noreste de Pennsylvania y pasaban doce horas ahí abajo».

No había tales ancestros mineros. Los periodistas descubrieron que su discurso contenía otra cita sin atribuir (de Robert Kennedy) y empezó a circular una grabación de Biden en New Hampshire en la que, en una audiencia pública, exageraba su historial académico y le soltaba a alguien que ponía en duda lo que decía: «¡Seguramente tengo un coeficiente intelectual mucho más alto que el suyo!». Biden se jactaba de haber recibido «una beca académica completa» y de haber «terminado entre los mejores de mi clase», cuando ninguna de las dos cosas era cierta. Cuando le preguntaron por ello, se disculpó y dijo: «Exagero cuando estoy enfadado, pero no voy por la vida diciéndole a la gente cosas sobre mí que no son ciertas». En los alrededores del Capitolio, la gente bromeaba: «Los Kennedy citaban a los griegos; Biden cita a los Kennedy». La reputación de fanfarrón de Biden empezaba a crecer, tanto que personal del Congreso hizo circular un currículum satírico con su fotografía y algunos de sus logros, entre ellos «inventor del poliuretano y de la podadora eléctrica» y «miembro de las Rockettes (1968)».

La campaña de Biden terminó antes de que acabara septiembre; duró menos de cuatro meses. Durante años, siguió maquillando su biografía de vez en cuando. Una vez dijo que le habían disparado en Irak. Cuando se cuestionó su afirmación, la matizó un poco: «Estaba cerca de donde cayó un disparo». Revisando el historial de sus exageraciones y plagios, he llegado a verlos como los excesos de un hombre ansioso por que todas sus historias resplandezcan, incluso cuando se expone a hacer el ridículo. Ha pagado un precio elevado por esa debilidad, que Biden solo ha reconocido de forma esporádica. Cuando anunció su retiro de la contienda presidencial de 1987, admitió haber cometido errores, pero le echó la culpa al «ambiente de la política presidencial, que hace tan difícil que el pueblo estadounidense considere a Joe Biden por todo lo que soy y no solo por mis equivocaciones al hablar». Después de eso, durante años culpó de su derrota a la ferocidad de la prensa y a los intentos de desprestigiarle de la oposición. En 2007, Biden al fin dejó de lado

las excusas. «Cometí un error, un error nacido de la arrogancia —le dijo a un reportero—. No merecía ser presidente.»

Poco después de dar por terminada su campaña presidencial, Biden sufrió el aneurisma que lo dejó tendido en el suelo de su habitación de hotel. Para cuando llegó el Día del Trabajo, estaba de vuelta en el Congreso. Cuando Biden habla de sí mismo, este es el momento que marca el comienzo de su resurrección. No obstante, una mirada más minuciosa revela un escollo más: en 1991, Biden estuvo a cargo de las audiencias de confirmación del juez Clarence Thomas al Tribunal Supremo, durante las que enfureció a sus partidarios liberales al no permitir el testimonio de mujeres que podrían haber dado mayor validez a las acusaciones de acoso sexual de Anita Hill contra el magistrado. A pesar de que Biden terminó votando en contra de Thomas, el juez consiguió su asiento en el Supremo por un estrecho margen, 52 a 48. Biden, que no menciona las audiencias de Thomas en sus memorias, aseguró a Jane Mayer y a Jill Abramson en una entrevista para *Strange Justice* , el libro que escribieron sobre lo ocurrido, que había actuado como lo había hecho «para ser justo con Thomas, cosa que, en retrospectiva, no merecía».

Biden se esforzó mucho por reconstruir su reputación. En 1994 consiguió que se aprobara la Ley de Violencia Contra las Mujeres, que mejoraba la protección que recibían las víctimas de relaciones abusivas y que ayudó a Biden a recuperar el apoyo de los grupos de mujeres. A Biden le encantaban las negociaciones de tú a tú, la cortesía bipartidista, el toma y daca para llegar a un acuerdo. Sus alianzas eran tan variadas que fue el único senador invitado a hablar en los funerales de Strom Thurmond, el senador segregacionista; de John McCain, el republicano de Arizona, y de Frank Lautenberg, el senador demócrata de Nueva Jersey que llamaba a Biden «el único judío católico». Biden me dijo: «Les pedías algo en el ámbito político y te decían "de acuerdo". Y, luego, aunque las circunstancias hubieran cambiado, cuando llegaba el momento de hacer lo que les habías pedido, lo hacían».

Biden lamentó la llegada de senadores más combativos, «sin ningún respeto por la institución del Senado». «Con esto quiero

decir que querían convertirlo en la Cámara de Representantes. Nunca olvidaré la primera vez que oí a alguien en el Senado referirse a Clinton como Bubba», uno de los apodos del presidente. Los legisladores no solo estaban abandonando el decoro y la cortesía, sino que ponían sus maquinaciones políticas privadas por encima del interés público. «Hoy, el compromiso es un concepto variable —lamentó Biden, y se puso a imitar a un congresista mercenario—: Sé lo que te dije *entonces* , pero ahora, vaya, ahora tengo un problema, así que ya no es posible.»

En el Senado, Biden forjó un historial legislativo que, para un progresista de hoy, más bien parece una lista de cargos criminales. Votó a favor de la desregulación de Wall Street, la Ley de Defensa del Matrimonio, el Tratado de Libre Comercio y la guerra en Irak. Durante las elecciones primarias de 2020, la senadora de Massachusetts Elizabeth Warren le reclamó el haber legislado «pensando en las compañías de tarjetas de crédito». En uno de sus titulares, la revista socialista *Jacobin* lo llamó «el Forrest Gump del giro a la derecha del Partido Demócrata», porque no dejaba de aparecer en momentos cruciales del siglo xx .

Nada en la historia legislativa de Biden le ha perseguido más que su contribución al borrador de la ley penal de 1994, la legislación más radical de su tipo en la historia de Estados Unidos. Contribuyó a los problemas de encarcelamiento masivo, ya que propició las leyes federales de reincidencia, que generalizaron las condenas de larga duración y concedieron miles de millones de dólares a los estados para construir cárceles.

En aquel momento, la ley tenía el apoyo de algunos demócratas de izquierda, como Bernie Sanders —«No me alegra haber votado por una ley tan terrible», dice ahora—, y de líderes políticos negros, entre ellos el congresista James E. Clyburn, de Carolina del Sur. Clyburn sabía que buena parte de sus votantes negros estaban mucho menos entusiasmados con la posibilidad de una reforma criminal que los liberales blancos. En un foro público en 1994, expresó su escepticismo con respecto a una iniciativa que buscaba

imponer sentencias más estrictas. «Casi me arrancan la cabeza en esa reunión, y todo el mundo ahí era negro —me confesó Clyburn hace poco—. El crack era una plaga en las comunidades afroamericanas. Querían sacarlo de sus comunidades y adoptaron una postura muy rígida frente a las drogas. Y por eso yo, junto a otros miembros del Grupo de Congresistas Afroamericanos, voté a favor de la ley penal de 1994.» Clyburn, al igual que Biden, está orgulloso de que la nueva legislación incluyera una Ley de Violencia contra las Mujeres, un veto a las armas automáticas y fondos para financiar una policía de proximidad y tribunales antidroga. Pero en el otoño de 1994, los republicanos asumieron el control de la Cámara de Representantes, y Clyburn los culpa por los cambios que impusieron. «Dejaron todo lo punitivo y quitaron todo lo bueno», lamentó. Biden ha expresado un reproche similar, aunque con matices. «Sé que no siempre acertamos, pero siempre lo intentamos —afirmó el año pasado—. Los expertos nos decían que con el crack no hay marcha atrás, que había algo que lo hacía diferente. No es diferente, pero ha metido a toda una generación en un callejón sin salida.»

En *Locking Up Our Own* , un estudio sobre justicia criminal y política racial premiado con un premio Pulitzer, James Forman Jr. describe el encarcelamiento masivo como consecuencia de «una serie de decisiones pequeñas, tomadas a lo largo de los años, por un grupo diverso de personas». En el fondo, podían rastrearse hasta lo que Forman llama «políticas de la responsabilidad», una teoría de disciplina personal, en consonancia con el individualismo de la generación silenciosa y los *baby boomers* , a la que se hacía referencia a menudo en los escalafones más altos del Partido Demócrata. En el discurso inaugural de su presidencia, en 1993, Bill Clinton prometió «ofrecer más oportunidades a todos y exigir más responsabilidades a todos».

Era un lenguaje salido del manual de actuación republicano. A finales de los ochenta, después de que los demócratas hubieran perdido cinco de las seis elecciones presidenciales anteriores, Clinton y otros miembros de la generación emergente de demócratas empezaron a hablar de la responsabilidad personal, con la que

buscaban trazar una línea más clara entre los que consideraban dignos de recibir beneficios y los que no. Ronald Reagan declaró: «Nunca abandonaremos a aquellos que, sin que pueda achacárseles culpa alguna, necesitan de nuestra ayuda». La expresión «sin que pueda achacárseles culpa alguna» apareció por primera vez en la retórica presidencial con los conservadores Calvin Coolidge y Herbert Hoover, pero Reagan la utilizó con más frecuencia que cualquier presidente anterior. Luego Clinton la empleó al menos el doble de veces que Reagan, según un estudio de Michael Sandel, filósofo político de Harvard. En 1995, Eric Holder se convirtió en el primer fiscal negro de Washington D.C. y lanzó la operación Alto el Fuego, que instaba a la policía de Washington a registrar coches para buscar armas. Era un antecedente de la política de «detención y cacheo» que Holder criticaría posteriormente como fiscal general de Obama. «No voy a hacerme el tonto al respecto —declaró en un foro comunitario en 1995—. Las personas a quienes detendrán serán, en una abrumadora mayoría, hombres negros jóvenes.»

Clyburn aseguró que, visto con perspectiva, ninguno de ellos estaba «intentando meter gente en la cárcel». «Estábamos tratando de responder a los deseos de nuestras comunidades.» Además de la ley penal, la política de la responsabilidad inspiró la reforma de los beneficios sociales de 1996, que limitaba los beneficios que recibían los más pobres, y la legislación sobre la bancarrota —apoyada por Biden—, que complicó las cosas a los estadounidenses que buscaban solventar sus deudas.

Ese énfasis en la responsabilidad y en rendir cuentas tuvo un efecto muy distinto en los que estaban en lo más alto. Clinton prometió durante su campaña poner freno a los salarios de los ejecutivos de las grandes corporaciones imponiendo un límite a la capacidad de una empresa de deducir de sus impuestos la compensación monetaria de los ejecutivos. No obstante, en una ley que pasó por el Congreso tras las elecciones, los consejeros de Clinton agregaron un vacío legal que dejaba al margen de ese límite a las compensaciones por «desempeño», como acciones y bonos. En consecuencia, el salario de los ejecutivos creció de forma exponencial, pues las empresas les pagaban sumas cada vez más

grandes en concepto de «desempeño». Biden llegó a lamentar su voto a favor de la medida. «Nos sonó bien en aquel momento, pero luego lo que pasó... Los mercados tienen una respuesta, y la respuesta fue: "Bien, vamos a comprar nuestras propias acciones, a elevar el valor de esas acciones y a pagarnos en acciones".» (En los años que siguieron al colapso financiero de 2007-2008, los altos ejecutivos de los veinte bancos más grandes de Estados Unidos recibieron primas de casi ochocientos millones de dólares en acciones por desempeño.)

Cuando le pedí a Cornell William Brooks, profesor de Harvard y exdirector de la NAACP, que le pusiera nota al historial de Biden en Washington, me presentó una imagen que era evocadora de la imagen mental que Biden tiene de sus picos y valles. «A la gente le encanta que haya servido con lealtad y eficiencia al primer presidente afroamericano, pero detestan que estuviera al frente de la ley penal. Su posición con respecto al *busing* es también conflictiva, pero se evalúa como un todo histórico y se tiene en cuenta su sinceridad —enumeró Brooks—. Las cosas que resultan más desconcertantes sobre Joe Biden a los ojos del ala más progresista del Partido Demócrata son las mismas cosas que resultan desconcertantes del Partido Demócrata.»

Biden sentía un amor por la política que resultaba excesivo incluso para los estándares de Washington. George Mitchell, el senador demócrata de Maine que llegó a ser líder de la mayoría en el Senado, se quejaba a menudo del poco interés de algunos de sus colegas por el poco glamuroso trabajo de conseguir votos tras bambalinas. «Por lo general, un senador acude a mí, como líder de la mayoría, y me dice: "Tenemos este problema. ¿Puedes conseguir los votos?". Y se va a cenar.» Biden era diferente. Mitchell recuerda pedirle que le ayudara a llamar a todos los senadores demócratas a sus casas. Al cabo de unas horas fue a ver qué tal le iba. «Yo estaba hablando con mi octavo senador; él seguía con el segundo. Le dije: "Joe, sé que quieres explicarles las cosas, pero tienes que ser más conciso".»

En 2007, Biden se presentó de nuevo como candidato a la presidencia. En los debates lo hizo bien: cuando le preguntaron si «tenía la disciplina suficiente como para no hablar de más», dijo que sí y se quedó callado. Pese a ello, no logró recaudar el dinero suficiente y desistió muy temprano. Parecía que su campaña sería recordada por poco más que un cumplido malogrado hacia Obama, a quien llamó un «tipo elocuente, inteligente, limpio y bien parecido». Cuando Biden recibió críticas por sus palabras, Obama lo defendió: «No tengo duda alguna sobre qué hay en su corazón ni sobre su compromiso con la lucha por la equidad racial en este país».

De hecho, la campaña de Biden había impresionado a Obama, que empezó a llamarlo para pedirle consejo en temas de seguridad nacional y política exterior. Biden ayudó a Obama a preparar el interrogatorio del general David Petraeus, una actuación que le mereció elogios. Obama también llegó a admirar la enorme cantidad de personas que Biden conocía en el extranjero. Mitchell recuerda recibir a jefes de Estado en el Capitolio: «Yo les decía: "Este es el senador Smith, y este el senador Jones". Cuando llegaba a Joe, el líder extranjero alzaba la mirada y saludaba: "Hola, Joe"». Al igual que en política interior, a la hora de buscar alianzas en el extranjero Biden veía el panorama más amplio. «Lo puedes enviar a Kazajistán o a Bahréin, no importa: va a encontrar a Fulano de Tal, a quien conoció hace treinta años y ahora es el encargado de todo —me explicó Julianne Smith, su exconsejera adjunta de seguridad nacional —. Y ni siquiera importa cuáles sean sus filiaciones políticas: conoce conservadores, conoce socialdemócratas... Porque, después de más de treinta y cinco años, todo el mundo ha pasado por el Comité de Relaciones Exteriores del Senado.»

Cuando Obama se erigió en el candidato de su partido, llamó a Biden para preguntarle si le parecía bien que pusiera en marcha el proceso de investigación necesario para poder nombrarlo vicepresidente. Biden rechazó la oferta y preguntó a su equipo si alguien podía recordar quién había sido el vicepresidente de Lincoln. Sin embargo, Jill lo empujó a reconsiderarlo. Según me explicó: «Estaba furiosa con George Bush por involucrarnos en esa guerra. Para mí, era un sinsentido». Había animado a su marido a ir a por la

presidencia porque, le dijo: «Tienes que acabar con esa guerra». La vicepresidencia le daba otra oportunidad para hacerlo. Por otra parte, añadió Jill: «Joe entró en la política por los derechos civiles. Que aquello hubiera evolucionado hasta el punto de que un hombre negro pudiera ser elegido presidente de Estados Unidos, y que Joe pudiera ser parte esencial de ello me pareció que era casi como un cuento de hadas».

Había solo un problema. «¿Cómo sería ser el número dos? ¿Y apoyar las decisiones de otra persona?», se preguntaba Jill. Biden nunca había trabajado para nadie, y no estaba seguro de poder hacerlo. Le contó a un amigo la conversación definitiva que había tenido con su mujer. Le preguntó a Jill: «¿Cómo voy a hacerlo?». Y ella respondió: «Madura».

# 4

# VICEPRESIDENTE

Los binomios presidenciales con frecuencia son matrimonios forzados, y Biden y Obama eran una pareja particularmente dispar. Para los estándares políticos, Obama proyectaba una indiferencia gatuna ante la adoración que provocaba a su paso, mientras que Biden estrechaba todas las manos, hombros y cabezas que veía. Los separaban diecinueve años y un océano de diferencias de estilo. Obama era un tecnócrata; Biden, un político visceral. Obama era el peripatético hijo mestizo de Hawái, Indonesia, Kenia y Chicago, un niño de los setenta que en alguna ocasión había experimentado con «un poco de coca». Biden creció con dos padres, tres hermanos y una rutina dominical: «Papá me daba un dólar. Yo pedaleaba hasta la farmacia Cutler para comprar medio galón de helado Breyers. Pedaleaba de regreso a casa y los seis nos sentábamos en la sala a ver *Lassie* , *Jack Benny* y *Ed Sullivan* ».

Cuando Obama reclutó a Biden como vicepresidente, algunos demócratas se mostraron desconcertados. Se suponía que la presidencia de Obama marcaría un nuevo capítulo en la historia generacional de la política estadounidense, el triunfo de lo que Stacey Abrams —activista de los derechos electorales y excandidata a gobernadora de Georgia— llamaría posteriormente «la nueva mayoría estadounidense», una coalición de «personas de color, de jóvenes y de blancos entre moderados y progresistas». Biden no había logrado superar el 1 % de los votos en los caucus de Iowa, pero Obama admiraba sus enérgicas intervenciones en los debates,

que conociera a todos los líderes extranjeros y sus contactos en Washington. En palabras de David Axelrod, el principal estratega de Obama, Biden también estaba «bien situado en términos culturales y geográficos»: hacía que Obama fuera más atractivo para la clase obrera blanca del Medio Oeste, quienes podrían no sentir una conexión natural con un activista negro.

Axelrod intuía también que Biden tenía una fortaleza que era difícil de articular en el lenguaje habitual de la política. Durante la investigación oficial previa al nombramiento, Axelrod visitó a Biden en su casa en Delaware y lo vio interactuar con su familia. «Estaba hablando con Beau y dijo: "Vengo luego a ver a los niños". Recuerdo que le dio un beso y le dijo "Te quiero"», contó Axelrod. Cuando volvió a Washington, le dijo a Obama: «Tienen algo especial». En Washington, la familia suele utilizarse como un accesorio; pero aquello era distinto. Así se lo explicó Axelrod a Obama: «Lo que ocurre allí es real. No sé qué papel tendrá en todo esto, pero me parece que puede ser una ventaja».

Tenían que llegar a conocerse. A Biden le resultaban irritantes algunos de los miembros del joven equipo de Obama; a los asistentes de Obama les preocupaban las improvisaciones de Biden. El vicepresidente no estaba acostumbrado al teleprónter. Debido a su tartamudeo, leer en voz alta era aún más incómodo para él que improvisar. A veces alguien le escribía los discursos y luego él iba por libre, lo que dejaba al equipo de campaña de Obama temblando por la posibilidad de que dejara caer lo que llamaban «las bombas de Joe», es decir, cosas que en realidad no quiere decir («Amigos, puedo decirles que he conocido a ocho presidentes, a tres de ellos de forma íntima») y cosas que sí quiere decir pero que debería callarse.

Cuando la campaña pasó por el sur de Filadelfia, a Ed Rendell, gobernador de Pennsylvania en aquel momento, le sorprendió ver a operarios instalando un teleprónter para Biden. «"¿Por qué hay un teleprónter para Joe? Nunca lo usa", pregunté. Y me contestaron, confidencialmente, algo como: "El equipo de campaña de Obama quiere que se limite a leer el discurso, para que no cometa errores".» En febrero de 2009, después de la toma de posesión presidencial,

Biden le dijo a su audiencia que había «un 30 % de probabilidades de que nos equivoquemos con la economía». Un periodista le preguntó al presidente al respecto; Obama respondió: «No recuerdo con precisión a qué se refería Joe. Lo que no es sorprendente».

Un día, comiendo juntos en la Casa Blanca, Biden sacó a colación el problema de relaciones públicas y le dijo a Obama que una división los afectaría a ambos. El presidente estuvo de acuerdo y prometió ser más cauteloso con sus palabras. «El vicepresidente pidió una cosa —recordó Rahm Emanuel, el primer jefe de gabinete de Obama—. Poder hablar siempre, que no lo silenciara y ser la última persona que hablara con él. Y el presidente honró ese compromiso.» De igual manera, Biden explicó: «Lo que me pidió el presidente a cambio fue que ambos nos comprometiéramos a que, cuando algo nos preocupara, cuando alguno de los dos estuviera haciendo algo que le molestara al otro, nos lo diríamos».

En Delaware, un estado con la mitad de la población que la ciudad de Houston, Biden había sido el político más famoso durante cuatro décadas. Las pegatinas de sus campañas decían simplemente «JOE». Pero, una vez en la Casa Blanca, Biden debía encontrar algo que hacer que resultara productivo y relevante. Hasta hacía poco, los vicepresidentes habían estado alejados del poder. Daniel Webster rechazó el puesto en 1848 con el siguiente argumento: «No tengo intenciones de que me entierren hasta estar muerto y dentro de un ataúd». Mientras Coolidge ocupó el cargo, se jactaba de dormir once horas diarias. Sin embargo, en las décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial, conforme la velocidad y el espectro de las decisiones tomadas en la Casa Blanca crecía, el poder del vicepresidente se incrementó. Al no haber una descripción fija del puesto, cada vicepresidente adoptó un enfoque propio: Al Gore se concentró en proyectos concretos que le apasionaban (el medio ambiente, la iniciativa Reinventar el Gobierno) y Dick Cheney se ocupó de lo que uno de sus colaboradores llamó «los asuntos de hierro» (defensa, energía).

En un principio, Biden esperaba ser un vicepresidente del estilo de Lyndon B. Johnson, que también tuvo una larga carrera en el Congreso y sirvió bajo el mando de un presidente más joven que él.

Luego leyó *The Passage of Power* , el cuarto volumen de la biografía de Johnson escrita por Robert Caro, y supo de lo frustrado que Johnson se sintió en el cargo: «No le pedían su opinión en nada, desde la bahía de Cochinos hasta la crisis de los misiles de Cuba. No formaba parte del proceso de toma de decisiones». En el vocabulario político de Joe Biden, nada era más importante que «formar parte del proceso». En vez del modelo de Johnson, intentó emular a Walter Mondale. Durante la presidencia de Jimmy Carter, Mondale rechazó las tareas de poca envergadura y trasladó su oficina del Edificio de Oficinas Ejecutivas Eisenhower al Ala Oeste de la Casa Blanca. «Mi trabajo era ser asesor principal del presidente», me explicó Mondale. Al igual que Biden, Mondale tenía tres décadas en el Congreso a sus espaldas e intentó ser un puente entre el poder legislativo y un presidente que allí apenas tenía contactos. «Obama estaba verde. Su paso por el Gobierno federal había sido breve. Le había ido, sin duda, muy bien, pero no estaba curtido en esos temas. Joe sí lo estaba. Podía ocupar un espacio que necesitaba llenarse.»

Cuando Biden aceptó ser vicepresidente, su única condición fue que quería que le garantizaran que sería «parte del proceso»: que estaría en todas las reuniones importantes, que siempre tendría acceso al presidente, que lo incluirían en todo. Obama estuvo de acuerdo. Solo añadió: «Quiero conocer tu punto de vista, Joe. Pero lo quiero en diez minutos, no en una hora».

La oficina de Biden en el Ala Oeste, a diecisiete pasos del Despacho Oval, estaba decorada como un hotel: maderas oscuras, cortinas pesadas, paredes azul marino, alfombra del mismo color. Tenía retratos de John Adams y Thomas Jefferson, los primeros dos vicepresidentes. (Adams se quejó de que el puesto era «el cargo más insignificante jamás ideado por el hombre».) Biden tenía un enfoque un poco más matizado. «Es lo que el presidente quiera que sea», me dijo un día en una entrevista en su oficina durante la hora de la comida. Biden había aceptado el puesto porque sospechaba que habría muchas cosas que podría hacer mejor que un presidente

joven y poco experimentado, pero, a los seis meses, recibió una lección de humildad al ver el modo en que Obama gestionaba una compleja crisis financiera que le ofrecía muy pocos dividendos políticos. «Creo que el liderazgo de Barack Obama evitó una larga e interminable recesión —aseguró Biden, y añadió—: Lo más difícil de hacer como líder, como padre, como político, como sacerdote... como lo que sea, es actuar para prevenir algo malo», pues luego no hay forma de probar que con ello se evitó algo peor.

Cada mañana, Biden cruzaba el pasillo para sentarse junto al presidente en el Despacho Oval y recibir informes sobre el estado de la economía y sobre temas de inteligencia. Tenía una invitación abierta para sumarse a las sesiones habituales del presidente con los secretarios de Estado y de Defensa. Como senador, Biden fue crítico de la acumulación de poder de Dick Cheney, pero, una vez que estuvo en la Casa Blanca, mantuvo algunas de las innovaciones que introdujo su predecesor. Antes de Cheney, los vicepresidentes no acostumbraban a participar en el Comité de Directores, formado por los principales consejeros de seguridad nacional del presidente. Cheney asistía a casi todas las sesiones; Biden iba una tercera parte de las veces.

Obama desarrolló la confianza suficiente en su vicepresidente como para encomendarle algunas de las tareas más delicadas de su administración. En una ocasión, la Casa Blanca necesitaba que se aprobara un plan de estímulo económico de 787.000 millones de dólares, y Emanuel le pidió a Biden que llamara a seis senadores republicanos. El vicepresidente consiguió el voto a favor de tres de ellos, y la ley se aprobó por un margen de exactamente tres votos. Biden ayudó a Sonia Sotomayor a prepararse para su audiencia de confirmación para el Tribunal Supremo y encabezó un grupo de presión dirigido a convencer al senador Arlen Specter, un republicano de Pennsylvania, para que cambiara de partido. Biden también ayudó a conseguir votos a favor para la Ley de Atención Médica Asequible, la legislación social más ambiciosa desde la Gran Sociedad de Lyndon B. Johnson.

Obama le pidió que supervisara los gastos del programa de estímulo económico, que gestiona una gran cantidad de intereses

locales y estatales. Biden bromeaba con que él era el único miembro de la administración que no podía ser despedido, y procuraba ser sincero en los debates internos de la Casa Blanca. «Cualquier presidente te dirá que lo más difícil de encontrar en el Despacho Oval es alguien que te diga la verdad, pura y dura, sin importar lo que duela —dijo Bruce Reed, quien fuera el jefe de gabinete de Biden entre 2011 y 2013—. No siempre es fácil de apreciar en el momento, pero es algo a lo que cualquiera que esté cerca del presidente debería aspirar.»

En cuestiones de políticas, no siempre estaban de acuerdo. En 2011, Biden se manifestó en contra del plan de la administración para que los hospitales católicos y otras instituciones suministraran anticonceptivos amparándose en la Ley de Atención Médica Asequible, con el argumento de que les costaría votos de la clase obrera. Algunos de los consejeros políticos de Obama concluyeron que el radar político de Biden estaba desactualizado. No obstante, más allá de sus diferencias, Biden y Obama compartían una creencia básica: los estadounidenses ansiaban unidad en la política. Durante su campaña, Obama puso de relieve la descomposición de los lazos sociales en el país. En un mítin en 2008 dijo: «Estoy hablando de un déficit de empatía, de la incapacidad de vernos en el otro, de entender que somos los guardianes de nuestros hermanos y hermanas. Cuando, en palabras del doctor Martin Luther King, "nos une un mismo destino"».

La visión de Biden era menos trascendental. Y me lo expresó así: «Mira, nunca espero que un jefe de Estado con quien estoy lidiando, o un colega del Senado o un congresista, quiera aparecer en la segunda edición de *Perfiles de coraje* [el libro de biografías políticas escritas por John F. Kennedy] de forma voluntaria. Así que tienes que pensar en qué es lo que les interesa a ellos». Y, sin embargo, la consideración de Biden hacia los intereses políticos ajenos en ocasiones lo ha acercado a los progresistas. En mayo de 2012, mientras Obama ponderaba si darle o no su apoyo al matrimonio entre personas del mismo sexo, Biden se le adelantó, y le dijo a un periodista que estaba «más que cómodo» con que las parejas homosexuales pudieran casarse con todas las de la ley. Obama no se

lo tuvo en cuenta, pero los consejeros políticos del presidente estaban anonadados. El equipo de Biden oyó que iban a limitar sus eventos públicos esa semana. Desde afuera, parecía una típica metida de pata de Biden, pero los funcionarios de la Casa Blanca reconocieron un patrón en las palabras del vicepresidente. Tal como me explicó un funcionario importante de la administración de Obama: «Biden es como una veleta que nos indica dónde está la izquierda del centro. Él dice: "Muy bien, la sociedad se está moviendo en esa dirección. Hacia allí es hacia donde va el Partido Demócrata, así que voy para allá"».

En el Congreso, Biden actuaba como un enviado de Obama, y sacaba partido de las relaciones que había cultivado durante décadas. Para David Plouffe, uno de los consejeros políticos de Obama, la misión de Biden era en realidad una pregunta: «¿Dónde está el margen para negociar?». Que fuera capaz de hacer concesiones, incluso dejando a un lado la ideología, lo acercaba al presidente. «En verdad piensan igual en ese sentido», dijo Plouffe. Biden conservó su taquilla en el gimnasio del Senado, donde le gustaba socializar. «Recopila información —me dijo uno de sus exasistentes—. Llama a uno de los líderes, luego llama al líder del otro partido y luego llama a cinco de sus amigos en el Senado para que sean sinceros y le digan qué es lo que está ocurriendo.»

Sin embargo, en ocasiones a los demócratas les molestaba que Biden creyera que era responsabilidad suya conseguir que los líderes republicanos hicieran concesiones. Durante los últimos días de 2012, los recortes fiscales de Bush estaban a punto de expirar, lo que habría ayudado a recaudar 3,7 billones de dólares en el curso de los diez años siguientes. Para intentar mantener los recortes, los republicanos amenazaron con incumplir con el pago de la deuda del país por primera vez en la historia. Biden negoció un trato de última hora con McConnell, el líder de la minoría del Senado: acordaron recuperar 600.000 millones de esos ingresos y permitir que algunos de los recortes de Bush se volvieran permanentes. Se dice que Harry Reid, el líder de la mayoría del Senado, estaba tan horrorizado con los términos acordados que lanzó los documentos a la chimenea. (Reid negó después que eso hubiera ocurrido.)

Una soleada mañana de 2014, cinco años después de haber asumido el rol de vicepresidente, Biden esperaba, junto a los vestuarios del estadio Tubby Raymond de la Universidad de Delaware, para dar el discurso de graduación. Todos los invitados de honor vestían togas y birretes acolchados de terciopelo, salvo Biden, quien llevaba la cabeza descubierta. (Regla número uno de Biden: nada de sombreros graciosos. Regla número dos: no cambies tu marca.) Uno de los organizadores lo llevó hacia donde un pedazo de cinta en el suelo señalaba que era el lugar del VPOTUS [las siglas, en inglés, de vicepresidente de Estados Unidos], y caminaron hacia una enardecida multitud de cuatro mil recién graduados con togas azules. Cuando el rector lo presentó, se dejó llevar por el momento y llamó a Biden «el cuadragésimo séptimo presidente de Estados Unidos». Parte del público se rio y el resto contuvo el aliento, pero nadie, incluyendo a Biden, lo corrigió. Después de su discurso, cuando Biden estaba por volver al área de los vestuarios, un joven puso las manos junto a su boca a modo de altavoz y gritó: «¡Sigue haciendo lo tuyo, Joe! ¡Estoy contigo, tío!». Biden alzó la mirada, complacido pero perplejo por una situación sobre la que no tenía control y que no reconocía del todo. Saludó con la mano y siguió caminando.

Con el paso de los años, Biden había logrado hacerse un lugar singular en la cultura popular de la política estadounidense. En una Casa Blanca que privilegiaba el recato, Biden deambulaba entre la exuberancia y el autosabotaje. En vez de lamentarse de las indignidades de la vicepresidencia, disfrutaba del trabajo. Durante el discurso del estado de la Unión, sentado en su silla encarada hacia a sus otrora colegas del Congreso, Biden apuntó con el dedo en forma de pistola, guiñó un ojo y fingió disparar, sin indicio alguno de ironía. En 2013, la cadena de televisión C-SPAN lo enfocó con la cámara mientras se preparaba para la toma de posesión de los nuevos senadores. Recibió a la familia de cada senador con un entusiasmo juguetón. A las mujeres mayores les decía: «Qué bonitos ojos, señora. Caramba». A las mujeres jóvenes, en cambio: «Recuerda: nada de novios serios hasta que cumplas los treinta». A los niños pequeños, vestidos con sus mejores galas, les advertía: «Cuida a tu

abuelo. Ese es tu trabajo más importante». La imagen de Biden —las Ray-Ban de aviador, la sensiblería descarada, el aire de autocomplaciencia— nunca le hizo demasiado popular entre el *establishment,* pero resultaba de una autenticidad muy poco usual en su profesión. Ha generado también cierto atractivo de culto, hasta el punto de que lo que proyecta tiene más que ver con la actriz Betty White que con John Boehner, el veterano congresista de Ohio que era el portavoz de la Cámara en aquel entonces. En mayo de 2014, cuando una adolescente invitó a Biden a su baile de promoción, él respondió enviándole un ramillete y una nota escrita a mano en la que le decía: «Disfruta tu baile tanto como yo disfruté del mío». En Twitter la gente perdió la cabeza, en el mejor sentido posible.

Biden sentía un deseo inagotable de «conexión», de saludar a todos los que estaban en primera fila, de ponerse una mano alrededor del oído para escuchar a la multitud, de establecer contacto visual con alguien despistado entre el público. «De algún modo, los acerca y los abraza con sus palabras y, a veces, con los brazos —me dijo John Kerry, secretario de Estado en ese momento —. Es un político muy táctil, y todo él es de verdad. No está fingiendo.» En una recepción tras un debate televisado en 2008, John Marttila, un asesor político, intentó echarle un cable a Biden para que pudiera retirarse. «Varias veces me levanté y dije: "Creo que es hora de irnos", pero él se quedó allí. Creo que se fue a la cama a las dos de la mañana y teníamos que levantarnos a las cinco o cinco y media.» Para Marttila, «estar en contacto con la gente lo llena de energía» a un nivel que es poco frecuente entre los políticos. A Biden le gusta hablar tan cerca de sus interlocutores que, de vez en cuando, su frente se choca con la de ellos durante la conversación, un gesto tan sutil que solo se vuelve notable cuando uno intenta imaginar a Barack Obama haciéndolo.

A Biden siempre le ha molestado lo que él llama el «síndrome del tío Joe», la imagen que proyecta de hombre bonachón, indisciplinado y bobo. En una ocasión, en la cena de la Asociación de Corresponsales de la Casa Blanca —la gala anual organizada por la prensa en la que los políticos intervienen en tono de humor—,

participó en un *sketch* en vídeo basado en *Veep* , la comedia de HBO en la que Julia Louis-Dreyfus interpreta el papel de una vicepresidenta tan desesperada como ambiciosa. Cuando la serie se estrenó en 2012, Biden evitó mojarse. («Si yo hubiera estado trabajando para él, le habría dicho lo mismo», comentó Louis-Dreyfus.) Luego empezó a gustarle la serie, y en la cena de corresponsales, Biden aceptó aparecer junto a Louis-Dreyfus en un vídeo en el que los dos vicepresidentes van a por todas: se hacen tatuajes con Nancy Pelosi y allanan las oficinas del *Washington Post* para cambiar los titulares, entre los que incluyen «BIDEN VUELA ALTO. Índice de aprobación del 200 %». El vídeo fue un éxito, aunque David Weigel, reportero político de *Slate* en ese momento, observó que los chistes a costa de Biden eran sutiles indicaciones de que «la Casa Blanca estaba aceptando, poco a poco y con cautela, que Biden no es el candidato presidencial de su partido para 2016». Unos días después de la cena de corresponsales, le pregunté a Biden qué opinaba del *sketch* . Me contestó: «La verdad es que resultó ser bastante gracioso», pero añadió que había modificado el guion para evitar tonterías innecesarias. Dijo que en una escena en la que él y Louis-Dreyfus comían helado en la cocina de la Casa Blanca el guion decía que él debía acobardarse al ver aparecer a Michelle Obama. «La primera dama entra ¿y yo tengo que acobardarme? No va conmigo», explicó Biden.

Lejos de la Casa Blanca, Biden era objeto de evaluaciones públicas muy variadas. En una columna previa a las elecciones de 2012, Bill Keller, exeditor ejecutivo del *New York Times* , instaba a Obama a prescindir de Biden y sumar a su entonces secretaria de Estado, Hillary Clinton, a la campaña. (La campaña había considerado el cambio también, hasta que las encuestas mostraron que no supondría ninguna mejora.) Ese mes de marzo, se supo que documentos requisados durante la redada en la que fue asesinado Osama bin Laden menospreciaban inesperadamente al vicepresidente: Bin Laden les había dicho a sus asesinos que concentraran sus esfuerzos en Obama y se olvidaran de Biden, porque «no está preparado para el puesto y eso llevará a Estados Unidos a una crisis». Durante el verano, una encuesta del Pew

Research Center y el *Washington Post* pidió a la gente que describiera a Biden con una sola palabra; las respuestas más frecuentes, en números casi idénticos, fueron «bueno» e «idiota». A los republicanos les encantaba describir a Biden como la quintaesencia del político, descuidado, cambiante y chapado a la antigua. «El vicepresidente Joe Biden está en la ciudad —comentó el senador Ted Cruz en una cena con conservadores de Carolina del Sur—. Lo mejor es que ese chiste ni siquiera necesita un final. Solo con decirlo la gente ya se ríe.»

Y, sin embargo, durante el último mes de la campaña de 2012, Biden les recordó a todos por qué era el vicepresidente de Obama. Después de una actuación desastrosa del presidente en un debate contra Mitt Romney, el vicepresidente se preparó para enfrentarse a su homólogo, Paul Ryan, el congresista de cuarenta y dos años de Wisconsin con ojos de un potro salvaje. En el escenario, Biden lució una sonrisa lupina. Soltó risotadas, se burló de su rival y no dejó de interrumpirle. (Cuando Ryan dijo: «Jack Kennedy bajó las tasas de impuestos y generó crecimiento», Biden lo detuvo en seco: «¡Ah! ¡O sea que ahora eres Jack Kennedy!».) Su histrionismo irritó a algunos espectadores, pero el equipo de campaña estaba encantado; Biden había parado la caída, y cuando Obama se preparaba para el siguiente debate, sus consejeros supuestamente le pidieron que canalizara un poco de la energía combativa de Biden. A finales de 2012, la Casa Blanca estaba extendiéndole la cortesía protocolaria de ensalzar el poder de su número dos. Un titular en *The Atlantic* se preguntaba: «¿Es el vicepresidente más influyente de la historia?».

Ante todo, como casi todas las cosas en la vida de Biden, su relación con Obama se basaba en la lealtad. Una vez que te conviertes en vicepresidente, señaló Biden, «tienes la obligación de apoyar cualquier cosa que haga el presidente, salvo si lo que hace te genera un dilema moral irrenunciable. —Y añadió—: Si eso llegara a pasar, anunciaría que tengo cáncer de próstata y dejaría la Casa Blanca». Durante una comida con el grupo parlamentario demócrata, después de que el partido hubiera perdido el control de la Cámara baja, el entonces congresista Anthony Weiner criticó a Obama por pactar con los republicanos recortes fiscales. Biden estalló: «De

ninguna manera me quedaré aquí mientras se habla así del presidente». Poco tiempo después, contestó de forma similar al primer ministro israelí Benjamin Netanyahu, que había criticado la política de Obama en Oriente Próximo. Cuando el presidente recibía críticas, me dijo Plouffe, Biden «enseñaba los músculos». Las historias llegaban a oídos de Obama. Ben Rhodes, que era el consejero de seguridad adjunto de comunicaciones estratégicas, me señaló por aquel entonces: «El presidente sabe que tiene todo su apoyo». Cuantas más críticas recibía Obama en Washington, más valoraba que Biden saliera en su defensa. «Creo que todas esas batallas forjaron un nivel de confianza que ahora está implícito en su relación», explicó Rhodes.

Ambos eran hombres orgullosos, y no habían esperado aprender el uno del otro, pero, con el tiempo, los efectos de su relación se hicieron visibles para aquellos que los rodeaban. Leon Panetta, quien fuera director de la CIA y después del Pentágono en la era Obama, me dijo que el presidente reconocía su falta de experiencia y era consciente de sus lagunas. «Obama es, en el fondo, un profesor de Derecho, y creo que sigue pensando algunas veces algo como "¿De verdad tengo que hacer esto?". En cambio, Joe es esa sombra que puede decirle al presidente de Estados Unidos: "Sí, tienes que hacerlo".» Obama empezó a decir en público y en privado que nombrar a Biden vicepresidente había sido la mejor decisión política que había tomado. «Creo que Biden ha aprendido mucho de la disciplina de Obama, y eso ha llegado a ser muy instructivo, a pesar de que le molesta —destacó un exasistente de Biden—. Y creo que Obama aprende de la calidez de Joe. Cuando están juntos en una reunión, los funcionarios extranjeros gravitan más hacia Biden que hacia Obama. Los dos sienten que son el mentor del otro», añadió finalmente. Cuando Biden asumió el cargo aún creía, según le dijo a David Axelrod, que él «sería mejor presidente». Sin embargo, tras un año de observar a Obama, Biden reconoció haber estado equivocado: «Ganó quien tenía que ganar, y estoy muy orgulloso de trabajar con él».

Los retos a los que se enfrentaron juntos los acercaron más de lo que muchos habían esperado, empezando por ellos mismos. John

Marttila, asesor de Biden, me contó una vez: «Joe y Barack estaban almorzando y Obama le dijo a Biden: "¡Nos estamos haciendo buenos amigos! Me parece sorprendente". Y Joe le responde: "Joder, ¿a *ti* te sorprende?"».

Habían superado sus recelos iniciales, debidos a la ingobernable capacidad de Biden de soltar lo primero que se le ocurría y a la condescendencia de Obama. Pero las tensiones no habían desaparecido del todo y volverían con furia, con consecuencias no solo para las elecciones de 2016, sino también para las de 2020.

# 5

# EL ENVIADO

De todo lo que hacía Biden en la Casa Blanca, nada consumía más sus energías que las relaciones exteriores. Obama tenía poca experiencia en el área cuando tomó el cargo, y Biden había sido presidente del Comité de Relaciones Exteriores del Senado. En las diplomáticas palabras de Biden, «el presidente me envía a los lugares a los que no quiere ir».

El domingo de Pascua de 2014, el vicepresidente subió al Air Force Two con destino a Kiev, la capital ucraniana, que vivía desde hacía meses un caótico enfrentamiento con Rusia. Todo había empezado el invierno anterior, cuando el presidente ucraniano, Viktor Yanukovych, se había retractado, siguiendo los pasos de Rusia, de un acuerdo con la Unión Europea. Aquello había desatado protestas por todo el país. Biden, viejo conocido de la mayoría de los líderes mundiales, hacía años que conocía a Yanukovych y tenía con él una relación de camaradería. «Era una persona muy sociable —recordó Biden—. Le decía: "¡Tienes pinta de mafioso!". Y también: "Eres un tipo enorme".» Conforme las protestas fueron subiendo de intensidad, Biden intentó persuadir a Yanukovych de que tuviera una actitud conciliadora con los manifestantes. Hablaron nueve veces por teléfono, pero los esfuerzos de Biden fueron en vano. El 20 de febrero, los francotiradores del Gobierno abrieron fuego sobre los manifestantes y mataron al menos a 88 personas en cuarenta y ocho horas. El presidente huyó del país, lo que hizo posible que los insurgentes irrumpieran en su mansión y encontraran los frutos de

su cleptocracia: pavos reales, una flota de coches antiguos, un restaurante privado con forma de barco pirata. Mientras Kiev lidiaba con las secuelas de los enfrentamientos, las fuerzas rusas entraron en Crimea y Vladímir Putin reclamó el territorio para Rusia.

Habían pasado dos meses desde la huida de Viktor Yanukovych, y la misión de Biden era breve y específica: el segundo dirigente de más alto rango de Estados Unidos debía tranquilizar al frágil Gobierno de Ucrania y disuadir a Putin de seguir adentrándose en territorio ucraniano. En comparación con el comandante en jefe, el vicepresidente viaja en general con pocos lujos. El Boeing 757 modificado en el que viajaba mostraba signos de deterioro. Uno de los pasajeros vio cómo se desprendía el reposabrazos de su asiento. El vicepresidente disponía de una cabina privada con una cama plegable, un escritorio y una silla para un huésped; pero si llegaba un segundo visitante, se le daba una nevera de plástico para que la usara como asiento. «Si lo que quieres son lujos, mejor busca trabajo en otro sitio», bromeó Biden.

El Air Force Two aterrizó en Kiev, una ciudad llena de castaños, majestuosos bulevares y tantas iglesias con cúpulas que los bolcheviques la declararon no apta para ser una capital comunista. Los enfrentamientos en la ciudad habían terminado, pero el campamento en Maidan, la plaza principal de la ciudad, aún parecía un set de rodaje de *Los miserables* . Había barricadas altas y melladas, de metal, madera y llantas, que demarcaban las líneas de batalla y salían volando chispas de las fogatas. En una de las pocas señales de recuperación, los adoquines que los manifestantes habían arrancado de las calles para lanzarlos a la policía estaban apilados y listos para ser colocados de nuevo en su lugar.

En el Parlamento, un edificio de la época de Stalin con columnas a la entrada, condujeron a Biden a ver a un grupo de políticos que competían por encabezar el nuevo gobierno. Tras tantos años, Biden tiene un arsenal de frases para romper el hielo que le sirven igual en Bagdad, en Beijing o en Washington. Una de sus favoritas es: «Si tuviera su pelo, sería presidente». Suele adaptar el discurso a las circunstancias.

En Kiev, se acercó a Vitali Klitschko, un excampeón mundial de peso pesado de más de dos metros de alto a quien llamaban Doctor Puño de Hierro antes de entrar en el mundo de la política, alzó la mirada y le dio un visible achuchón al bíceps derecho de Klitschko. Un poco más allá, vio a Petro Poroshenko, candidato presidencial y multimillonario del sector del dulce. Biden, que por entonces ya estaba considerando la idea de volver a presentarse como candidato a la presidencia en 2016, le dijo al grupo: «Yo me he presentado dos veces, espero que les vaya mejor que a mí». (Poroshenko se proclamó presidente un mes después.)

Biden tomó asiento a la cabeza de la mesa. En realidad, el vicepresidente solo podía anunciar un pequeño paquete de ayudas: 58 millones de dólares que debían destinarse a celebrar las elecciones, a asesoría en materia energética y a comprar equipos de seguridad no letales, entre ellos radios para las patrullas fronterizas. Pero lo que de verdad era importante era el mensaje que Biden quería transmitirles a los nuevos líderes en Kiev, la idea de que para recuperar la legitimidad iba a ser necesario hacer cambios que iban más allá de resistirse a la interferencia rusa. En el índice de corrupción de Transparencia Internacional, Ucrania estaba empatada con la República Centroafricana en el puesto 144 de una lista en la que había 177 países. Biden les dijo a los asistentes a la reunión: «En pocas palabras —y esto es algo que no es fácil decirle a un grupo de líderes en su propio Parlamento—, es importante que luchen contra el cáncer de la corrupción que hoy en día es endémico de su sistema». Biden suele optar por la sinceridad en este tipo de situaciones. En 1979, durante uno de sus primeros viajes a la Unión Soviética, escuchó lo que tenía que decir su homólogo soviético y luego respondió: «En mi país tenemos un dicho: no puedes mentirle a un mentiroso». Bill Bradley, un senador que también formaba parte de la delegación, le preguntó después al intérprete cómo había traducido el comentario de Biden al ruso. «No de forma literal», reconoció el intérprete.

La forma en que Biden concibe las relaciones exteriores en ocasiones irrita a los diplomáticos de carrera. «Me explican lo que tengo que decir y yo les contesto: "¡No voy a decir eso! ¡No es creíble!" —me contó—. Tienes que partir de la suposición de que el otro tipo no es un idiota. La mayoría de la gente no se engaña respecto a lo que quiere.» Biden se enorgullecía de su capacidad para leer a los demás: «Es muy importante, si puedes, hacerle saber a la otra persona que entiendes su problema. Algunas de esas estupideces diplomáticas lo que están diciendo es "No tenemos ni idea de cuál es tu problema"».

Leon Panetta recuerda escuchar las conversaciones telefónicas de Biden en la Casa Blanca: «No sabías si estaba hablando con un jefe de Estado o con el líder del partido político en Delaware». En los viajes al extranjero, Biden buscaba oportunidades para mostrar el lado más terrenal del poder estadounidense. En 2011, en la época en la que yo estaba viviendo en China, Biden fue en visita oficial a Beijing. En ese momento, habían salido a la luz una serie de vergonzosos casos de privilegio oficial en el Partido Comunista. En uno de ellos, un autobús en el que viajaba un alcalde de la provincia de Hebei se había saltado una señal de stop y había arrollado a un estudiante de catorce años. El estudiante había quedado incapacitado; el alcalde ni siquiera fue a visitarlo al hospital, lo que los más críticos interpretaron como un indicio de la arrogante desconexión de los mandatarios del régimen con la realidad. Incluso antes de que Biden llegara a China, jóvenes analistas liberales chinos lo presentaban en las redes sociales como un contraejemplo de todo ello. Alababan su capacidad de reírse de sí mismo y recordaban un momento de la cena de la Asociación de Corresponsales de la Casa Blanca en el que Joe Wong, un comediante sinoamericano, dijo a los asistentes que había leído la autobiografía de Biden antes de conocerlo en persona. «La versión del libro me gustó mucho más», anunció con falsa seriedad; el plano cambiaba para mostrar a Biden, vestido de etiqueta y doblado de risa.

En Beijing, Biden abundó en esa imagen; durante una pausa en la agenda oficial, el vicepresidente se aventuró a salir de los asépticos espacios en los que se confina a los invitados oficiales y se dirigió a

un comedor popular que recibe el nombre de Estofado de Hígado Yao Ji. El restaurante se especializa en un tipo de sopa que, en palabras de un cliente del lugar, es «oscura y espesa, llena de terrosos pedazos de hígado y de aros de intestino suaves pero resistentes». Biden y su séquito se acomodaron como pudieron entre el resto de los comensales, y el dueño del lugar salió a estrecharle la mano. Biden se disculpó con los sorprendidos clientes del local: «Querían una comida tranquila, y de repente aparezco yo». A los liberales chinos les encantó la escena, y durante años el restaurante tuvo un «plato especial Biden» en su menú.

Otros países llegaron a esperar de él cierta franqueza desbocada. A pocos días de una visita a Tokio en 2013, el *Asahi Shimbum* , un periódico japonés, preparó a sus lectores. «Puede que él disfrute de la experiencia, pero algunos a su alrededor temen que se deje llevar y diga algo inapropiado —explicaba un editorial—. Biden es conocido por sus deslices ocasionales, pero, al parecer, eso también es lo que lo hace entrañable.»

La «experiencia Biden» era mucho mejor recibida en el Mediterráneo y Latinoamérica que en, digamos, Inglaterra y Alemania. Un exfuncionario británico que asistió a reuniones con él en la Casa Blanca señaló: «Es como una llave de paso de agua que puedes abrir, pero no cerrar. —Y añadió—: Más allá de todo su encanto genuino, es un poco frustrante que no deje espacio para que los demás expongan sus puntos de vista, en particular quienes son educados y no interrumpen». Al final, aprendió a reservar algo de tiempo en su agenda para lo que sus colegas llamaban «la hora de Biden». El estilo del vicepresidente cayó mejor en Israel. Durante una visita en 2011, Biden aseguró que su padre solía decir: «No tiene sentido morir en una cruz pequeña». Lo hizo para instar a Benjamin Netanyahu a dar pasos más decididos hacia la paz en Oriente Próximo. Ron Dermer, el embajador israelí en Estados Unidos en aquel momento, lo recordó así: «Estamos en Jerusalén, tenemos un vicepresidente católico y un primer ministro judío, y va y le dice: “No tiene sentido morir en una cruz pequeña”. El primer ministro se echó a reír. Tengo que decirlo, para mí es la muestra de

entendimiento de la realidad política de Israel más sucinta que he oído».

Desde que se sumó a la administración de Obama, Biden no ha ocultado su escepticismo respecto al uso de la fuerza militar estadounidense. En ocasiones, eso lo enfrentó a otros de los miembros de la administración, entre ellos Hillary Clinton y Panetta, el primer director de la CIA de Obama. Biden se opuso a la intervención en Libia, argumentando que la caída de Muamar el Gadafi haría caer al país en el caos; y advirtió al presidente en contra de la operación en la que murió Osama bin Laden. Si hubiera fracasado, dijo Biden después, Obama «habría sido presidente solo cuatro años». A pesar de que este no siempre hacía caso de los consejos de Biden, ambos se adherían a una comedida política exterior de «evitar errores», en palabras de Obama. Cuando se le pidió articular «la doctrina Obama», el presidente respondió con una metáfora beisbolística: «Unas veces golpeas y llegas a la primera base, otras a la segunda; y quizá de vez en cuando consigas un *home run* y dar toda la vuelta».

Biden, en política exterior, y a diferencia de su antecesor, Dick Cheney, apuntaló la tendencia a la contención de su presidente, en vez de intentar darle la vuelta. En el verano de 2014, hablé con Obama sobre el papel de Biden en su Gobierno. Le pregunté si Biden había tenido alguna influencia en su forma de pensar. «En el ámbito de la política exterior, creo que donde más se notó la influencia de Joe fue en la cuestión de Afganistán», apuntó. En 2009, Obama puso en marcha un proceso de revisión estratégica de la política exterior estadounidense, y su gabinete de guerra se reunió en repetidas ocasiones para discutir cuál era el mejor camino a seguir. Todos los líderes militares, incluyendo al comandante en jefe en Afganistán, el general Stanley McChrystal, estaban a favor de una gran estrategia de contrainsurgencia que suponía el envío de cuarenta mil tropas adicionales y una considerable fuerza civil. Obama creía que algunas de las personas presentes en la reunión tenían muy claro lo que esperaban que resultara de todo aquello. Así me lo explicó: «Estaba Bob Gates, que había demostrado ser un extraordinario secretario de Defensa, pero que era obvio que estaba

interesado en que la política de la administración en lo referente a Afganistán siguiera como hasta entonces».

Obama continuó: «Durante ese debate, Joe y yo estuvimos hablando largamente entre nosotros, intentando entender cuáles eran exactamente nuestros intereses en Afganistán y qué creíamos que podíamos lograr allí. Creo que al relato público lo que ha llegado es que Joe era la paloma y los demás los halcones. Y me parece que esa es una visión demasiado simplista. En verdad, a lo que Joe me ayudó es a preguntarme, una y otra vez, "¿Por qué estamos allí?" y "¿De qué recursos podemos echar mano para lograr metas específicas?", en vez de estancarnos en debates ideológicos más amplios que, con demasiada frecuencia, conducen a intentos de abarcar demasiado o a no concretar del todo nuestra misión». Además, Obama puntualizó que Biden y él pactaban las preguntas que les harían a las comunidades militares y de inteligencia. «Había ocasiones en las que Joe hacía preguntas, básicamente en mi nombre, para darme espacio para tomar decisiones, para que el debate fuera vigoroso. Y eso fue de mucho valor, tanto para moldear nuestra estrategia de cara a una oleada inicial, y detener el impulso de los talibanes, como también para establecer un cronograma de cuánto tiempo estaríamos ahí. A día de hoy, puede existir, quizá, controversia alrededor del hecho de que impusimos ese cronograma para comenzar a reducir nuestra presencia en Afganistán. Pero estoy convencido, más allá de cualquier duda, de que fue lo correcto.» (Obama terminó por ordenar una estrategia civil y militar que supuso el envío de treinta mil tropas adicionales, y la intervención estadounidense en Afganistán continúa.)

Algunos de los líderes del Pentágono culparon a Biden por crear divisiones y desconfianza entre la Casa Blanca y el ejército. En sus memorias, tituladas *Duty* , Gates dirigió sus críticas más duras a Biden. Dijo que es «imposible que te desagrade», pero que «había estado equivocado con respecto a casi todos los asuntos de política exterior y seguridad nacional en las últimas cuatro décadas». En una entrevista en la Radio Pública Nacional (NPR, por sus siglas en inglés) sobre el libro, Gates dijo que Biden había votado en contra de enviar ayuda a Vietnam del Sur y celebrado la caída del sah de

Irán. «Se opuso prácticamente a todos los elementos del plan de mejora de la defensa del presidente Reagan. Votó en contra del programa B-1, del B-2, de los misiles MX, etc. Votó en contra de la primera guerra del Golfo. Así que, en varios asuntos importantes, para ser sincero, hace mucho tiempo que creo que se equivoca.»

El conflicto entre Gates y Biden venía de atrás. En 1991, cuando Gates se convirtió en candidato a ocupar el puesto de director de la CIA, Biden votó en contra de su nombramiento con el argumento de que Gates, que había sido el principal especialista en el Kremlin de la CIA, no había logrado prever la caída de la Unión Soviética. Décadas después, cuando Gates fue confirmado como secretario de Defensa, Biden se abstuvo en la votación. Al referirse a los errores de Biden «a lo largo de cuatro décadas», Gates se hacía eco de un tópico conservador del que se había hablado mucho durante la campaña presidencial de 2008, cuando los republicanos buscaron contrarrestar las críticas a la falta de experiencia de Sarah Palin en términos de política exterior. (No existe evidencia de que Biden se haya expresado de forma positiva sobre la caída del sah.)

En una de nuestras entrevistas, Biden trajo a colación el libro de Gates. «Gates está molesto porque cuestioné a los militares. Pues hoy creo, como creía entonces, que Washington y Jefferson tenían toda la razón: la guerra es demasiado importante como para dejársela a los generales. ¡No son ellos los que deben decidir! Su trabajo es ejecutar. Así que creo que has visto a un presidente que respalda a su ejército y le es leal, pero que tiene claro que él es el comandante en jefe.» En un momento dado quise decir algo, pero Biden me interrumpió: «No puedo esperar, sea en una campaña presidencial o cuando me vaya de aquí, a tener un debate con Bob Gates. Dios mío».

Le pregunté qué opinaba de las críticas específicas de Gates. Llamó a Gates «un tipo de verdad decente» y luego se lanzó contra él: «Bob Gates es republicano, y tiene una visión de la política exterior que es, en varios sentidos fundamentales, diferente de la mía. ¡Bob Gates se ha equivocado en todo! ¡Se equivocó cuando aconsejó al presidente Reagan sobre cómo lidiar con Mijaíl Gorbachov! Le dijo que no era real. Gracias a Dios, el presidente no

le hizo caso. Bob Gates se equivocó con los Balcanes. Bob Gates se equivocó con bombardeos [que lanzó allí la OTAN]. Bob Gates se equivocó con la guerra de Vietnam, por Dios. Si miras atrás, no puedo pensar en nada, en los últimos cuarenta años, en ninguna decisión fundamental de política exterior en la que Bob Gates haya tenido razón».

El tono de la disputa entre Biden y Gates sorprendió a algunas personas que los conocen. Cuando le pregunté a Richard Haass, presidente del Consejo de Relaciones Exteriores, sobre la opinión de Gates sobre Biden, me respondió: «Bob Gates es un buen amigo. Hemos trabajado juntos en el Gobierno varias veces, pero ese es uno de los asuntos en los que estoy en desacuerdo con él. Nadie tiene la razón siempre, pero tampoco conozco a nadie que no la tenga nunca. Joe ha tenido aciertos y ha tenido errores, como todos nosotros». Panetta, que también trabajó junto a Gates y Biden, dijo que ambos solían enfrentarse durante las reuniones que Obama organizaba para ventilar desacuerdos. Con el tiempo, reconoció Panetta, que Biden cuestionara toda lo que decía Gates terminó por alienar a este último. «Le carcomía por dentro», aseguró.

De vuelta en el Air Force Two para el vuelo de regreso a casa, Biden se aflojó la corbata y pidió una taza de café. Antes de salir de Kiev, había hurgado, saliéndose del guion, en la promesa rusa de reducir las tensiones: «Menos hablar y más actuar». En Nueva York, el senador John McCain escuchó aquello y apuntilló: «¿O si no qué?», una crítica hacia la administración de Obama por no actuar con más firmeza frente a Rusia.

Los oficiales ucranianos habían solicitado la ayuda militar de Estados Unidos, pero Biden les había hecho saber que dicha ayuda sería mínima o casi inexistente. Así me lo explicó: «Ya no pensamos en los mismos términos que en la Guerra Fría. Por varias razones: para empezar, nadie es nuestro igual. Nadie ni siquiera se nos acerca. A menos que esté tan loco como para apretar un botón, no hay nada que Putin pueda hacer en lo militar para alterar de forma significativa los intereses estadounidenses». A los ucranianos aquello no les había gustado. Un funcionario de alto rango de la

administración aseguró: «Lo que pude leer en sus caras fue "Dios santo"».

Biden tenía claro que no iba a permitir que Estados Unidos fuera arrastrado a un conflicto regional. No se hacía ilusiones sobre las intenciones de Putin. Seguía escandalizado, más de una década después, por que en 2001 George W. Bush hubiera dicho, refiriéndose a Putin, que era «honesto y digno de confianza». Bush había asegurado que había logrado hacerse «una idea de su alma; es un hombre muy comprometido con su país y con los intereses de su país». Biden recordó haber visitado a Putin en el Kremlin en 2011: «Yo tenía un intérprete y, cuando me estaba mostrando su oficina, le dije: "Qué increíble lo que el capitalismo puede lograr, ¿no? ¡Una oficina esplendorosa!". Y se rio. Cuando me di la vuelta, estaba así de cerca. —Se puso una mano a pocos de centímetros de la nariz—. Le dije: "Señor primer ministro, lo estoy mirando a los ojos y no creo que usted *tenga* alma"».

«¿De verdad?», pregunté. Me parecía más un diálogo de película que de la vida real.

«Por supuesto que sí —respondió Biden—. Él me miró, sonrió y dijo: "Usted y yo nos entendemos".» Biden se reclinó en su asiento y exclamó: «¡Ese es Putin!».

A lo largo de aquel verano, conseguí que me dejaran acompañar a Biden a varias reuniones. Una tarde, cruzó la franja de asfalto que separa el Ala Oeste del Edificio de Oficinas Ejecutivas Eisenhower para dirigirse a la llamada Oficina Ceremonial, que se utiliza para recibir a los grupos que no caben en el espacio reservado al vicepresidente en la Casa Blanca. Mientras subíamos por las escaleras, hablamos del perfil que Richard Ben Cramer hizo de él en *What It Takes* . A Biden le había sorprendido el afectuoso pero devastador relato de su ascenso y caída durante la campaña de 1988. (Cramer subrayó «el tamaño de su atrevimiento [...], más atrevimiento que sentido común».) «Da un poco de vergüenza que alguien te muestre una parte de ti que no conocías», admitió Biden. Pese a todo, cuando Cramer falleció en 2013, Biden pronunció un

panegírico. Llegamos a lo más alto de la escalera y Biden, casi sin aliento, se detuvo a pensar en por qué el retrato de Cramer le había afectado tanto. «Usó una palabra... dijo: "Biden nunca hace nada a menos de que pueda *verlo* ". Y tenía toda la razón; nunca hago nada que no pueda ver.»

La crisis en Ucrania se había enquistado y había llegado a un amargo punto muerto. La administración de Obama volvió con cautela la mirada hacia los muchos otros problemas de política exterior a los que se enfrentaban. En la Oficina Ceremonial de Biden, dos docenas de visitantes se sentaron alrededor de una larga mesa, listos para discutir sobre Chipre, una isla que ha estado dividida desde 1974, cuando Turquía la invadió para evitar que se unificara con Grecia. Ahora Chipre reclamaba la ayuda de Estados Unidos para salir del *impasse* y para poder acceder a sus depósitos de petróleo y gas. A finales de mayo, Biden se había convertido en el visitante oficial estadounidense de más alto rango en Chipre desde el vicepresidente Lyndon B. Johnson en 1962. Sus invitados esa tarde en la Oficina Ceremonial eran líderes griego-estadounidenses a los que hacía años que conocía. Uno de ellos le dijo a Biden que lo veía más delgado. «¡Eso intento! Ya estoy en ochenta kilos y preparado para todo», exclamó. Un comentario más que se sumaba a la creciente lista de insinuaciones sobre una posible candidatura a la presidencia en 2016.

Durante la reunión, Biden lo dio todo: explicó su viaje, hizo dramatizaciones de las reuniones que había tenido, susurró confidencias, alzó las manos al cielo, juró encontrar una resolución para un conflicto que se había prolongado «¡más de cuarenta años, cielos!». Se acaloró y se quitó la chaqueta. Se suponía que Biden tenía que dejar la reunión cuando se cumpliera la media hora, así que, cuando llegó el momento, una persona de su equipo, a cargo de su agenda, le entregó una nota en un pedazo de papel. Biden la leyó y siguió hablando. Pasaron treinta minutos más. El asistente se puso al otro lado de la mesa para entrar en su campo de visión. Finalmente, tras sesenta y cuatro minutos, de los cuales cincuenta y cinco habló solo Biden, el vicepresidente anunció que iba a volver a Ucrania, esta vez para asistir a la toma de posesión presidencial.

Uno de los presentes, Andy Manatos, del grupo de presión griego-estadounidense, le dio las gracias por su tiempo y le dijo que esa era «quizá la primera vez en cuarenta años que confiamos en el rumbo que la administración quiere tomar en esto». Al salir, Manatos se detuvo y me preguntó: «¿Has oído hablar de lo que hacía Lyndon B. Johnson para persuadir a los demás, del trato al que los sometía? Este es el trato de Biden».

Cuando Biden llamaba desde la Casa Blanca a gente que conocía, en ocasiones se saltaba a la operadora y llamaba directamente a la persona con la que quería hablar, con lo que algunas veces la pillaba desprevenida. En las llamadas formales con jefes de Estado, se ceñía al protocolo, pero siempre intentaba que hubiera unos minutos de charla amigable: los nietos, la comida, el clima. Ese verano, los registros telefónicos de la Casa Blanca mostraron que Biden había hecho más llamadas a Irak —sesenta y cuatro, para ser exactos— que a cualquier otro país. A lo largo del Gobierno de Obama, Irak fue una de las preocupaciones principales de Biden.

Durante sus años en el Senado, Biden nunca tuvo una postura firme con respecto al uso de la fuerza. En 1991, votó en contra de la guerra del golfo, pero en 1993 defendió el bombardeo de la OTAN en los Balcanes para detener la masacre de los bosnios a manos de los serbios, uno de sus momentos de mayor orgullo. En 2002, en la antesala de la guerra en Irak, impulsó una resolución que habría permitido a Bush eliminar las armas de destrucción masiva de Irak sin deponer a Sadam Husein. La resolución fracasó, y Biden votó a favor de la guerra, una decisión de la que llegó a arrepentirse.

Biden nunca tuvo demasiada confianza en la coherencia política de Irak. En la primavera de 2006, le tocó sentarse junto a Leslie Gelb, exdirector del Consejo de Relaciones Exteriores, en un vuelo de Nueva York a Washington. El vuelo se retrasó, explicó Gelb, y «hablamos y hablamos durante tres horas, solo de Irak». Pergeñaron una idea para un sistema federal con tres regiones semiautónomas para los suníes, los chiíes y los kurdos, basada en parte en la experiencia de Biden en Bosnia. Publicaron su idea en el *New York Times* en mayo de 2006. «Recibió mucha atención... casi toda negativa», recordó Gelb. Los especialistas en política exterior

dijeron que algo así llevaría a la desintegración de Irak o, peor aún, a una limpieza étnica. «Lo seguí todo con mucho interés; quería ver cuál sería la reacción de Joe —comentó Gelb—. Bajo ese tipo de presión, con todo el mundo diciéndote "Estás equivocado", los políticos suelen salir corriendo. Biden no lo hizo. No se movió ni un centímetro.» (Después le pregunté a Michael O'Hanlon, experto en política exterior de la Brookings Institution, qué opinaba de la propuesta del sistema federal. Me contestó: «No es una idea descabellada; nunca lo fue. Aún es posible que ese sea el último recurso».)

Poco después de las elecciones de 2008, Rahm Emanuel, el por aquel entonces recién designado jefe de gabinete, se reunió con Obama para distribuir responsabilidades dentro de la administración, en particular en lo referente al delicado asunto de la guerra en Irak. «Necesitábamos a alguien que fuera leal hasta la médula con su voto —me explicó Emanuel—, que no estuviera buscando gloria para sí mismo y que conociera a todas las facciones, no solo en nuestro Gobierno, sino también en el iraquí. Alguien con acceso sin filtros al Despacho Oval.» Biden cumplía con los requisitos. En una reunión de seguridad nacional celebrada en junio de 2009, Obama se volvió hacia donde estaba Biden y, sin pompa ni circunstancia, dijo: «Joe, tú encárgate de Irak». Para los más críticos con Obama, que el presidente le delegara Irak a Biden dejaba claro cuál consideraba Obama que era la «guerra tonta» (en comparación con la «guerra buena» en Afganistán).

Tres años después de haber propuesto un plan que le habría dado a Irak una mayor autonomía regional, Biden era ahora el encargado de mantener al país unido. Para ese fin, apoyó al Gobierno encabezado por el primer ministro Nuri al-Maliki; le pidió a uno de sus rivales, Ayad Allawi, que se olvidara de ser nombrado primer ministro y aceptara una posición menor en el Gobierno. A pesar de la creciente preocupación entre los diplomáticos estadounidenses y sus aliados de la región ante la deriva cada vez más sectaria y despótica del primer ministro iraquí, Biden consideraba que Al-Maliki era la única opción viable. Apeló a su creencia en el poder de los intereses racionales como ingrediente político. En palabras de

Panetta: «Recuerdo que Joe le dijo a Al-Maliki algo como: "Esto favorece a tus intereses políticos. ¿Quieres gobernar el país? ¿Quieres pasar a la historia como alguien que pudo salvar a su país? Va a ser crucial para tu legado"».

Biden era optimista; en 2010 predijo que un Gobierno estable y representativo en Bagdad «sería uno de los grandes logros de esta administración». Predijo que Al-Maliki firmaría un Acuerdo sobre el Estado de las Fuerzas (SOFA, por sus siglas en inglés), que permitiría que un contingente de tropas estadounidenses permaneciera en Irak. «Me juego mi vicepresidencia a que Al-Maliki va a firmar para ampliar el SOFA», aseguró, según algunas fuentes, a varios funcionarios de la administración durante una videoconferencia. Sin embargo, la confianza de Biden resultó estar errada. En 2011, Al-Maliki hizo caso omiso de las peticiones estadounidenses, y Estados Unidos abandonó su esfuerzo por mantener tropas en Irak. En diciembre, Biden visitó Bagdad para marcar el inicio de la retirada estadounidense del país. Llamó a Obama y le dio las gracias por haberle dado «la oportunidad de terminar con esta maldita guerra». Aquella bravata resultó ser prematura.

En junio de 2014, visité a Biden en su oficina en el Ala Oeste. Menos de tres años después de anunciar el fin de aquella maldita guerra, militantes suníes de una organización que se hacía llamar EI —Estado Islámico de Irak y el Levante— se hicieron con el control de Mosul, la segunda ciudad más grande del país, y Obama se preparaba para mandar las primeras miles de tropas de vuelta a Irak. La frontera entre Irak y Siria se estaba viniendo abajo, y dos guerras hasta entonces distintas amenazaban con convertirse en una.

En mangas de camisa, Biden se dejó caer sobre un sofá azul frente a su escritorio y lanzó un dramático suspiro de hastío. Durante años, críticos tanto de la izquierda como de la derecha habían presionado a la administración para que diera pasos mucho más firmes en Siria, para salvar vidas o para detener el caos estratégico que comenzaba

a extenderse por la región. Le pregunté si Estados Unidos podría haber hecho algo distinto en Siria. Durante quince segundos, Biden no dijo nada. Al fin, respondió: «Sí, tal vez». En 2012, la Casa Blanca rechazó un plan respaldado por la CIA para armar a rebeldes moderados, por miedo a que eso acercara a Estados Unidos al conflicto y además pusiera armas en las manos equivocadas. Cuando se supo que el presidente sirio, Bashar al-Asad, había utilizado armas químicas en junio de 2013, Obama autorizó la operación. La meta de Estados Unidos, según Biden, era deponer a Al-Asad sin desatar una guerra civil. Sin embargo, reconoció: «No pensaba y no creía que nuestros aliados estuvieran remando en la misma dirección». Los líderes de Catar, Arabia Saudí y otras potencias regionales estaban armando a yihadistas suníes a los que Estados Unidos no estaba dispuesto a apoyar. «Me parecía de vital importancia que los cataríes, los emiratíes, los saudíes y los turcos decidieran cuál era el eslabón más débil —señaló—. ¿A quién íbamos a apoyar? ¿Estábamos comprometidos a dejar en su lugar a un Gobierno intacto que fuera posible reconstruir, para no terminar con un país dividido?»

Biden recordó una conversación con el emir de Catar, durante un desayuno, una mañana de abril de 2013. «No podéis seguir financiando a los islamistas más radicales.» El vicepresidente creía que las potencias extranjeras de la zona estaban transformando el conflicto en una especie de guerra indirecta entre suníes y chiíes. «No puedes mandarle decenas de millones de dólares a Al Nusra [un grupo terrorista] y decir "estamos remando en la misma dirección", porque eso no va a acabar bien. —Biden se reclinó en su asiento y continuó—: En la medida en la que existía la posibilidad de que esto terminara bien relativamente pronto, el fracaso estuvo en la incapacidad de lograr alcanzar un consenso unánime.»

Antes de que pudiera preguntarle a Biden qué había llevado a ese momento, defendió su trayectoria y su postura en contra del uso de la fuerza. «Mira, algo de lo que estoy seguro es de que esto no tiene que ver con que tengamos treinta mil tropas ahí, sesenta o diez. —Enseguida hizo una comparación con Afganistán—: A ambos países, saliendo de circunstancias muy complicadas, les dimos una

oportunidad. Les ofrecimos tiempo y espacio.» Se mostraba pesimista con respecto al caos desatado en Siria e Irak, pero seguía pensando que Estados Unidos se equivocaría si intentaba someter u obligar a las partes a llegar a un acuerdo. «Pese a los cientos de horas que otros y yo pasamos con sus líderes, la cuestión es que no resolvieron el problema central de cómo diablos van a vivir allí todos juntos. Y si eso no se resuelve de nada sirve que nosotros sigamos allí.»

Pocos comandantes y diplomáticos estadounidenses lamentaron el fin de la extenuante ocupación, pero algunos criticaron a Biden por depositar demasiada fe en Al-Maliki, o por no presionar lo suficiente para que una parte de las tropas se quedara y mantuviera la influencia estadounidense, y tuviera bajo control el proyecto sectario de Al-Maliki. Cuando Biden y yo hablamos sobre Irak, él hacía menos de veinticuatro horas que había hablado con Al-Maliki, y ya había dejado de tomarse la molestia de decir que confiaba en él: «La buena y la mala noticia es que todo esto ha pasado en un momento propicio; están en la fase de formación de gobierno, y quizá veamos a los chiíes decidir que Al-Maliki no es el indicado». Biden expresó esperanzas solo moderadas en que la situación en Irak pudiera resolverse. «No podemos querer unidad y coherencia, por más que nos convenga, más de lo que ellos lo quieren.»

Ese verano, conforme el Gobierno de Bagdad se sumergía más y más en la disfuncionalidad, la vieja idea de Biden de un Irak federal descentralizado, que en su momento se había considerado una propuesta radical, se convirtió de pronto en un contundente reconocimiento de la realidad. Stratfor, la empresa de análisis de inteligencia, predijo que Irak «se comportará con el tiempo básicamente como una confederación». Nadie fingió que ese fuera un resultado deseable. Zalmay Khalilzad y Kenneth Pollack, expertos en Irak del Centro de Estudios Estratégicos e Internacionales de la Brookings Institution, la llamaron «la mejor, o quizá solo la menos peor» de las opciones por el momento.

Entrábamos en el último trimestre de la presidencia de Obama, y la química en la Casa Blanca estaba cambiando. Tras casi cuatro años como secretaria de Estado, Hillary Clinton dejó el cargo en

2013: había cumplido con una agenda de viajes extenuante y visitado más países que cualquier otra persona que hubiera ocupado el puesto; además, sufrió una conmoción cerebral y una trombosis que la habían obligado a parar durante un mes. John Kerry fue su sucesor. Kerry tenía una buena relación con Biden, pero sus habilidades y su experiencia se solapaban, lo que hacía que Biden fuera menos necesario en asuntos de política exterior. A diferencia de Clinton, Kerry llegaba al puesto tras décadas de experiencia en política exterior en el Senado, y, al igual que Biden, conocía a jefes de Estado en todo el mundo. Además, los rumores sobre los posibles candidatos de cara a 2016 estaban ganando en intensidad. Biden se enorgullecía de lo que había aportado: había sido una voz a favor de acabar con dos guerras, sin importar hasta qué punto estuvieran o no resueltas; había servido de enlace con un Congreso disfuncional; había mostrado su apoyo a la comunidad LGBT, pese a que le había costado su relación con los asesores políticos de Obama. Sabía que su visión sobre su propio legado sería discutida; Bob Gates había sido solo el primero en entrar al ruedo.

Al final de una de las entrevistas que le hice, Biden reflexionó sobre la vicepresidencia: «Pese a todas las dudas que tuve antes de aceptar el puesto, esto es lo más valioso que he hecho en la vida». Se levantó, se puso una americana azul marino y sacó los puños de la camisa por debajo de la manga. Tenía que ir a una reunión de seguridad nacional. Biden sabía que otros —en particular Hillary Clinton— se preguntaban por sus intenciones en torno a la campaña presidencial, pero él no tenía ninguna prisa por hacerlas públicas. Cuando le pregunté al respecto, lo negó como de costumbre y dijo: «Puedo morir feliz sin ser presidente».

Llamé a uno de los amigos de Biden para que me diera su opinión. Se rio. «Hace seis años que digo que, si crees que Joe Biden no tiene pensado presentarse en 2016, es que no conoces a Joe Biden.»

# 6

# AFORTUNADOS Y DESAFORTUNADOS

Cuando Biden aceptó ser el candidato vicepresidencial en 2008, le dijo a Obama: «Tengo sesenta y cinco años; no vas a tener que preocuparte por mis ambiciones presidenciales». Si Obama ocupaba el puesto durante los dos cuatrienios y Biden conseguía sucederle, habría sido el presidente más viejo de la historia.

Sin embargo, hacia 2011 ya estaba reconsiderando la posibilidad, y empezó a convocar sesiones de estrategia en el Observatorio Naval, la residencia oficial del vicepresidente, con su familia y con los asesores políticos que lo acompañaban desde hacía muchos años, como Ted Kaufman y Ron Klain, entre otros. La primera vez que le pregunté a Biden al respecto, a principios de 2014, negó, como suele hacerse, que estuviera pensando en ello: «Mi trabajo es apoyar al presidente. Sé que parece una tontería, pero lo digo en serio. Tengo una responsabilidad, solo una: apoyar a este hombre, a quien admiro enormemente, a terminar su mandato y a cumplir con un proyecto que comparto y en el que creo». Cuando insistí, respondió: «En algún momento, entre un día y seis u ocho meses después de las elecciones legislativas —que se celebraron en el otoño de 2014—, hablaremos de si estaré en la contienda o no».

La verdad era que Biden ya se estaba enfrentando a una situación sin precedentes en la actual política estadounidense. En los últimos cincuenta años, todos los vicepresidentes en ejercicio que habían buscado la candidatura a la presidencia habían conseguido el apoyo de su partido. Pero incluso un año antes de que Hillary Clinton

anunciara de manera formal que iba a presentarse, Biden ya estaba más de cincuenta puntos por detrás de ella en las encuestas. Si Hillary al final decidía no presentarse, o si sufría algún tropiezo por el camino, Biden podía dar un paso al frente. Pero por el momento estaba en el limbo, y lo único que podía hacer era buscar formas de mantenerse vigente, de ayudar a su presidente y de pulir su legado.

Cuando hablé con él sobre la decisión de retirarse o de presentarse de nuevo como candidato, me habló de su padre: «Cometí un error al animarlo a retirarse. Creo que, siempre y cuando sientas que puedes hacerlo y estés bien de salud...». Entonces cambió un poco de tercio: «De hecho, tuve esta discusión con Barack. Le dije: "Mira, no voy a hacer como Al [Gore] y a aparecer en todos los cumpleaños que se celebren en Iowa". No voy a hacer eso, pero ¿sabes? Aún no he decidido que *no* voy a presentarme».

Faltaba más de un año para los caucus de Iowa de 2016, pero el panorama para Biden no era alentador. A pesar de que visitaba a menudo Carolina del Sur (donde tendrían lugar las terceras primarias), una encuesta de 2012 reveló que casi un tercio de los entrevistados no fueron capaces de decir quién era el vicepresidente. Y, sin embargo, como estrategia a corto plazo, los rumores sobre la posible candidatura de Biden le venían bien. Un vicepresidente que buscaba activamente la presidencia era una distracción. En cambio, Biden estaba evitando ser descartado del todo al alimentar las especulaciones sobre su posible decisión de complicarle la candidatura a Clinton. Incluso si Biden no veía una ruta viable hacia la nominación, dejar la posibilidad sobre la mesa lo mantenía en la competición. Uno de sus asistentes me dijo que Biden se veía a sí mismo como «el tiburón que necesita seguir nadando para mantenerse con vida». Dennis Toner, que trabajó en el equipo de Biden durante más de treinta años, lo puso en términos menos funestos: «Si tu vida entera ha girado en torno a esto, ¿cómo lo dejas?».

Cuanto más tiempo pasaba con Biden, más notaba la frecuencia con la que volvía al tema del respeto: en su infancia, en las dificultades que atravesó su padre, en las viejas ofensas y favores que había experimentado a lo largo de su ascenso político. El

respeto es un elemento permanente en la psicología política (en un episodio de *Veep* , Julia Louis-Dreyfus explica su importancia —«¿Conoces la canción de Aretha Franklin?»— instantes antes de estrellarse contra una puerta de cristal), pero la sensibilidad de clase de Biden lo elevaba a una posición sagrada. Llegué a la conclusión de que, para él, la presidencia era menos importante que tener la certeza de que la gente lo respetaba hasta el punto de tomárselo en serio.

Biden y Hillary Clinton eran amigos desde la campaña de Bill Clinton de 1992. A ella le gustaba decir que Biden le recordaba a su marido, que los dos eran luchadores y campechanos, y que llevaban la política en la sangre. Cuando Hillary llegó al Senado, Biden y ella compartieron varios viajes en tren. Cuando Clinton dio un apasionado discurso de apoyo a Obama y a Biden en la Convención Nacional Demócrata de 2008, Biden la buscó entre bambalinas, se puso de rodillas en señal de gratitud y le besó la mano. Luego apoyó con entusiasmo su nominación como secretaria de Estado. En la administración, difirieron de manera clara en cuanto al uso de la fuerza militar estadounidense; ella estaba a favor de una nueva incursión en Afganistán, de deponer a Gadafi y del ataque contra Bin Laden, mientras que él se opuso a las tres cosas. Aun así, desayunaban todos los martes en la residencia vicepresidencial, sin sus equipos de trabajo. Biden insistía en salir a recibirla cuando llegaba y en acompañarla hasta el pequeño rincón soleado del pórtico en el que desayunaban. «Ha sido siempre un caballero», escribió Clinton en *Decisiones difíciles* , el libro que publicó sobre sus años en el Gobierno. Biden a veces se despedía de ella por teléfono con un «te adoro, cielo».

Cuesta exagerar la ventaja que tenía por entonces Clinton. Había sido durante doce años consecutivos la mujer más admirada del país, según las encuestas de Gallup. (En 2014, Michelle Obama estaba en el número tres, detrás de Oprah Winfrey, y empatada con Sarah Palin.) Un comité de acción política había recaudado más de 8,3 millones de dólares en su nombre cuando faltaban más de dos

años para las elecciones. Biden no tenía infraestructura para recaudar fondos. En un texto de 2014 para *The Atlantic* , Peter Beinart analizó el impulso que estaba tomando la campaña de Clinton y concluyó que «la posible candidatura presidencial de Joe Biden corre el riesgo de convertirse en un chiste». Beinart lamentó que fuera así, porque, según su razonamiento, las diferencias entre Biden y Clinton podrían dar pie a un debate productivo sobre hacia dónde quería ir el Partido Demócrata en relación a cuestiones como «el papel de Estados Unidos en el mundo».

Ed Rendell, exgobernador y funcionario del Partido Demócrata, era amigo de Biden y partidario de Clinton. Esa primavera, le pregunté si creía que Biden podía plantar batalla a Clinton. «No. Todos los que lo apoyan desde un punto de vista político y económico están a favor de Hillary. La respuesta que le darían sería: "Joe, te quiero y creo que serías un buen presidente, pero es el momento de Hillary". Joe estaría interponiéndose en el camino de la historia.» Sin embargo, si Clinton no se postulaba o sufría algún tropiezo en el camino, añadió Rendell, Biden atraería más apoyo demócrata de lo que parecería en un principio. «Si Hillary se retirara el martes, llamaría a Joe el miércoles para decirle: "Estoy aquí para lo que quieras". Y creo que el 60 o 70 % de las personas que apoyan a Hillary piensan lo mismo.»

Las campañas se mueven en direcciones impredecibles y, ese verano, Clinton hizo una serie de comentarios poco afortunados sobre su riqueza; dijo que su familia estaba «en la ruina» cuando salió de la Casa Blanca y que ella y Bill Clinton no estaban «tan bien» en lo económico, pese a que no paraba de viajar por todo el país dando discursos bien remunerados. Biden, por el contrario, había comenzado a hacer declaraciones que podían posicionarlo como una alternativa más progresista, al estilo de Elizabeth Warren. «Estoy completamente en desacuerdo —me informó— con la mentalidad que surgió en la administración de Clinton sobre la concentración de la riqueza como medio para generar crecimiento económico.» A la clase media, señaló, la están «machacando». Y después agregó: «Creo que tiene que haber un cambio significativo en las políticas fiscales y recaudatorias». Estaba intentando lograr

que esa perspectiva «penetrara en la Casa Blanca», afirmó. En ese momento, pensé que todo aquello no eran más que clichés, y no escribí nada al respecto. Fue un error. Biden estaba describiendo una división emergente en el Partido Demócrata en torno al grado en que este debía responder a las frustraciones de los votantes de clase obrera, en particular blancos, algunos de los cuales empezaron a mirar hacia Bernie Sanders... Y otros hacia Trump.

Biden continuó: «Te voy a ser sincero: el único voto del que me arrepiento de todos mis años en el Senado —y lo hice por lealtad, y no era consciente de lo malo que acabaría siendo— fue el de Glass-Steagall». La derogación de 1999 de la ley Glass-Steagall, que separaba la banca de depósito de la banca de inversión, facilitó, en parte, la crisis financiera de 2008. (Con los años, Biden ha expresado su arrepentimiento con respecto a otros votos, entre ellos su apoyo a la invasión de Irak o al endurecimiento de las sentencias por posesión de crack.)

Sus declaraciones públicas con toques de populismo económico lo colocaban claramente a la izquierda de Clinton. En aquel momento, faltaban aún meses para que Sanders entrara en la contienda presidencial. Biden estaba poniendo a prueba un discurso que en caso de competir podría servirle. Ante una audiencia formada por sindicalistas, recordó que Ken Langone, el multimillonario fundador de la franquicia de bricolaje Home Depot, se había quejado de que el papa Francisco protestara por la inequidad económica. «Como católico practicante, bendíceme, padre, porque *él* ha pecado», dijo en relación a Langone. Advirtió a los miembros del sindicato United Auto Workers que los conservadores habían lanzado «un ataque conjunto, a pleno pulmón, bien organizado, bien financiado y bien planeado contra la clase obrera».

Mientras Clinton esquivaba nuevas preguntas sobre sus ingresos, Biden decía en una conferencia en Washington que llevaba puesto «un traje relativamente caro» a pesar de no tener «ni una sola acción o bono». (Para ser precisos, su familia tenía algunos valores a nombre de su mujer.) En el canal de televisión Comedy Central, Jon Stewart declaró que aquello era como un concurso de «a ver quién es más pobre».

En su oficina ese día, mientras más hablaba Biden sobre una posible campaña, más se animaba ante la posibilidad de postularse como un populista económico. Se levantó del sofá y rebuscó en su escritorio. Había tropezado hacía poco con su discurso de la convención de 2008 y estaba sorprendido por la cantidad de problemas que mencionaba y que seguían sin resolverse. Lo encontró entre las pilas de papeles de su escritorio y, de pie en medio de su oficina, comenzó a hojearlo. «Hay una frase que uso ahí en la que digo: "Soy el candidato de los policías, de los bomberos, de las enfermeras, de las maestras y de los trabajadores de las cadenas de montaje".» Me contó que la gente le preguntaba: «"Biden, ¿por qué sigues hablando de desigualdad económica y esas cosas?" Y veo en mi discurso que ¡es la razón por la que me metí en esto! —Me miró, con una enorme sonrisa, todavía de pie—. No hablamos lo suficiente sobre la disparidad de ingresos. No estamos hablando lo suficiente sobre cómo, por el amor de Dios, podemos pensar en un recorte a los impuestos de 5,7 billones de dólares adicionales. ¿Cómo podemos seguir diciendo que un impuesto al interés acumulado del 20 % es justo? ¿Por qué diablos no estamos hablando de rendimientos del trabajo frente a rentas pasivas?».

Jill Biden calculaba que había participado en trece campañas políticas, entre las de su marido y las de su hijastro Beau. Yo había oído decir que los miembros de la familia de Biden eran reacios a embarcarse en otra campaña. Cuando le pregunté si pensaba que su marido volvería a postularse, no vaciló. Dijo que verían «cómo evolucionaban las cosas», pero agregó que la vida en un cargo público deja poco tiempo para discutir sobre el futuro. La noche anterior habían ocurrido una serie de cosas y, me dijo, «lo que hicimos fue subir y empezar a revisar el material que teníamos preparado para hoy. Es importante hacerlo. Es un estilo de vida. Es algo que nunca dejas. No es un trabajo; no es algo de lo que puedas olvidarte cuando llegas a casa. Lo vives todo el tiempo; lo respiras».

Cuando entrevisté a Obama ese verano, mencioné que había alabado los atributos de Clinton como potencial presidenta y le

pregunté qué pensaba de las posibilidades de Biden. «Creo que Joe sería un extraordinario presidente —respondió Obama—. Ha visto el cargo de cerca; sabe qué se necesita. Sabe cómo separar lo importante de lo menos importante. Tiene mucha facilidad para conectar con la gente. Disfruta de la política y tiene buenas relaciones en el Capitolio.» Me encontré con Obama en un momento de especial inquietud. Tras seis años enclaustrado en la Casa Blanca, había comenzado a compararse con un animal enjaulado. Unas horas después de que habláramos, salió a caminar y entró en un Starbucks, una salida no programada durante la que les dijo a los reporteros: «El oso anda suelto». Desde esa perspectiva, Obama no podía ocultar que le sorprendía que dos de sus amigos estuvieran dispuestos a someterse a otra campaña presidencial. «Creo que tanto Joe como Hillary han hecho muchas cosas importantes en la vida. La pregunta es si, en este punto, quieren pasar por el más que indigno proceso de volver a participar en una campaña.»

Obama volvió al tema de Biden: para postularte, «debes sentir ese ímpetu arrollador, y solo Joe puede decir si lo siente. —Y añadió—: Mientras tanto, le estoy muy agradecido porque no ha dejado que esa cuestión afecte a nuestra relación ni a su trabajo como vicepresidente. Sigue siendo extraordinariamente leal. Continúa realizando tareas titánicas que pueden no reportarle grandes beneficios políticos.

»Lo envié a Ucrania para la toma de posesión de Poroshenko, y él estuvo ahí, una figura mundial reconocida, como un símbolo de la importancia que le damos a la elección ucraniana. —Obama añadió —: Después de eso, los líderes mundiales pueden transmitirle directamente a él lo que piensan sobre cómo estamos haciendo las cosas, pero eso no es algo que le esté ayudando en Iowa».

Cuando le pregunté a Biden qué factores tendría en cuenta a la hora de tomar la decisión de presentar su candidatura a la presidencia, me dijo que la motivación («¿creo tener la capacidad para cambiar las cosas?»), las posibilidades («¿puedo ganar?»), la organización («¿puedo recaudar mil millones de dólares?») y la familia («si Jill no es feliz, parecerá una tontería, pero yo no soy feliz»).

Le pregunté también cómo respondería si sus oponentes decían que era demasiado viejo como para ser presidente. «Creo que es una pregunta por demás legítima. Y solo diría: "Mírenme y decidan". —Luego agregó—: Yo mido a la gente, ya sea en el deporte, en una empresa o en la vida, por cuánta pasión les queda. Por cómo se enfrentan al trabajo que tienen por delante, por cómo se *enfrentan* a él de verdad.» Dio un golpe sobre una mesa de madera que había junto al sofá y afirmó: «Sé por experiencia que podría ponerme enfermo. Podría sufrir un cáncer o un infarto. Esa es otra razón por la que mi padre siempre decía: "Nunca discutas con tu mujer por algo que va a pasar dentro de más de un año"».

Fuera del ojo público, la vida personal de Biden estaba cambiando de una forma que marcaría sus últimos años en la Casa Blanca. En el verano de 2013, a su hijo Beau, Joseph Robinette Biden III, fiscal general de Delaware y padre de dos hijos, le diagnosticaron glioblastoma, un agresivo cáncer cerebral. Padre e hijo tenían una relación muy cercana; Beau era confidente y discípulo de su padre, e incluso de adolescente tuvo un papel importante en la vida política de Biden, de pie junto a él, lo suficientemente cerca como para susurrarle consejos durante sus discursos. Richard Ben Cramer, en *What It Takes,* recuerda algo que ocurrió durante de la fallida campaña de Biden de 1987. En un acto, el público estaba tan callado que «podía oírse el roce de la ropa con la tapicería de escay de los asientos», escribió Cramer. Biden seguía hablando a toda velocidad, pese a todo, «hasta que Beau, cerca del final, sin levantar la vista de sus zapatos murmuró: "Papá... acaba"». Durante años, Biden les dijo a sus amigos que Beau tenía «todas mis mejores cualidades y ninguna de las peores».

Tras el diagnóstico, Beau se sometió a un agotador proceso de cirugías y tratamientos experimentales. En un libro muy personal sobre esos años, *Promise Me, Dad* , Biden recuerda haberle dicho a Obama que estaba pensando en pedir una segunda hipoteca para cubrir los estratosféricos gastos. «No hagas eso —le dijo Obama—.

Yo puedo darte el dinero. Ya me lo devolverás cuando sea.» (Biden nunca aceptó la oferta.)

Durante el tratamiento, hubo momentos de falsa esperanza. Durante una de nuestras entrevistas, tuvo que ausentarse un momento para atender una llamada. Volvió con una sonrisa en la cara y un nuevo brillo en los ojos. «Acabo de recibir muy buenas noticias familiares —comentó. Le pregunté si quería tomarse un descanso—. Ah, no, es solo que... no sabes lo bien que me siento», respondió.

Más tarde, uno de sus asistentes me explicó que había recibido buenas noticias sobre el progreso del tratamiento de Beau. Pero el optimismo no duró mucho. Beau murió el 30 de mayo de 2015, a los cuarenta y seis años. Esa noche, Biden escribió en su diario: «Ha ocurrido. Dios mío, mi niño. Mi precioso niño».

Aquello fue especialmente duro para la familia Biden, que es un clan que se enorgullece de su feroz solidaridad. Biden hablaba a veces de los suyos en términos antropológicos; «Nosotros, los Biden», solía decir. («Nosotros, los Biden, tenemos personalidades fuertes y vivimos todos cerca», escribió.) En una ocasión fui a su oficina para entrevistarlo. Él parecía estar perdido en sus pensamientos. Era una semana ajetreada —yo estaba ahí para hablar con él de Irak, Ucrania y otros dramas—, pero, cuando le pregunté en qué pensaba, ahí sentado en su escritorio, una enorme sonrisa se le dibujó en el rostro. «¡En una primera comunión!» Iba a tener lugar ese fin de semana, en Delaware, y Biden iría a casa. «Veré a mi hermana, a muchos amigos que son de mi edad y a otros más jóvenes, con hijos que están terminando la universidad, y están dispersos por todo el mundo. He tenido mucha suerte. —Y agregó después—: Todos los domingos, cuando estamos en casa, cenamos juntos. ¿Sabes? Así ha sido desde hace veinticinco años.»

Tras su muerte, Obama elogió a Beau por «una vida completa; una vida que importó». En un comentario dirigido a Joe y Jill, agregó: «Los Biden tienen más familia de la que creen». Había algo de cierto en esas palabras. Aunque la familia Biden gozaba de muchos privilegios, sus tragedias, su lucha y su improbable optimismo los

hacían destacar como un clan estadounidense más accesible que los Kennedy, los Clinton o los Obama.

Durante los tributos a los Biden, el senador Harry Reid dijo: «Hay una canción, "Man of Constant Sorrow" [Un hombre de penas constantes] que, si alguna vez fue aplicable a alguien, sería a nuestro amigo Joe Biden». Si bien el comentario tenía buena intención, para la gente cercana a Biden la analogía no sonaba del todo correcta. Las penas de los Biden, a fin de cuentas, eran excepcionales, pero nunca constantes. Ted Kaufman, amigo de Biden, me confió: «Si me preguntan cuál es la persona más desafortunada que conozco, a la que le han pasado las cosas más terribles, diría que Joe Biden. Si me preguntan cuál es la persona más afortunada que conozco, a la que le han ocurrido cosas que solo pueden considerarse increíbles, diría que Joe Biden».

Durante décadas, Biden no estuvo del todo cómodo con la exhibición pública de su dolor. Incluso años después del accidente de carretera, hablaba de él solo de forma ocasional. Le preocupaba la reacción de la gente; la vulnerabilidad no iba con el estilo chulesco de su generación. Sin embargo, tras la muerte de su hijo, sus colaboradores vieron un cambio. «Lo que pasó con Beau acabó con toda su arrogancia —me dijo un excolega suyo—. Fue algo casi físico. Podías verlo hasta en su postura. Ya no era aquel viejo jugador de fútbol americano. Salió de esa experiencia convertido en un hombre humilde y decidido.»

En el otoño de 2015, Biden apareció en *The Late Show* , el programa de Stephen Colbert. Tenían algunas experiencias en común: cuando Colbert era solo un niño, su padre y dos de sus hermanos habían muerto en un accidente de avión. Antes de la grabación, Biden y Colbert se saludaron en los camerinos. «Fue una de las conversaciones más breves y conmovedoras que he tenido en mi vida», me contó Colbert. Durante la entrevista, Biden habló de la muerte de su hijo, esforzándose por mantener la compostura. Colbert, por su propia experiencia, sabe que exhibir ese dolor en público cumple un propósito. «Muy pocas personas quieren

acercarse al dolor, y no solo al propio, sino al dolor de cualquiera —me explicó—. Es como si ese dolor fuera contagioso. Pero Biden no es así. Él entiende que hay una soledad en el dolor y, al manifestarlo, te hace sentir menos solo. En muchos sentidos es un hombre de mediados de siglo, pero no carga con esa maldición de no poder mostrar ninguna debilidad.»

La asociación de Biden con el dolor y la resiliencia en ocasiones lo pone más allá de los límites habituales de la política transaccional. «La gente se le acerca y es de lo único que quieren hablar. "¿Cómo se supera?", le preguntan», explicó Mike Donilon, su jefe de estrategia. Cuando Biden y Obama recorrían las primeras filas en los actos políticos para saludar, Biden a veces tardaba tanto que había que volver a poner la música desde el principio. Periodistas y operarios bromeaban con que todo aquello, lo de hacerse demasiadas fotos y parlotear sobre su equipo favorito (los Phillies), era el viejo numerito de Biden. La gente que ha trabajado con él lo veía de otro modo: «La música ruge a todo volumen, la gente le pide a gritos una foto, alguien del equipo técnico lo empuja para que avance, pero él se detiene —explicó Donilon—. Se queda ahí y *habla* con quien tiene delante».

Durante los años en los que Biden estuvo lidiando con el deterioro físico de Beau, su otro hijo, Hunter, atravesaba una crisis de otra índole. Durante décadas, Hunter había luchado con una adicción a las drogas y al alcohol a la que alguna vez llamó «un túnel sin fin». En febrero de 2014, fue dado de baja como reservista de la Marina por dar positivo en cocaína. Su matrimonio se desmoronó, tras lo que tuvo una breve relación con la viuda de Beau. Mientras todo esto ocurría, hubo republicanos, ansiosos por minar la candidatura de Biden, que difundieron la idea, sin fundamento o evidencia, de que Biden había utilizado su poder para ayudar a Hunter a hacer negocios en China y Ucrania. A lo largo de los años, el hijo de Biden había trabajado en un banco, en un *lobby* empresarial y en un fondo de inversión, pero su padre se había mantenido lejos de todo ello, para evitar acusaciones de conflictos de interés.

Esa distancia se estaba volviendo más difícil de mantener. En la primavera de 2014, al mismo tiempo que Biden tenía un papel

fundamental en la supervisión de las políticas de Estados Unidos en Ucrania, Hunter se incorporó a la junta directiva de Burisma, una de las empresas productoras de gas natural más grandes de Ucrania. Su decisión de aceptar el puesto no fue del agrado de algunos miembros de la administración de Obama; su posición no afectaba a las políticas del Gobierno, insistieron, pero no daba una buena imagen. En aquellos años, Hunter entró y salió de clínicas de rehabilitación, sufrió la pérdida de su hermano y siguió buscando oportunidades de negocios. Tuvo un accidente con un coche de alquiler en Arizona, en el que luego apareció una pipa de crack y la placa de fiscal general de Beau Biden en el salpicadero. Hunter le diría luego a Adam Entous, del *New Yorker* , que su padre solo habló de Burisma con él una vez: «Papá me dijo: "Espero que sepas lo que estás haciendo", y yo le contesté que sí lo sabía». (Hunter después se disculpó con él y dijo públicamente que haberse integrado en la junta directiva fue «una mala decisión». Prometió también que no trabajaría para ninguna compañía extranjera si su padre llegaba a la presidencia.)

Mientras Biden lidiaba con la muerte de Beau y con los problemas de Hunter, en Washington las especulaciones en torno a su candidatura a la presidencia no se detenían. Había curiosidad por saber qué pasaría en caso de que decidiera enfrentarse a Hillary Clinton por la candidatura del Partido Demócrata. En un análisis superficial, Clinton tenía varias ventajas: era cinco años menor, muy popular dentro del partido, seguía cumulando fondos para su campaña y estaba la posibilidad de hacer historia y convertirse en la primera mujer en ocupar la presidencia.

Había otro factor importante: era cada vez más evidente para Biden que Obama veía a Clinton como su sucesora natural. Los indicios hasta entonces habían sido sutiles. En 2014, en una entrevista a Obama y Biden en el programa *CBS This Morning* , el periodista, Major Garrett les preguntó a ambos por las elecciones de 2016. Obama llenó de elogios a Biden y dijo que era «un gran compañero en todo lo que hago». Pero también habló de alguien

más: «Sospecho que puede haber otros potenciales candidatos para 2016 que han sido buenos amigos y aliados. Tenemos a una extraordinaria secretaria de Estado que hizo un gran trabajo para nosotros, para Joe y para mí». La mirada de Biden se perdió un instante y luego volvió a mirar al presidente, con una sonrisa forzada. No fue un aval para Hillary Clinton. No fue nada... a menos de que lo hubieras visto.

En privado, Obama «se mostraba contrario a mi candidatura, por varias razones», escribió Biden después. Una disputa interna desviaría la atención y dejaría en un segundo plano el último año de trabajo del Gobierno, y además se corría el riesgo de dividir al partido en facciones que, por separado, serían más débiles frente a un oponente republicano. Además, escribió, algo molesto, Biden, Obama estaba «convencido de que yo no podría vencer a Hillary». Biden creía que quizá Obama ya le había prometido a Clinton que la apoyaría, pero que no quería que eso interfiriera en su relación con él. «Lo entendí y nunca se lo tuve en cuenta. Barack debía cuidar su propio legado, y una parte de ese legado no estaba aún grabado en piedra.»

Sus asesores lo veían de forma distinta. Citaban encuestas que mostraban que Biden tenía índices de popularidad superiores a los de varios candidatos de ambos partidos, entre ellos los republicanos favoritos en aquel momento, Jeb Bush y Marco Rubio. Aunque Biden estaba muy por detrás de Clinton en New Hampshire, iba por delante en estados clave como Florida, Ohio y Pennsylvania. Además, los posibles votantes le puntuaban más alto en honestidad y en empatía. El sorprendente éxito de Bernie Sanders durante los primeros compases de la campaña política sugería que el discurso de Biden en torno a la desigualdad económica y la revitalización de los sindicatos podría tener su público, aunque, si quería ser él quien defendiera esa causa, debía darse prisa.

Pero cuando llegó el otoño de 2016, Biden seguía de luto por su hijo y dándole vueltas a la decisión que debía tomar. No había recaudado fondos, no tenía un equipo de campaña y no había creado una estructura de trabajo en los diferentes estados. En una reunión con sus asesores y su familia, Donilon vio el dolor en su

rostro y al fin dijo: «No creo que debas hacerlo». Donilon había sido uno de los que con más entusiasmo había intentado que Biden participara en la contienda. «Creo que podría haber ganado —me confió después—. Pero lo vi esa noche en la residencia vicepresidencial y parecía estar sufriendo demasiado. No podía hacerlo.»

Al día siguiente, el 21 de octubre, en el Jardín de las Rosas de la Casa Blanca, con Jill y Obama a su lado, Biden anunció que no presentaría su candidatura a la presidencia. Intentó mostrarse decidido, pero su ambivalencia era evidente. «Aunque no seré candidato, no me quedaré callado —afirmó—. Tengo la intención de alzar la voz con claridad y fuerza para influir tanto como pueda en nuestra postura como partido y en nuestro destino como nación.» Solo llevaba unas notas en la mano, hablaba despacio y con paciencia, para sus estándares, y dirigía los comentarios no solo al público sino también a sus colegas de Washington. Les instó a poner fin a «las políticas partidistas divisorias que están destruyendo al país». Y agregó: «Cuatro años más de esta batalla encarnizada es más de lo que esta nación puede soportar».

Parecía ser el final de un sueño de cinco décadas que se remontaba a aquel arrebato de entusiasmo juvenil que lo llevó a decirle a la madre de Neilia que algún día sería presidente de Estados Unidos. Había corrido su última carrera, o al menos eso parecía. Pero la vida de Biden con frecuencia daba giros impredecibles, y esta vez no sería la excepción.

# 7

# LA BATALLA POR EL ALMA

En el verano de 2017, Biden se encontraba prácticamente retirado, recaudaba fondos para la investigación oncológica y le decía a cualquiera que quisiera hablar con él que habría sido capaz de derrotar a Trump.

En agosto de ese año, después de que un grupo de supremacistas blancos marchara con antorchas en Charlottesville, Virginia, Biden oyó que Trump hablaba a favor de «las muy buenas personas» que había a ambos lados del conflicto. «Pensé: "¡Dios! Este tipo va a ser mucho peor de lo que había imaginado"», me contó Biden. Había leído *Cómo mueren las democracias* , de los politólogos de Harvard Steven Levitsky y Daniel Ziblatt, y vio ecos de lo que explicaban en los titulares periodísticos. «Mira lo que está haciendo. Mira lo que está diciendo. Y no solo él, sino también sus seguidores y algunos de los otros cargos electos», continuó Biden. Trump bebía del filón de una ira preexistente, pensó. «Pero no es algo que esté ocurriendo solo por Trump. Ni siquiera estoy seguro de que él lo entienda.»

Muchos de los principales rivales de Biden —en especial Sanders y Warren— defendían una ideología abiertamente progresista: un New Deal del medio ambiente, seguro médico para todos (lo que se conoce como Medicare for All), universidad pública gratuita, despenalización del cruce ilegal de fronteras... Estaban consiguiendo un amplio apoyo, sobre todo entre la gente joven. Faltaban pocos años para que los *millennials* y la generación Z fueran mayoría entre los votantes estadounidenses empadronados. En 2018, veinte

personas de la generación *millennial* se convirtieron en miembros del Congreso, entre ellas Alexandria Ocasio-Cortez, una demócrata socialista partidaria de Sanders que lo logró tras derrotar inesperadamente a un poderoso demócrata moderado del Bronx.

No obstante, Biden creía que sus colegas habían pasado por alto una lección crucial de las elecciones legislativas: los republicanos habían perdido cuarenta y tres distritos en la Cámara a manos de los demócratas, puesto que parte de los votantes mayores y de los votantes moderados retiraron su confianza al partido de Trump. «Ganamos no porque atacáramos a nuestro oponente, sino porque atacamos los problemas que había tras de lo que nuestro oponente apoyaba —me explicó—. Al principio estaban en contra de Obamacare, pero de pronto los oías decir: "Yo nunca dije que hubiera que *desechar* esa idea".» Según Samuel Popkin, un veterano investigador y autor de *Crackup* , un libro sobre las divisiones internas del Partido Republicano, Biden podía atraer a ciertos simpatizantes de Trump, los que estaban más hartos. «La bancarrota agraria está prácticamente en su punto más álgido en tres décadas», me contó Popkin. En 2018, Trump voló a Wisconsin y prometió lo que llamó la «octava maravilla del mundo»: la construcción de una fábrica de Foxconn, la empresa taiwanesa de artículos electrónicos. «Pero Foxconn apenas construyó nada en Wisconsin.»

Durante la fase de planificación de su campaña, Biden puso el foco de atención en plantear reformas que distaban mucho de ser revolucionarias. En lugar de Medicare para todos, su plan era ampliar Obamacare, reduciendo la edad de elegibilidad de Medicare de sesenta y cinco a sesenta años y agregando una «opción pública» (una idea que hace una década se consideraba radical, pero que bajo los nuevos estándares resulta bastante conservadora). Su equipo de campaña citó encuestas que revelaban que la mayoría de los potenciales votantes demócratas en las primarias se identificaban como moderados o conservadores, y que más de la mitad superaba los cincuenta años de edad. «La juventud de izquierdas es importante —alegó Anita Dunn, una de las principales asesoras de Biden—. Pero también lo es la gente blanca de más de sesenta y

cinco años, porque fueron ellos quienes le dieron la victoria a Trump en las pasadas elecciones.»

La candidatura de Biden partía de la idea de que, cuando el péndulo de la historia se alejara de Trump, tendería hacia la experiencia y el avance gradual, más que hacia la juventud y el fervor progresista. Biden buscaba persuadir al pueblo estadounidense de que su experiencia de vida como persona de clase obrera y sus sufrimientos y pérdidas personales actuaban como contrapeso del resto, y lo superaban. De una forma muy retorcida, Trump ya había sido testigo de la potencial fuerza de la candidatura de Biden. Desde 2018, conservadores como Rudolph Giuliani —entonces abogado personal de Trump— habían intentado dirigir la atención mediática hacia lo que Giuliani llamaba «la supuesta conspiración ucraniana», la cual acusaba a Biden —sin evidencia alguna— de haber instigado la destitución del fiscal general de Ucrania para interferir en las investigaciones sobre Hunter y la empresa de gas Burisma. En julio de 2019, durante una conversación telefónica con el líder ucraniano Volodímir Zelenski que luego saldría a la luz, Trump le pidió al dirigente que «nos hiciera un favor» e investigara a la familia Biden. Después de que un informante diera a conocer el contenido de aquella llamada, en diciembre Trump se convirtió en el tercer presidente de la historia de Estados Unidos al que la Cámara de Representantes sometía a un proceso de destitución. Trump, que sostenía que su comportamiento había sido «impecable», salió absuelto gracias a la mayoría republicana del Senado. Biden, por su parte, quedó desconcertado por aquel episodio que esperaba que fuera un reflejo tanto de la fragilidad de Trump como de sus propias posibilidades electorales. «Él decidió que no quería que yo fuera candidato», me dijo Biden.

En la primavera de 2019, justo antes de anunciar su candidatura a la presidencia, Biden se enfrentó a un episodio de su pasado que revelaba también la brecha cada vez más amplia que existe, por lo que se refiere a ciertas sensibilidades, entre generaciones. Lucy Flores, exlegisladora del estado de Nevada, hizo público un

encuentro con Biden durante un mitin en Las Vegas, en 2014. Según su relato, Biden le olfateó el cabello, la cogió por los hombros y le dio «un beso intenso y prolongado en la nuca». Hacía años que algunos periodistas llamaban la atención sobre las muestras de afecto no solicitadas de Biden: a veces apoyaba su frente contra la de una mujer (o la de un hombre), frotaba su nariz contra la de su interlocutor y le susurraba inesperadamente cosas al oído. Flores, que pertenece al Partido Demócrata, dijo haber sentido «rabia» y «resentimiento». No le pareció que el comportamiento de Biden fuera sexual, e incluso lo diferenció de las acusaciones de acoso y conducta inapropiada que más de una veintena de mujeres habían hecho contra Trump en los últimos años (y que Trump siempre ha negado). Sin embargo, en palabras de Flores, la forma de comportarse de Biden era un indicio de «falta de empatía hacia las mujeres y las jóvenes cuyo espacio invade». Biden, que se enorgullecía de ser muy táctil en el trato personal con otros políticos, hizo una declaración en la que aseguraba que «jamás, ni una sola vez, creo haber actuado de una forma que considere inapropiada. Si alguien lo ve de otro modo, escucharé lo que tiene que decir con absoluto respeto. Pero jamás ha sido mi intención incomodar».

Al menos seis mujeres más expresaron quejas similares. Otras, en cambio, alzaron la voz para defenderlo, con el argumento de que conseguir que se apartara de la competición contra Trump, que se ufanaba de agarrarles los genitales a las mujeres, sería un acto de absolutismo mal encaminado. Biden escribió en un tuit: «He escuchado con atención todo lo que se ha dicho. Para mí, la política siempre ha tenido que ver con establecer conexiones, pero a partir de ahora tendré más cuidado a la hora de respetar el espacio personal». Más adelante, durante la campaña salieron a relucir de nuevo cuestiones de género, después de que Tara Reade, extrabajadora del Senado, acusara a Biden de haberla agredido sexualmente veintisiete años atrás. Según Reade, Biden la acorraló contra una pared, en un pasillo del Senado, la manoseó y la penetró con los dedos. El candidato demócrata negó aquella acusación de forma enfática: «Eso jamás ocurrió. Jamás», declaró en la MSNBC. Los periodistas que ahondaron en la historia de Reade encontraron

inconsistencias en sus declaraciones, por lo que el potencial escándalo se difuminó. Aun así, algunos demócratas seguían mostrándose reticentes: Biden intentaba ser el abanderado de un partido en donde los progresistas en ascenso repudiaban no solo el abuso y el acoso sexuales, sino también los desequilibrios de poder que permitían que persistieran esos problemas.

En un vídeo de lanzamiento de campaña, emitido en abril, Biden definió su causa como «una batalla por el alma de la nación». «Si permitimos que Donald Trump pase ocho años en la Casa Blanca —decía—, cambiará para siempre la esencia y el carácter de esta nación. Cambiará quiénes somos. Y no puedo quedarme cruzado de brazos mientras eso ocurre.» Horas después del anuncio de Biden, como una avanzadilla de la retahíla de preguntas que recibiría sobre su historia pasada, el candidato se vio ante nuevos titulares relacionados con la forma en que había gestionado las acusaciones de acoso sexual de Anita Hill contra Clarence Thomas en 1991. Biden había llamado recientemente a Hill para manifestarle su pesar por lo ocurrido, pero aquella llamada resultó ser insuficiente. «Estaré satisfecha cuando sepa que habrá cambios genuinos y justicia genuina e intenciones genuinas», le dijo Hill a un reportero.

Biden empezó la campaña siendo el favorito, pero parecía desconcentrado y superado. Durante un debate, en lugar de invitar a los votantes a enviar «Joe» como mensaje de texto al 30330 para obtener más información, dijo a la audiencia: «Vayan a Joe30330». El despiste generó una retahíla nocturna de memes en Twitter que se burlaban de los intentos de Biden para parecer más joven de lo que era. En los debates, rara vez contraatacaba y a veces cedía la palabra con la desafortunada frase «Se acabó mi turno». Las donaciones se espaciaban. Para febrero, su campaña gastaba menos dinero en un mes que la campaña de su rival Michael Bloomberg en un día promedio. Kate Bedingfield, la directora de comunicaciones de su campaña, tenía dificultades para atraer la atención mediática hacia las ideas políticas de Biden. «Si uso la palabra "factible", lo reproducen como "carente de ambición"», me explicó.

En ocasiones, la desconexión de Biden parecía ir más allá de lo que su pobre actuación en los debates o su falta de interés en las

redes sociales parecían mostrar. Durante una recaudación de fondos en junio de 2019, sacó a colación una anécdota, que llevaba años contando, de los tiempos en los que trabajó con los senadores segregacionistas Herman Talmadge, de Georgia, y James Eastland, de Mississippi. «No estábamos de acuerdo prácticamente en nada —afirmó Biden—. Pero sacábamos adelante las cosas. Conseguíamos que se hicieran. Hoy, en cambio, si se te ocurre asomar la cabeza por otro lado ya eres el enemigo.» Biden agregó que Eastland «jamás me llamó "muchacho". Siempre me llamó "hijo"».

Uno de sus rivales, el senador Cory Booker, de Nueva Jersey, denunció de inmediato el subtexto racista de su comentario, ya que «muchacho» (*boy* ) había sido durante mucho tiempo una forma de dirigirse a los chicos negros: «No se debe bromear con eso». Booker me explicó que lo frustrante no era que Biden hubiera trabajado con segregacionistas. «Yo también trabajo con gente que está en el otro lado del espectro y que tiene creencias ofensivas y defiende monumentos confederados», me dijo. El problema era que hiciera ostentación de ello de una forma tan simplista. «En ese momento me quedó claro que Joe Biden no entendía por qué cuando a personas como mi padre las llamaban "muchacho" en el trabajo les resultaba tan humillante», me explicó Booker. Admiraba a Biden, lo cual empeoraba las cosas, según me dijo: «Fue uno de esos momentos de decepción que muchas personas negras hemos experimentado, en el que dices: "¿Tú también?"». Booker estaba saliendo de un estudio de la CNN cuando Biden lo llamó para disculparse. «Se mostró muy vulnerable y dispuesto a poner sus imperfecciones sobre la mesa —me contó Booker—. Llevo mucho tiempo metido en política y sé cuando alguien me la está jugando. No es su caso. A él lo he visto cambiar y mostrar su voluntad de luchar contra estas cosas.»

Biden terminó en un distante cuarto lugar en Iowa, y quinto en New Hampshire. Su equipo de campaña empezó a calcular cuánto dinero se necesitaría para pagar al personal si cerraban las oficinas. Biden recurrió a sus asistentes de más confianza, promovió a Dunn a jefa de campaña y prometió que nombraría a una mujer negra por primera vez como miembro del Tribunal Supremo. Pero eso no lo

hizo subir demasiado en las encuestas. Si quería seguir en la carrera, debía apostarlo todo a Carolina del Sur, donde la población afroamericana votante representa más o menos el 60 % del electorado demócrata en las primarias.

La persona más influyente en esa jugada era su viejo amigo James Clyburn, el hombre afroamericano de mayor rango en el Congreso y padrino de los demócratas de Carolina del Sur. Durante el movimiento por los derechos civiles, John Lewis y él habían estado entre los primeros líderes del Comité Coordinador Estudiantil No Violento (SNCC, por sus siglas en inglés). Clyburn tenía posturas claramente progresistas en cuestiones como la lucha contra la pobreza, y estaba a favor de la ampliación de los centros de salud comunitarios, pero también creía que había que acercarse al centro. Cuando hablaba con personas jóvenes sobre política, le gustaba decir que, conforme el péndulo oscila de derecha a izquierda y luego de regreso, «siempre pasa por el centro». Al señalarle que su centrismo había decepcionado al activismo joven afroamericano —como ocurrió cuando tuiteó en contra de la petición de muchos de esos activistas de desviar a otros fines los fondos destinados a la policía, e incluso de abolirla—, Clyborn señaló a las figuritas en forma de tortuga que decoran su oficina y que simbolizan su fe en un progreso lento y constante.

Menos de una semana antes de las primarias, Clyburn y Biden asistieron a una recepción a bordo del *USS Yorktown* , un antiguo portaaviones anclado cerca de Charleston. Biden había caído al segundo lugar, muy por debajo de Sanders. Clyburn lo llevó a un salón privado y le recomendó tajantemente que fuera a por todas. «Tus discursos son *senatoriales* —le dijo—. Así no se ganan las elecciones.» Luego agregó: «Tienes que enfrentarte a esto igual que mi padre, que era predicador, se enfrentaba a los domingos por la mañana. Todo lo hacía en grupos de tres. Pero esto no es el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Esto va de ti, de tu familia y de tu comunidad.»

Su apremio reflejaba un pragmatismo descarado. Quizá Biden no desataba pasiones en Nueva York o Silicon Valley, pero en Carolina del Sur, donde un supremacista blanco había masacrado a una

decena de personas negras en una iglesia justo después de que Trump anunciara su candidatura, la perspectiva de cuatro años más con Trump en el poder era más grave que cualquier desacuerdo en materia de políticas públicas. El 26 de febrero, Clyburn le brindó su apoyo en público con un discurso emotivo: «Temo por mis hijas y su futuro, y por el futuro de sus hijos, y de los hijos de sus hijos. —Con Biden a un lado, agregó—: Conocemos a Joe, pero, sobre todo, Joe nos conoce».

Biden ganó en Carolina del Sur por veintinueve puntos. Con una velocidad extraordinaria, sus rivales fueron abandonando la competición y brindándole su apoyo en público. Los índices de participación se dispararon (casi el 50 %o en Texas y el 100 % en Virginia) y entre los que votaban muchos eran independientes (no adscritos a ningún partido) que residían en los suburbios y tenían educación universitaria, y también republicanos que en otras ocasiones habían votado a candidatos como Mitt Romney. El supermartes, el día en que se concentra la mayor parte de las votaciones primarias, Biden ganó en diez de los catorce estados. Sanders no se retiró de inmediato, pero, a efectos prácticos, todo había terminado.

En cuestión de tres días, Biden había pasado de estar al borde del olvido a alzarse con la victoria. Fue un giro tan abrupto que generó desconcierto y suspicacia, sobre todo entre los observadores más jóvenes, que habían creído que su campaña estaba destinada al fracaso. Durante meses, y a pesar de que Biden iba por delante en las encuestas, ellos habían recopilado todas sus meteduras de pata, todos los vídeos y los artículos que criticaban sus tibias posturas centristas, y que habían circulado por las redes sociales. Sus rivales, tanto demócratas como republicanos, compartían fragmentos de sus intervenciones en los que a Biden se le trababa la lengua, para poner de manifiesto que era un viejo senil y obsoleto. (En un momento dado, el análisis de datos reveló que Jill Stein, excandidata del Partido Verde con más de un cuarto de millón de seguidores en Twitter, había logrado que el *hashtag* #BidenCognitiveDecline [#DeterioroCognitivoDeBiden] fuera *trending topic.* ) Incluso a ojos de quienes no seguían las redes sociales y no eran testigos de esos

ataques, Biden parecía estar muy por debajo de rivales más jóvenes, elocuentes y modernos como Pete Buttigieg, Kamala Harris y Amy Klobuchar.

Todas esas críticas tenían parte de razón. A fin de cuentas, Biden tenía *más del doble* de la edad de Buttigieg y al presentar su candidatura se encontraba en baja forma, tras tres años retirado de la vida política. No obstante, las críticas sobre Biden nunca antes habían tenido tanto peso en la opinión pública. Para quienes llevaban años escuchándolo, Biden sonaba como siempre. No causaba la mejor impresión entre los jóvenes periodistas de izquierdas, pero es que ellos no pertenecían a la cohorte que coronaba a los candidatos demócratas.

En términos políticos, su éxito no solo se debió a la ayuda que le brindó Clyburn, sino también a Warren, que desacreditó a Bloomberg al denunciar en un debate sus comentarios ofensivos hacia varias mujeres. Bloomberg se incorporó tarde a la carrera, con un discurso ostentosamente centrista, pero nunca encontró la forma de manejar las críticas de Warren y de otros que veían con recelo la idea de que un millonario financiara su inclusión en la terna de candidatos. A pesar de todos esos factores, Ron Klain, asesor de Biden, aseguró que era erróneo suponer que aquel giro dramático hubiera sido casualidad, «como si Biden hubiera llegado hasta ahí por un golpe de suerte». Klain también dijo que «fue estratégico» que Biden se negara a ensañarse con sus oponentes en los debates. «Si la única manera de obtener la nominación hubiera sido destruir a todas esas personas, Biden habría heredado un partido que tampoco habría tenido posibilidad alguna de ganar la presidencia.»

Llevar años cultivando relaciones con demócratas prominentes por fin había dado sus frutos, y lo hizo de forma espectacular. Le pregunté a Klobuchar por qué había manifestado su apoyo a Biden de forma tan inmediata, y ella hizo referencia a momentos específicos del pasado, como la ocasión en la que Biden elogió uno de sus discursos durante su primer y titubeante año en el Senado, y la llamada de pésame que le hizo a un amigo de ella después de que falleciera uno de sus familiares. «Mucha gente siente un profundo aprecio por Joe Biden y lo conoce bien —me explicó Klobuchar—.

Nuestra misión es derrotar a Donald Trump, así que pensé: ¿qué es lo mejor que puedo hacer con todos los recursos y el apoyo que he recibido? No quise desperdiciarlo en un debate más —aseveró—. Y decidí darle públicamente mi apoyo absoluto. Alguien me preguntó: "¿No has intentado negociar algo?". Y yo le contesté: "¿Lo dices en serio? Claro que no".»

Otra explicación menos elevada de su victoria en las primarias es que Biden se benefició del miedo tanto a Donald Trump como a Bernie Sanders. En cuanto quedó claro que la cosa estaba entre Sanders y Biden, la perspectiva de nominar a Sanders les resultó tan poco atractiva a los moderados —entre los que estaban algunos de los otros candidatos, votantes afroamericanos de cierta edad de lugares como Carolina del Sur y algunos de los donantes más importantes— que todos corrieron a mostrar su apoyo a Biden. Por otra parte, Biden también se distinguió por rechazar el tribalismo; a pesar de que sus rivales decían que era demasiado viejo y conciliador, y que estaba demasiado marcado por su pasado, él se negó a responder con ataques a sus contrincantes. Sus asesores creían que sería capaz de alzarse por encima de «las dudas de las malas lenguas», en palabras de Kate Bedingfield, su responsable de comunicación. «Nos negamos a pasar el día entero intentando ganar la última guerra en Twitter.»

El 1 de junio, una semana después del asesinato de George Floyd, fui caminando hasta la Casa Blanca, donde se llevaba a cabo una protesta. Después de varias noches de disturbios, los manifestantes realizaban aquel día una sentada. Los participantes en la protesta hablaban por turnos a través de un megáfono.

Entre carteles hechos a mano, encontré un retrato de Floyd realizado con gran destreza. Quien lo mostraba era Kandyce Baker, una administrativa de treinta y un años que trabajaba en la universidad y que había viajado desde Frederick, Maryland, para participar en la concentración. «Tenía que hacer algo», me explicó. A Baker la había conmocionado especialmente la muerte de Ahmaud Arbery, a quien en febrero, un día que había salido a correr, lo

siguieron tres hombres blancos que lo mataron a tiros en un suburbio del sur de Georgia. Como maratonista y mujer negra, Baker con frecuencia corría por barrios en donde no se sentía bienvenida. Le pregunté cuál era su candidato a la presidencia. «Por desgracia, votaré por Biden. Bernie Sanders era mi candidato —continuó—. No creo que Biden vaya a poner los problemas de la población negra entre sus prioridades. No creo que vaya a poner los problemas de los *millennials* entre sus prioridades, en especial los préstamos estudiantiles. De modo que estoy muy nerviosa.»

Baker pensaba votar, pero su nerviosismo ponía de manifiesto el riesgo de que otros potenciales votantes jóvenes quizá ni siquiera lo hicieran. Para Biden sería un desastre que los jóvenes latinos y negros decidieran no participar en las elecciones. Cuando Hillary Clinton se presentó en 2016, la participación de la población afroamericana disminuyó por primera vez en dos décadas; en algunos lugares, como Milwaukee, esta reducción resultó ser crucial. «Votaré por él porque no quiero que Trump siga al mando —reconoció Baker—. Solo por eso.»

Unas cuantas horas después de conocer a Baker, el cruce en el que conversamos se llenó de policías con porras y latas de gas lacrimógeno; venían a dispersar a los manifestantes para que Trump pudiera salir de la Casa Blanca y posar con una Biblia frente a la iglesia episcopal de Saint John. La puesta en escena fue tan criticada por tantos sectores que el general Mark Milley, director de la Junta de Jefes de Estado Mayor, se disculpó públicamente por haber estado allí. El incidente precipitó cambios abruptos en el estado de ánimo de todo el país. En cuestión de días, la Liga Nacional de Fútbol (NFL, por sus siglas en inglés) cambió su postura sobre los jugadores que decidían arrodillarse, a modo de protesta, durante el himno nacional. Los libreros de todo el país recibieron incontables peticiones de libros sobre racismo e historia afroamericana. Mississippi, por su parte, eliminó el emblema confederado de su bandera.

Biden aprovechó el momento. Durante su discurso del 4 de Julio, instó a sus seguidores a «arrancar de raíz el racismo sistémico» que persiste en la nación. Se sumó a los llamamientos para que se

prohibiera a los agentes de policía utilizar determinadas técnicas de inmovilización, y pidió adoptar un estándar nacional de uso de la fuerza y limitar la «inmunidad cualificada», la protección legal de los funcionarios públicos frente a demandas civiles federales. Los gestos de Biden entusiasmaron a los progresistas, pero enfurecieron a ciertos sectores de la policía. Durante años, Biden había mantenido una relación cercana con la Asociación Nacional de Organizaciones Policiales; después de esto, su director ejecutivo, Bill Johnson, dijo que «Biden solía ser un tipo firme».

Biden dio un salto en las encuestas, pero, como de costumbre, trató de no inclinarse demasiado hacia la izquierda. Mientras Trump siguiera enfureciendo a los liberales con una campaña que mucha gente consideraba abiertamente racista, Biden decidió que no se arriesgaría a desencantar a los votantes moderados. En uno de los anuncios televisivos de la campaña de Trump, aparecía un teléfono sonando en una comisaría de policía oscura y vacía. Una voz decía: «Si llama para denunciar una violación, por favor marque uno». El anuncio terminaba con el nuevo eslogan de Trump: «No estarás seguro en la América de Biden».

Como la mayoría de los demócratas institucionales, Biden se negaba a «desfinanciar» a la policía, la expresión que utilizaban los manifestantes para reclamar cosas que iban desde la desaparición de ciertos departamentos policiales hasta el desvío de los recursos económicos destinados a la policía a fines como la salud mental, la educación y los servicios sociales. No obstante, sí declaró que la policía debía recibir financiación federal solo si cumplía con «los estándares básicos de decencia y respeto», y propuso destinar trescientos millones de dólares a darle nueva vida a la idea de la «policía de proximidad». David Kennedy, profesor del John Jay College of Criminal Justice, me dijo que esperaba que Biden adoptara un enfoque nuevo frente a la prevención de la violencia, que no solo se dirigiera a las comunidades, sino también a los individuos con mayor riesgo de verse involucrados en crímenes violentos con armas de fuego. Un programa así, a nivel nacional, «reduciría a la mitad la violencia con armas de fuego que destruye a

las minorías en Estados Unidos, sin las consecuencias negativas de una intervención policial convencional», predijo Kennedy.

Cuando hablé con Biden sobre las posibilidades de cambio real —en materia penitenciaria, policial y en relación al racismo estructural—, hizo una analogía con el movimiento por los derechos civiles y el jefe de policía de Birmingham, Bull Connor, conocido por su crueldad. «Cuando yo era joven, en mis años de instituto, Connor enviaba a sus perros a perseguir a mujeres afroamericanas mayores que iban de camino a la iglesia vestidas de domingo, y a niños pequeños también, les apuntaba con mangueras para incendios, arrancándoles literalmente la piel —señaló—. Él creía que le estaba clavando una estaca en el corazón al movimiento por los derechos civiles.» En vez de eso, esas imágenes de violencia consolidaron el apoyo a Martin Luther King Jr. y obligaron a los líderes blancos en Washington a emprender los pasos necesarios para elaborar la Ley del Derecho al Voto de 1965. Desde el punto de vista de Biden, los estadounidenses blancos están experimentando un despertar similar, provocado por las horribles imágenes de violencia policial captadas por las cámaras de los móviles. Cogió su teléfono y dijo: «Este aparato ha cambiado muchas cosas. Ver el rostro de Floyd contra el suelo y cómo le aplastan la nariz... Es tan vívido que piensas: "¡Dios mío! ¿Cómo puede seguir ocurriendo esto?"».

Desarrolló esa imagen, la de la conciencia naciente, a la crisis por la COVID-19. «La gente que ha podido confinarse en casa se ha dado cuenta de que solo podían ir a la farmacia a comprar algo porque alguien ponía allí las medicinas, en ese estante. Lo mismo en el supermercado. O con el correo. O el envío de comida a quien lo necesita. Es decir, los servicios de emergencia. La gente se ha asomado al mundo y eso es lo que están *viendo.* » Conforme el virus se expandió, el impacto se fue volviendo más personal. «Ahora *conocen* a gente que ha perdido la vida. Conocen a personas que han pasado el coronavirus. Porque durante los primeros dos meses fue como "Sí, bueno, es terrible, pero no conozco *a nadie* que lo haya tenido".»

Biden agregó que las turbulencias de 2020 habían logrado desmantelar un mito muy arraigado en su conciencia. Durante años,

había estado recordando, como si fuera una parábola, la mañana de la toma de posesión de Obama: «Llamé a mis dos hijos y a mi hija, y les dije: "Chicos, no me volváis a decir que las cosas nunca cambian"». Se inclinó hacia delante y me contó de qué modo Trump había puesto de manifiesto la fragilidad de aquella parábola: «Me avergüenza decirlo, pero pensé que podíamos derrotar al odio. No se puede. Solo se esconde —lamentó—. Se mete debajo de las piedras, y luego, cuando le infunde vida cualquiera que tenga un poco de autoridad, sale con las garras en alto. Lo que he observado es que las palabras de un presidente, por malo que sea, importan. Te pueden llevar a la guerra, pueden traer paz, pueden hacer que los mercados vayan al alza o hundirlos. Pero también pueden darle nueva vida al odio».

Durante la campaña presidencial, los demócratas suelen tender hacia la izquierda, en las primarias, y luego hacia la derecha a medida que se acercan las elecciones. Biden hizo lo contrario. Las encuestas de salida revelaron una realidad peligrosa: hasta en los estados en los que Biden había dominado, muchos votantes preferían planes más ambiciosos en materia de economía y salud pública, como los de Sanders y Warren.

En cuestión de semanas, Biden retomó el plan de Warren para aliviar el peso de los préstamos estudiantiles y sobre la reforma del sistema de bancarrotas, que incluía revocar partes de una ley que él había ayudado a aprobar. Adoptó también una versión recortada del plan de Sanders para que la universidad fuera gratuita y dejó de oponerse a que la interrupción del embarazo se financiara con fondos estatales. Casi un año después de asegurarles a los votantes indecisos que «nada cambiaría de forma sustancial», Biden declaró que Estados Unidos estaba listo para «algunos cambios institucionales revolucionarios».

Cuando ya no había duda de que Biden sería el candidato, Sanders le brindó su apoyo público, con más celeridad de lo que lo hizo en 2016 con Clinton. «Tengo una mejor relación con Joe Biden de la que tenía con Hillary Clinton», explicó Sanders con una sonrisa. Para

unificar sus plataformas, Biden y Sanders crearon grupos de trabajo sobre justicia penal, economía, educación, salud pública, inmigración y cambio climático. Estos grupos de trabajo debían servir para ver si era posible el entendimiento entre las facciones de izquierdas y de centro del partido. Ambos bandos tenían sus reservas. «Debía asegurarme de que Bernie era formal y no iba a convertir esto en una yihad ideológica —me explicó Biden—. Yo le dije: "Bernie, si quieres que organicemos esto para obligarme a insistir en que Medicare sea para todos... las cosas no van a ir por ahí". Pero también le aseguré: "Soy todo oídos y te escucho. Estoy listo para escuchar".»

Biden reclutó a Ocasio-Cortez para que dirigiera el grupo de trabajo ambiental junto con el exsecretario de Estado John Kerry. Entre los participantes estaban Varshini Prakash, de la organización juvenil contra el cambio climático Sunrise Movement, que durante las primarias le había puesto un suspenso al plan ambiental de Biden. En la primera reunión, Kerry le pidió a Prakash que tomara la batuta. El bando de Sanders quería electricidad procedente de fuentes de energía limpia en 2030; se conformaron con 2035. El principal punto de desacuerdo sin resolver era el *fracking* , la polémica técnica de extracción de gas y petróleo. Biden se opone al desarrollo de nuevos gaseoductos y oleoductos en tierras y aguas federales; sin embargo, a diferencia de Sanders, no ha defendido la prohibición absoluta del *fracking* . «No salí de ahí habiendo conseguido el New Deal del medio ambiente Bernie, pero tampoco esperaba que eso ocurriera —dijo Prakash—. De hecho, hubo mucha más colaboración de la que anticipaba.»

Sean McElwee, un influyente activista y cofundador de la ONG Data for Progress, criticó ferozmente a Biden al principio de su campaña. Sin embargo, en julio, su opinión había cambiado. «Creo que mucha de la gente que habla mal del Partido Demócrata no ha pasado demasiado tiempo hablando con los principales protagonistas del ecosistema demócrata. La realidad es que es un ecosistema muy liberal. —Y añadió—: Creo que la gente debería echar la vista atrás y contemplar lo que Biden ha hecho. Alexandria Ocasio-Cortez me gusta mucho. Dijo que no votaría por él en las primarias, y que si

viviéramos en otro país Biden y ella pertenecerían a partidos políticos diferentes. Y él podría haberla mandado a la mierda, pero, en vez de eso, le dijo: "¿Por qué no vienes y me ayudas a redactar mi plan ambiental?".»

Era un día laborable de finales de julio y Biden se encontraba en una escuela infantil de New Castle, Delaware, a punto de salir a hablar sobre economía. La escuela llevaba meses cerrada por el virus; en el patio, los columpios estaban enroscados para evitar su uso. Dentro, Biden llevaba a cabo un simulacro de mitin de campaña que parecía más bien una escena de una obra teatral vanguardista: sin multitudes y sin acordonamiento; solo un puñado de reporteros con mascarilla y confinados cada uno en un área señalada en el suelo por un aro de cartón blanco. El sistema de sonido reproducía música de Alicia Keys y Beyoncé para un público silencioso y compacto.

El cierre económico había producido lo que Jerome Powell, director de la Reserva Federal, denominó «un nivel de dolor imposible de describir con palabras». El 40 % de los estadounidenses con ingresos bajos que tenía empleo en febrero lo había perdido entre marzo y principios de abril. Doce años después de la última crisis financiera, el virus había vuelto a evidenciar que la autosuficiencia del sector corporativo estadounidense era un mito. Algunos de los pagos más sustanciales contemplados en el paquete de rescate del Congreso para pequeños negocios terminaron en manos del sector financiero, y millones de dólares de recursos para emergencias terminaron en *family offices* , las empresas de inversión personales que administran las fortunas de millonarios dueños de fondos de cobertura y otras personas acaudaladas.

Biden subió a la tarima para anunciar una inversión de 775.000 millones de dólares en el sector de los cuidados. Habría fondos para la educación preescolar universal y el cuidado en el hogar de las personas ancianas, y permisos laborales por motivos familiares remunerados, del tipo que es habitual en otros países desarrollados. Sin duda alguna, ese plan abordaba las necesidades de quienes afrontan la dificultad de conciliar el trabajo con el cuidado de hijos o

de padres mayores. «Yo fui padre soltero durante cinco años —dijo Biden a los reporteros—. Y aunque tenía mucho más apoyo del que mucha gente tiene hoy en día, no fue fácil.» Explicó que aquel plan era «un imperativo moral y económico». Por una parte, se financiaría revirtiendo las exenciones fiscales que Trump había concedido a los inversores en bienes raíces. Ai-jen Poo, que dirige la Alianza Nacional de Trabajadoras del Hogar, tuiteó que era la primera vez en veinte años que un candidato presidencial hacía de las «inversiones en la economía de los cuidados una estrategia central de su plan económico, y no un tema tangencial, adicional ni de "interés especial"». Un portavoz de la campaña de Trump respondió a la propuesta diciendo que iba a «rehacer Estados Unidos con políticas socialistas».

El plan para el sector de los cuidados era la última de una serie de propuestas con las que Biden había hecho un llamamiento a promover cambios económicos radicales. Planeaba gastar 700.000 millones de dólares en productos e investigaciones estadounidenses, y así crear empleos relacionados con la industria automotriz eléctrica, la inteligencia artificial y otras tecnologías, sin los aranceles ni el tufo xenófobo de la política trumpista de «Estados Unidos primero». Anunció también un plan de infraestructura y energía limpia de dos billones de dólares que eliminaría las emisiones de carbono de las plantas de energía de cara a 2035.

Independientemente del fervor rooseveltiano de Biden, no quedaba claro hasta dónde estaría dispuesto a llegar en temas tan espinosos como los impuestos sobre el patrimonio y la explotación laboral en las empresas. En julio, durante un evento de recaudación de fondos organizado por inversores y ejecutivos, Biden declaró: «El sector corporativo estadounidense debe modificar su forma de actuar». Luego añadió un comentario que enfureció a los progresistas: «No será algo que requiera cambios legislativos. No es eso lo que voy a proponer». En una de nuestras conversaciones le pregunté a qué se refería cuando decía que no habría cambios legislativos. «Es un decir», contestó. Según me explicó, el *establishment* corporativo estadounidense reconocía desde hacía mucho que era necesario hacer cambios fundamentales, y citó a la

Business Roundtable, una agrupación de directores ejecutivos de empresas que el año pasado había anunciado que había que desviarse del enfoque dominante centrado en el valor de las acciones. «Toda esa gente tenía claro que ha estado devorando lo que en realidad se debería invertir.»

En cualquier caso, me dijo que sí impulsaría que se legislara al respecto: en concreto, pondría en marcha una medida propuesta por Warren para impedir que las empresas usaran el excedente de sus ganancias para comprar sus propias acciones, en lugar de invertirlo en incrementar los salarios o hacer investigación. «Lo que deben entender es que tienen una responsabilidad —puntualizó—. Como dijo Barack cuando estábamos en campaña: "Eso no lo has hecho solo". Aquel cruce de autopistas de veinte millones de dólares... eso lo pusimos nosotros. Y es bueno para todos.» Luego agregó: «He estado conversando con varios economistas de mi equipo, y les he preguntado: "¿Cuáles son las leyes que exigen mayor responsabilidad corporativa?". Eso se tiene que materializar».

Percibí que Biden se esforzaba por decir lo menos posible sobre su visión económica, lo cual parecía más una cuestión táctica que de incertidumbre ideológica. Se enfrentaba a un dilema de complejidad política y económica casi imposible: era el candidato de un partido que gradualmente tendía cada vez más hacia la izquierda, pero que ansiaba con desesperación atraer a los moderados y republicanos, a quienes les aterraba esa tendencia. Biden sentía un apego emocional hacia la clase obrera y celebraba ciertos ajustes tecnócratas izquierdistas que pudieran beneficiarla. Sin embargo, no daba indicios de estarse preparando para una lucha encarnizada que revirtiera los privilegios del *establishment* corporativo. En palabras de Maurice Mitchell, del Partido de Familias Trabajadoras: «Entre rescate y rescate, hemos inyectado billones de dólares a la economía. ¿Estamos haciendo algo que no sea apuntalar el sistema que nos ha traído hasta aquí?».

De formas que nadie habría sido capaz de predecir, la campaña de 2020 empezaba a configurarse como un referéndum no solo sobre la estatura moral de Trump, sino sobre la arquitectura misma del poder estadounidense, un sistema que el propio Biden ayudó a desarrollar

y refinar durante medio siglo de vida pública. Conforme transcurrían los últimos meses de la carrera presidencial, la meta mínima de reemplazar a Trump dejó de ser suficiente. Biden empezaba a dimensionar la verdadera magnitud de aquella emergencia que era mucho más grande de lo que cualquiera habría imaginado.

# 8

# PLANIFICAR LA PRESIDENCIA

«La gente me pregunta: "¿Qué harás si te eligen?" —me dijo Biden encogiéndose de hombros y alzando los brazos. Luego contestó su propia pregunta—: Depende de lo que me encuentre. Y no es broma. No estoy tratando de ir de listo. Las cosas podrían ponerse mucho peor.»

Con la llegada del otoño, la pandemia siguió expandiéndose sin piedad. La curva de contagios de Estados Unidos siguió siendo la peor del mundo, con más de seis millones de casos y una velocidad de transmisión que apenas si se ralentizaba. Las cifras diarias de fallecimientos en agosto eran de más del doble que el promedio de principios de julio. Y se calculaba que faltaban muchos meses para la llegada de una vacuna.

En esas circunstancias, la campaña de Biden se preparaba para una transición distinta a cualquier otra, empezando por la posibilidad de una ceremonia de toma de posesión con distanciamiento social. («No es necesario que haya una multitud», me dijo Biden.) A través de medidas ejecutivas, Biden podría casi de inmediato emprender pasos para que Estados Unidos se reintegrara a la Organización Mundial de la Salud y al Acuerdo de París, así como eliminar las restricciones migratorias que Trump había impuesto a los países musulmanes.

Mientras tanto, sus estrategas planificaban un calendario legislativo inusualmente veloz. «Vamos a ser rápidos e intrépidos —me dijo Jake Sullivan, uno de los asesores políticos de Biden de más

alto rango—. No debemos caer en la trampa de creer que hay que alinear las cosas en una secuencia basada en cálculos políticos tradicionales, pues estos tiempos distan mucho de ser tradicionales.» En circunstancias normales, los presidentes ponen en marcha los principales cambios legislativos de su Gobierno en los primeros dos años, cuando aún están rodeados del halo de la victoria y conservan el control del Congreso. «Biden no está contemplando el periodo de los primeros dos años, sino de apenas los primeros meses», me explicó Sullivan.

A pesar de lo mucho que admira Biden a Franklin D. Roosevelt, sus entornos políticos tienen muy poco en común; en la actualidad, Washington es un lugar mucho más competitivo y hostil que en los tiempos de Roosevelt, lo cual podría frenar cualquier intento de hacer cambios sustanciales en materia de salud pública, cambio climático y otros asuntos. Para evitarlo, Biden y sus consejeros prepararon estrategias que iban desde la cortesía y la simpatía hasta la «táctica de tierra quemada», en palabras de uno de los estrategas de Biden.

No obstante, el éxito de este enfoque dependía del partido que obtuviera la mayoría en el Congreso. Si los republicanos conservaban el control del Senado, Biden consideraba que podría lograr que unos cuantos republicanos moderados se pusieran de su lado y del lado de los demócratas en las negociaciones acerca de cuestiones populares, como la inversión en infraestructura. A pesar de que los progresistas sarcásticos tildaban esa noción de ingenua, Biden y sus asesores defendían que la historia les daría la razón, como había ocurrido en las primarias. «En primer lugar, la gente decía que Biden no iba a ganar. Porque quienes votan son jóvenes y liberales, y él es viejo y anticuado —me dijo uno de sus asistentes—. Pero Biden logró unificar al partido más rápido de lo que cualquiera habría creído posible.»

Al margen de qué partido controlara el Congreso, era probable que Biden priorizara ciertas metas progresistas —como incrementar el salario mínimo y emprender acciones drásticas para afrontar el cambio climático— y que soslayara propuestas más polarizadoras, como la despenalización del cruce ilegal de las fronteras o la

extensión del programa gratuito de atención sanitaria Medicare a inmigrantes indocumentados.

Algunos analistas creían que la reputación centrista de Biden le facilitaría emprender cambios que podrían parecer más amenazadores si provinieran de un progresista doctrinario. Según Sean McElwee, el experto en encuestas de izquierdas, era más probable que los votantes indecisos apoyaran acciones contra el cambio climático si se presentaban como un mecanismo para crear empleos de calidad y disminuir los costes energéticos que si se imponían como una obligación moral con las generaciones por venir.

En ese contexto, miembros del círculo de Biden empezaron a compararlo con Lyndon B. Johnson, que aprovechó sus décadas de experiencia legislativa en la Cámara de Representantes y el Senado para obtener más logros liberales que Kennedy y erigirse como símbolo del dinamismo y los cambios generacionales. En palabras de Ron Klain, consejero de Biden: «Quizá Johnson no haya sido el demócrata más inclusivo y molón, pero fue quien logró más cambios legislativos en materia de justicia social progresista desde Franklin D. Roosevelt. Y lo hizo desde dos frentes: en 1964 ganó para la causa a un montón de demócratas que le permitieron tener una mayoría sólida y además sabía mover los hilos del Senado».

Mike Donilon, que ha sido asesor de Biden de forma intermitente durante tres décadas, me dijo que el exvicepresidente rechaza el argumento convencional de que la brecha entre republicanos y demócratas se ha ampliado tanto que ni siquiera es posible llegar a acuerdos sobre cuestiones básicas: «Aunque sintamos que estamos en campos opuestos, no es la forma en la que él abordaría la presidencia. Intentaría trabajar con el equipo contrario. Intentaría escuchar. No puedes empezar diciendo: "No confío en tal persona. No tengo nada en común con ella"». Donilon señaló que Biden suele creer que la gente de Washington negocia de forma incorrecta: «Todo el mundo se va directo al meollo del asunto en el momento más álgido de la negociación, con argumentos como "Tenemos que resolver esto antes que cualquier otra cosa". Entonces, como no resuelven eso, no resuelven nada. —Además, añadió—: Eso no significa que hagamos concesiones en cuestiones fundamentales;

significa solo que al menos estamos dispuestos a hablar las cosas». Donilon es consciente de que, en general, la gente cree que esa postura es ingenua. «Tal vez Biden se dará de bruces con una pared, aunque en realidad creo que las ansias que tiene el país [de ver indicios de cortesía y consenso] serán altísimas —me explicó—. Durante mucho tiempo, los demócratas le dijeron a Biden: "Vives en otro mundo, uno que ya no existe". Pero tengo la impresión de que el país estará en el tipo de situación en el que querrá adherirse a su postura.»

Algunos de los comentarios de Biden y Donilon sobre la importancia de la moderación reflejaban cierta prudencia preelectoral, cierta necesidad de atraer a los votantes moderados y a los republicanos descontentos. No obstante, la desgarradora realidad era que, incluso si los demócratas ganaban tres escaños en el Senado y el control de ambas cámaras en el Congreso, probablemente de cualquier modo necesitarían recurrir a la fuerza política bruta. Por ejemplo, los demócratas podrían usar una regla presupuestaria llamada «reconciliación» para que se aprobaran leyes meramente con la mayoría del Senado, una táctica que Trump y los congresistas republicanos utilizaron para sacar adelante su reforma fiscal de 2017. Un paso más drástico, que ansían muchos demócratas decepcionados, es eliminar la tradición del filibusterismo, que impide el avance de los proyectos de ley al obligar a que alguna de las dos partes reúna una supermayoría de sesenta votos. Hasta los demócratas más institucionales ansiaban cambios con desesperación; en julio de 2020, Obama respaldó los llamamientos a abolir el filibusterismo, con el argumento de que les permitiría a los demócratas hacer cambios drásticos en la legislación electoral, entre ellos registrar de forma automática a los electores estadounidenses, establecer el día de las elecciones como día festivo a nivel federal, conceder representación política equitativa a los ciudadanos de Washington D.C. y Puerto Rico, y poner fin a la manipulación partidista de las circunscripciones electorales (el famoso *gerrymandering* ).

Cuando hablé con Obama en julio, hizo hincapié en su convicción de que los demócratas ya no pueden permitirse el lujo de intentar

llegar a acuerdos bipartidistas que no lleven a ninguna parte: «Una de las cosas que me parece que hemos tenido que afrontar todos los que creemos en la democracia es que cada vez reconocemos con más certeza que el Partido Republicano tomó la decisión de cambiar la forma en que operaba para dificultar el funcionamiento de la democracia. Y hay algo muy cínico en todo ello, porque ellos saben que, si la democracia no funciona, si hay estancamientos y partidismos amargos y divisiones, eso desanima y desilusiona más a nuestros votantes que a los suyos. Y no les importa demasiado si el Gobierno se paraliza».

La postura de Biden era bastante más conservadora. No llegó al punto de respaldar el llamamiento de Obama a abolir el filibusterismo, lo que quizá es el principal punto de desacuerdo táctico entre ellos. Biden declaró, con cierta cautela, que «consideraría» la propuesta de eliminar o modificar esta práctica solo si los republicanos se comportaban de forma «escandalosa». Cuando falleció la jueza Ruth Bader Ginsburg en septiembre, la posibilidad de un acercamiento bipartidista se volvió todavía más remota.

Entre los desafíos particularmente delicados que Biden enfrentaría al llegar a la Casa Blanca estaría la cuestión de tener que lidiar con Donald Trump. Como ciudadano, Trump impondría retos tanto políticos como legales. Antes de las elecciones, les dijo a sus seguidores que solo podría perder si la contienda estaba «amañada»; en un intento por preparar estrategias para el futuro cercano, los demócratas consideraron la posibilidad de que Trump atizara el descontento social. Los asistentes de Biden no tuvieron más alternativa que discutir posibles escenarios que en otros momentos habrían considerado absurdos. «Empezó a circular la idea de que hasta podría ser capaz de encadenarse a la cama de la habitación Lincoln con tal de que no lo sacaran de ahí», me contó uno de los principales asistentes de Biden. En la práctica, esperaban que la amplia maquinaria estatal reprimiera cualquier intento de ocupación ilegal en el Ala Oeste. «Según la Constitución, el 20 de

enero el nuevo presidente asume el cargo y tiene a su alcance todas las herramientas a disposición del Gobierno», agregó el asistente, en una referencia mordaz a las fuerzas policial y militar. No obstante, un desafío más probable que enfrentaría la administración de Biden respondería a una presión distinta: a la exigencia creciente durante la campaña electoral de hacer que la administración de su predecesor rinda cuentas frente a las acusaciones de corrupción, negligencia y gestión inadecuada.

Kevin Kruse, historiador de Princeton, instó a Biden a llevar a cabo una investigación sobre la forma en que la administración de Trump ha manejado la pandemia que tomara como modelo la Comisión Pecora, una requisitoria del Senado sobre las causas de la Gran Depresión de 1929. Esta indagatoria, llamada así por el investigador principal, Ferdinand Pecora, expuso una amplia red de corrupción que permeaba las instituciones estadounidenses más respetadas, por medio de la cual muchos banqueros se habían concedido a sí mismos bonos secretos y habían repartido acciones a precios reducidos entre clientes selectos. Estas revelaciones fortalecieron el apoyo público hacia las sustanciales reformas económicas y políticas del New Deal de Roosevelt, entre ellas la creación de la Comisión de Bolsa y Valores de Estados Unidos, encargada de mantener la integridad de los mercados de valores. En palabras de Kruse: «Ahí hay un precedente. Lo habitual es que cuando algo sale muy mal, y sobre todo cuando mueren miles de estadounidenses, haya una investigación exhaustiva, como la de la comisión por lo ocurrido el 11-S».

Kruse albergaba la esperanza de que una comisión sobre la COVID-19 abriera paso a una investigación más amplia sobre la corrupción y la negligencia que él observaba en la era de Trump. «Desde el punto de vista político, será más difícil convencer a la gente, pues seguramente habría quien caracterizara ese intento de justicia como una mera revancha política.» El Gobierno de Obama no enjuició a los grandes proveedores de préstamos tóxicos y sus derivados, ni a los torturadores dirigidos por la CIA, en gran medida porque Obama prefería, en sus propias palabras, «mirar hacia adelante en lugar de mirar hacia atrás». Según Kruse, aquello fue un

error: «Cada vez que hacemos eso, cada vez que confundimos la justicia básica con venganza sin sentido, invariablemente nos termina pasando factura. Cuando los malhechores que debían pagar por lo que hicieron quedan en libertad, suelen regresar después a ocupar posiciones de importancia pública, envalentonados al saber que ya una vez se salieron con la suya. Si no haces que la gente se responsabilice por sus acciones, lo único que logras es socavar la confianza en las instituciones, pues habrá entonces quien pueda decir, con razón: "Yo he acabado en la cárcel por algo muy menor, mientras que estos hicieron algo mucho peor y no les pasó nada"».

Biden desestimó las sugerencias de enjuiciar a individuos específicos —«Eso les tocará a los profesionales del Departamento de Justicia»—; sin embargo, cuando Trump despidió al inspector general asignado para supervisar la respuesta estatal ante la pandemia, Biden se comprometió a nombrar un inspector general que pudiera auditar el programa de estímulos de 2,2 billones de dólares aprobado por el Congreso en marzo. «Encontraremos hasta el último centavo que haya sido desviado de forma corrupta, lo recuperaremos y castigaremos a los infractores», afirmó. Aquella investigación podría revelar posibles actividades delictivas ante el Departamento de Justicia como parte de lo que Biden denominó una advertencia «para cualquiera que participe en las corruptelas del presidente Trump y su Gobierno».

Cuando hablé con Pete Buttigieg sobre la posibilidad de llevar a Trump ante la justicia, él me aseguró que la juventud estadounidense ya no está tan convencida de que pasar página —como hizo Gerald Ford cuando le otorgó el perdón a su predecesor, Richard Nixon, en 1974— sea un acto noble de renovación. «Creo que la idea de formar una comisión investigadora es muy interesante. Pero lo que ocurra tendrá que estar organizado de tal forma que el Partido Republicado pueda trascender el trumpismo y reconocer que se dejó llevar por él. No puede ser simplemente un proceso partidista de justicia para el vencedor; tiene que ser algo que sane al país, que hable de valores y de normas.»

La idea de que el Gobierno de Obama no se esforzó lo suficiente por señalar la responsabilidad de sus predecesores se volvió

sumamente popular, incluso entre funcionarios de esa época. Uno de los asistentes de Obama me lo explicó así: «La lección que aprendimos en los primeros años de la presidencia de Obama es que en verdad no se ganaba nada al no llevar a más gente ante la justicia. Claro que no debía haber persecuciones políticas, pero sí había motivos para señalar a los responsables y fomentar el debido proceso. No ganamos popularidad, ni entre los republicanos ni entre los empresarios, al evitar enjuiciar al Gobierno anterior, y es probable que hayamos perdido la oportunidad de señalar a los verdaderos culpables de los desastres en materia económica y de seguridad nacional que Obama heredó».

Durante los primeros cien días de su Gobierno, al mismo tiempo que Biden tendría que intentar afianzar su visión, no solo se enfrentaría a la oposición de la derecha, sino también a la resistencia dentro de su propio partido. En agosto, el Sunrise Movement, un movimiento que busca combatir el cambio climático, publicó un tuit dirigido a los «demócratas institucionales» y prometió ser una fuente constante de crítica gubernamental, aun después de la partida de Trump: «Biden no es más que una herramienta para sacar a Trump de la Casa Blanca. Preparaos, porque una generación entera de jóvenes muy enfadados va a convertir vuestra vida en un infierno durante los próximos años». Para entender qué tipo de métodos podría emplear Biden para conciliar a las facciones más divergentes de su partido, desde los centristas hasta el ala de Ocasio-Cortez, me reuní con Michael Kazin, historiador y coeditor de la revista trimestral de izquierda *Dissent* , a quien entrevisté en un parque de Washington, D.C., con la pertinente distancia social. Nos sentamos en extremos opuestos de una mesa de pícnic, como si fuéramos espías en una novela sobre la Guerra Fría.

«Obama generó altísimas expectativas en la gente —me explicó Kazin—. En la izquierda, por usar un término bastante vago, decían: "Nos convencieron sus promesas, pero no las cumplió". La pregunta es: ¿hasta qué punto fue por su culpa y no por los impedimentos estructurales, las circunstancias que se encontró y lo que tuvo que

hacer para salvar la economía? En parte el problema fue que él creía en el bipartidismo. Además, creo que sobrestimaba su propia capacidad para persuadir a la gente con su personalidad y retórica.»

Para mi sorpresa, Kazin aseguró que los jóvenes progresistas estaban más dispuestos a respaldar ciertos puntos del plan de Biden de lo que daba a entender su retórica mordaz. «Muchos izquierdistas, sobre todo jóvenes, creen que hay que cambiar el Partido Demócrata de raíz y dejarlo en manos de Alexandria Ocasio-Cortez y gente como ella. Sin embargo, desde el punto de vista estratégico, entienden que aún no hemos llegado a ese momento —me explicó—. La idea es elegir demócratas de izquierda que intenten que se apruebe un Medicare para todos, que la universidad sea gratuita, que las viviendas de protección social sean mejores y que se reforme el sistema policial o se le quite el financiamiento. Todas estas son reformas radicales y necesarias, pero siguen siendo reformas.» Kazin citó después un artículo publicado recientemente en *Dissent* que defendía el voto obligatorio, como en Australia. «No va a ocurrir —agregó—, pero sería maravilloso.» Explorar ese tipo de ideas es parte de las labores de una oposición leal. «Mira, nosotros hacemos una revista radical y tenemos que hablar de ese tipo de cosas. Tampoco creo que vayamos a quitarle recursos a la policía, pero estoy a favor de que la gente discuta esos temas.»

Según Kazin, para lograr la unión dentro de la izquierda, Biden tendría que materializar al menos las propuestas de duplicar el salario mínimo y facilitar la formación de sindicatos. «Es probable que no ocurra de golpe. Sin embargo, los sindicatos, incluso los que apoyaban a Bernie, apoyan ahora en su mayoría a Biden porque se dan cuenta de que podría ser muy beneficioso —me explicó—. Biden es consciente de algo que Obama en realidad no entendía, y es que los sindicatos son parte esencial de una base democrática. Si hay más personas sindicalizadas, les irá mejor a los demócratas. Este fenómeno se observa entre votantes blancos: los sindicalizados votaron por Clinton, mientras que los no sindicalizados votaron de forma abrumadora por Trump. Es una diferencia brutal.» Si Biden quisiera estar a la altura de la promesa rooseveltiana necesitaría, según Kazin, centrar todos sus esfuerzos en recobrar la fe de los

estadounidenses, de cualquier afiliación política, en que el Gobierno puede hacer algo para cubrir sus necesidades. «En los años treinta, el Gobierno funcionaba. El Gobierno siguió funcionando durante la Segunda Guerra Mundial. Por eso la gente creía en él y por eso seguían eligiendo candidatos liberales o republicanos moderados», me explicó Kazin. Sin embargo, esa confianza se ha perdido en estos tiempos. «Hay que convencer a la gente de que el Gobierno es capaz de cumplir lo que promete. La gente de izquierdas simplemente asume cosas como "¡Medicare para todos! ¡Les encantará!". Sí, claro, pero solo si de verdad funciona.»

Obama respaldaba esa postura. Él predijo que los progresistas serían un tanto flexibles si veían resultados. «No creo que se fijen en cuáles son los elementos contenidos en la lista de políticas pendientes —afirmó—. Lo que querrán es que se les demuestre que es posible lograr que la maquinaria del Gobierno funcione para que refleje aquello en lo que creen y lo que les importa. Que se les demuestre que la mayoría de los estadounidenses están a favor de hacer algo para contrarrestar el cambio climático, que en realidad sí se puede hacer algo, que no se queda en el olvido una vez que pasa por el Senado o la Cámara de Representantes.»

Un mecanismo por medio del cual Biden podría obtener mayor apoyo de la izquierda sería que pusiera a personas progresistas en puestos influyentes de su administración. Uno de los principales asesores de Sanders lo explicó del siguiente modo: «Para ser sinceros, si te fijas en los últimos años de Obama, faltaba alguien que internamente fuera la voz del progresismo. ¿Dónde estaba esa persona que debía advertirles: "A ver, estáis cediendo demasiado, tenéis que luchar contra esos inútiles"?». En el caso del Gobierno de Biden, continuó: «Podría hacerlo en el gabinete. Podría tratarse del personal más cercano. Aunque él representa de forma muy definida a un ala del Partido Demócrata (es decir, a la facción institucional), también es responsabilidad de quienes ostentan el poder preguntarse qué esfuerzos quieren emprender para tenderles la mano a quienes perdieron».

Biden hizo algunos gestos en ese sentido. Durante años, había dependido de un puñado de asistentes como Donilon, Klain y

Kaufman, la tríada que la revista *Politico* describió el año pasado como «igualitos a Biden: blancos, viejos y con mucha experiencia en las batallas ancestrales del Partido Demócrata». No obstante, ese mismo retrato ignoraba a gente como Symone Sanders, la joven exsecretaria de prensa de Bernie Sanders que figuraba entre los asesores afroamericanos más influyentes de la campaña de Biden. El exvicepresidente reconocía que para poder tener en cuenta las necesidades del país necesitaba expandir de forma radical el tipo de gente y de experiencias que figuraban a su alrededor. «Creo que es muy, muy importante que mi administración se asemeje al país», me dijo. Agregó que esperaba ser recordado como alguien que «traía consigo un montón de gente con mucho talento que quizá en otras circunstancias no habría tenido visibilidad u oportunidades».

No dejaba de sorprenderme que los demócratas moderados tendieran a describir la brecha ideológica del interior del partido como simples desacuerdos manejables. Cuando le insinué a Klobuchar, la demócrata moderada de Minnesota, que a Biden se le haría difícil conservar el apoyo de la izquierda, su respuesta fue: «No lo creo». En su opinión, la verdadera brecha era la que separaba a quienes apoyaban a Trump de quienes se oponían a él. «Esa brecha en el interior de nuestro partido no es tan grande —me dijo—. Recuerda la reforma de ley policial en la Cámara de Representantes y el Senado; un montón de moderados de la Cámara de Representantes y de zonas rurales del país apoyaron esa ley.»

Independientemente del discurso que el Sunrise Movement profesaba en su cuenta de Twitter, Prakash, una de las fundadoras del grupo, me confió que consideraban que la presidencia de Biden podía ser una oportunidad. «Debemos lograr que llegue a la presidencia, para luego movernos del ámbito de las políticas al del poder —puntualizó—. Ha habido cambios progresistas en este país con presidentes moderados, siempre y cuando fueran el momento y el lugar adecuados. ¡Por Dios! ¡Con Nixon se creó la Agencia de Protección Ambiental! ¡Con Eisenhower se construyó el sistema de autopistas interestatales! —señaló entre risas—. La clave es no volvernos ni complacientes ni moralistas —concluyó—. Debemos encontrar un punto intermedio que sea sólido.»

En el transcurso del verano, mientras Trump se desplomaba en las encuestas, Biden alcanzaba cifras que no podían compararse con las de ningún otro contrincante de un presidente en funciones, al menos que se haya podido medir con el actual sistema de encuestas. Incluso después de que Trump usara la Casa Blanca como escenario para eventos de la convención, siguió sin ser capaz de recuperarse en los sondeos. Biden solía decir que buscaba «unificar a la nación», pero ¿qué significaba eso en realidad? ¿Era la búsqueda de la unidad una fórmula para la parálisis?

Las promesas de unidad habían ayudado a Obama a llegar a la Casa Blanca. Sin embargo, el valor de ese concepto había cambiado en 2020. «El electorado de Obama, esa masa de estadounidenses ingenuos, ha madurado —me explicó Mitchell, del Partido de Familias Trabajadoras—. Ahora son más cínicos. Más rígidos. Hacen más preguntas y quieren más datos concretos. La gente quiere entender: "¿Cuáles son los detalles de vuestras políticas?". La gente entra en internet, lee los programas y los desmenuza. Por eso, Biden debe decir con todas las letras algo como: "Si le damos la vuelta al Senado, ocurrirán también estas otras cosas. Y así es como será mi gabinete, y estas son las decisiones de la era Trump que revertiremos". No basta con decir generalidades.»

Cuando le pregunté a Obama qué esperaba que ocurriera, llevaba parte del verano en su casa en Martha's Vineyard, trabajando en su biografía sobre sus años como presidente. Poco después de que Sanders renunciara a la candidatura, Obama anunció que apoyaba a Biden y desempeñó un papel público casi quirúrgico en la campaña, al aparecer junto al candidato en una conversación grabada en vídeo y en un evento de recaudación de fondos. Biden y él hablaban por teléfono con frecuencia, aunque en público no aludieran mucho a esas interacciones, pues Trump habría aprovechado para caracterizar el Gobierno de Biden como una restauración encubierta de la era de Obama. En los últimos tiempos, Obama había captado la atención mediática al pronunciar un conmovedor responso durante el funeral de John Lewis que había traído a los demócratas recuerdos de una era de optimismo olvidada desde hacía mucho.

Le pregunté por los jóvenes decepcionados por el hecho de que los demócratas institucionales no hubieran logrado mayores progresos. Él sacó a colación el ejemplo de la salud pública. «Por desgracia, Joe y yo éramos conscientes de algunas de sus limitaciones y restricciones —contestó—. Pero era lo que podíamos lograr entonces, y más de veinte millones de personas obtuvieron un seguro médico. Missouri acaba de expandir Medicaid, así que ahí debe haber unos cuantos cientos de miles más. Y ahora existe la oportunidad de mejorar las cosas aún más. Así que creo que mi respuesta a las generaciones jóvenes es: "¡Adelante! ¡Presionad con más fuerza!". Solo así lograremos progresar.»

Obama es un poco susceptible a las insinuaciones sobre lo conciliadora que fue su administración. «Mi plan legislativo, y el plan legislativo de Joe, era casi tan osado y agresivo como el de muchos de los jóvenes de hoy en día —contestó—. Si nos preguntaras a Joe y a mí de qué nos arrepentimos o qué lecciones nos dejó mi administración, no diríamos que no fuimos lo suficientemente osados al hacer propuestas. Más bien fue que seguimos creyendo en la capacidad de los republicanos del Congreso de seguir las reglas, de negociar y de llegar a acuerdos.»

Cuando Obama fue reelegido en 2012, esperaba que la victoria trajera consigo un Congreso con mejor disposición. «La fiebre podría ceder —afirmó en ese entonces—, pues hay una tradición de mayor sensatez en el Partido Republicano.» Pero fue perdiendo la esperanza. «Cuando hablo con los jóvenes, les digo: "Mira, nuestras propuestas climáticas eran muy agresivas, pero no logramos que las aprobaran". Y no logramos que las aprobaran no porque hubiera grupos de presión o donantes de grandes corporaciones que nos susurraran cosas al oído, sino porque no logramos sesenta votos en el Senado. Pasa lo mismo cuando intentas que haya opciones de salud pública o aprobar reformas migratorias —continuó—. Por medio de sus acciones, el Partido Republicano ha desacreditado las negociaciones y los pactos que se daban en el Congreso cuando Joe entró en él. Probablemente a él le cueste más trabajo aceptarlo, creo que porque tiene la experiencia previa de lograr que pasaran

cosas. Y creo que para él ha sido doloroso ver lo que les ha ocurrido a instituciones como el Senado.»

Biden solía decir que Estados Unidos «no puede funcionar sin consenso». No obstante, al conjurar esa imagen de armonía legislativa, muchos jóvenes estadounidenses lo tachaban de loco o, peor, creían que no estaba dispuesto a ensuciarse las manos en una pelea de verdad. En 2019 fue motivo de burlas por insinuar que los congresistas tendrían una «epifanía» una vez que Trump se fuera. Sin embargo, desde su punto de vista, las posibilidades de bipartidismo dependían del margen de la victoria. «Si ganamos y obtenemos cinco o seis escaños más que los republicanos en el Senado, creo que entonces *sí* habrá una epifanía —me dijo—, porque solo necesitas tres o cuatro o cinco republicanos que hayan visto la luz, aunque sea únicamente un poco.» Luego agregó: «Creo que no podemos subestimar el impacto de la ausencia de Trump. Desaparecerán el revanchismo, la mezquindad, la voluntad de vengarse de otro a expensas de sí mismo, como vimos con Sessions», dijo en relación a Jeff Sessions, exfiscal general de Trump, que no había conseguido ganar las primarias de su partido en Alabama en parte por el apoyo del presidente a su rival.

Un funcionario de alto rango de la administración de Obama con quien conversé durante el verano temía que el optimismo de Biden fuera a salir caro: «¿Se ve a sí mismo como alguien capaz de atraer a los republicanos contrarios a Trump y generar cierto consenso bipartidista? Por mi experiencia puedo afirmar que eso no es más que una trampa. Nosotros caímos en ella. Y tu gente pierde la fe, los republicanos no te dan el más mínimo crédito, pierdes mucho tiempo y terminas haciendo tratos con el Tea Party».

En agosto, y ante uno de los retos más importantes de su campaña, Biden tomó una decisión reveladora: eligió a Kamala Harris, la joven senadora de California, como candidata a la vicepresidencia. En ese momento, se trataba de defender la diversidad racial y étnica por encima de la diversidad ideológica. En caso de victoria, Harris sería la primera mujer negra y la primera persona de ascendencia india que ocuparía la vicepresidencia. Al igual que Biden, ella tampoco era la favorita de los progresistas. A

pesar de que su historial de votaciones en el Senado era de los más liberales, a los progresistas les incomodaban muchas de las decisiones que había tomado cuando fue fiscal de distrito de San Francisco y fiscal general de California, como cuando titubeó frente a las reformas policiales y castigó de forma agresiva el absentismo escolar.

Harris, que compareció junto a Biden durante el anuncio, se mostró ansiosa por participar en la batalla electoral y, con respecto a la situación económica de la era Trump, comentó: «Como todo lo demás que ha heredado, lo ha destrozado por completo». Además, le recordó que «cada dieciocho segundos muere un estadounidense por COVID-19». Trump y su entorno no lograban ponerse de acuerdo en la estrategia de contraataque; se burlaron de Harris por su voz y por su nombre, y, en un correo que enviaron a sus simpatizantes, la describieron como «la más mala, más horrible, más irrespetuosa y MÁS LIBERAL de todo el Senado estadounidense».

Tras el anuncio del binomio, llamé a Kandyce Baker, la administrativa a la que conocí en una protesta y que se había descrito como alguien que «por desgracia» votaría a Biden. A Baker le alegraba que hubiera una mujer negra en la candidatura, pero le preocupaban los cálculos políticos. «Estoy totalmente a favor de que los candidatos cambien de postura o reconozcan que "bueno, lo hice así en 2015, pero ahora estoy mejor informado". Sin embargo, quisiera escuchar a Kamala explicar lo que ocurrió. No basta con decir que has evolucionado.»

En el discurso que dio Harris en la Convención Nacional Demócrata, a finales de agosto, hubo más loas que explicaciones: «Me inspiran muchísimo las nuevas generaciones —afirmó—. Nos impulsan a materializar los ideales de nuestra nación». Harris había empezado a buscar el papel que desempeñaría en la administración de Biden. Era improbable que actuara como intermediaria con el Congreso, como Biden lo fue para Obama, pues eso podría hacerlo por sí mismo. En lugar de eso, demostró su potencial como puente hacia el electorado más joven y diverso, así como una voz férrea de los valores opuestos al trumpismo, y empezó por el debate contra el vicepresidente Mike Pence. Biden se enorgullecía de haber sido un

vicepresidente leal, así que Harris tendría que encontrar la forma de gestionar su nueva posición como heredera natural del partido sin alienar a su jefe.

La convención, al igual que muchos otros eventos que tuvieron lugar durante la pandemia, estuvo circunscrita a las pantallas, pero estas limitaciones no hicieron más que acentuar la sensación de urgencia personal. Obama hizo un llamamiento conmovedor al pueblo estadounidense, y sobre todo a la juventud, en el que les pidió que rechazaran el cinismo y la apatía. «Así es como se marchita la democracia hasta dejar de ser lo que es, y no podemos permitir que eso ocurra», declaró. En sus palabras, el individualismo era sinónimo de responsabilidad, no de concesión. «No les permitáis que os arrebaten el poder», les advirtió.

Todo aquello fue un preludio para la defensa aleccionadora que hizo Biden de la decencia moral, la razón y el luto por lo que denominó «esta temporada de oscuridad». Sin mencionar el nombre de Trump en su discurso, Biden argumentó que los estadounidenses no eran prisioneros de los fracasos del pasado ni del presente. «Recurriré a los mejores ciudadanos, no a los peores», declaró, y citó a Ella Baker, icono de la lucha por los derechos civiles, que dijo: «Dale luz a la gente y encontrará el camino».

Después de eso, una larga lista de ciudadanos de a pie dio cuenta de las dificultades por las que había atravesado. Kristin Urquiza, una mujer de treinta y nueve años de Arizona, contó la historia de su padre, Mark Anthony Urquiza, que había votado por Trump y creía en lo que el presidente tanto vociferaba sobre la pandemia, pero que, en palabras de Kristin, «murió solo en la UCI, con una enfermera tomándolo de la mano». Brayden Harrington, un muchacho de trece años de New Hampshire, celebró que Biden le dijera que pertenecían «al mismo club... porque tartamudeamos». La votación nominal oficial, que suele ser un ritual banal durante la convención, renació como un desfile en vídeo que daba cuenta de la diversidad e inmensidad de Estados Unidos, desde el Caribe hasta las Dakotas y Alaska. Resultó algo cursilón, pero también fue reconfortante y espectacular, propio de una era en la que la población estadounidense se enfrentaba a una certeza

desconcertante: los políticos pueden darnos luz (o por lo menos no apagarla), pero nos corresponde a nosotros encontrar el camino.

A pesar de los rompecabezas políticos y tácticos que potencialmente le esperaban a Biden si llegaba a la presidencia —China, el cambio climático, la inteligencia artificial, por no hablar de las crisis de fondo —, el carácter esencial de su gobierno probablemente se revelaría a partir de una serie de decisiones más profundas. Dos vertientes divergentes de su biografía darían forma a sus planes para solucionar los problemas del país: los mitos que apuntalan las políticas de la responsabilidad y sus propios infortunios. En *La tiranía del mérito* , el filósofo político de Harvard Michael Sandel escribió: «A pesar de que las desigualdades se han disparado, la cultura pública ha reforzado la noción de que somos responsables de nuestro propio destino y de que merecemos lo que obtenemos... Si triunfamos, es por mérito propio; si fracasamos, no podemos culpar a nadie más que a nosotros mismos». En tiempos de pandemia e injusticias sistémicas, según Sandel, «la sensación intensa de que nos rodean los imprevistos nos obliga a mostrar cierta humidad: "Pero ahí, por la gracia de Dios, por el simple hecho de haber nacido o por mero misterio del destino, iré yo"».

Biden, la eterna veleta, creía que la población estadounidense ansiaba un Gobierno diferente. Entendía lo que pasaba por la mente de los congresistas —el equilibrio, las evasivas, la triangulación— y creía que al menos algunos de ellos estarían dispuestos a cooperar con él. Pero su imagen de unidad ejercía un peso aún mayor en una fuerza que trascendía la mecánica de Washington: la posibilidad de lograr que la gente sintiera que alguien en el Gobierno le prestaba atención.

Durante la extrañísima campaña presidencial de 2020, a diario el equipo de Biden procuraba que hablara por teléfono con un ciudadano de a pie. Una tarde de primavera, lo pusieron en contacto con Mohammad Qazzaz, de Dearborn, Michigan. Tres semanas antes, Qazzaz, que se dedicaba a tostar café, había dado positivo

por coronavirus. Cuando Biden lo llamó, estaba confinado en su casa, aislado de su mujer e hijos, para protegerlos.

Qazzaz, que grabó aquella llamada y luego me permitió escucharla, le dijo a Biden que su hija de dos años no entendía por qué él no podía salir de su habitación: «No deja de decir: "¡Ábreme, *baba* ! ¡Abre la puerta!"». Mientras describía la situación, se le quebró la voz, pero intentó recomponerse: «Perdón, señor vicepresidente».

«No te disculpes —le contestó Biden—. Está totalmente justificado que te sientas así. Además, como decía mi madre, tienes que sacarlo.»

Biden le contó a Qazzaz que también alguna vez sus hijos habían sido demasiado pequeños como para entender la crisis en la que se encontraban. «No es lo mismo, pero me puedo hacer una idea de lo que estás viviendo», le dijo Biden. Le sugirió que jugara un juego sencillo con su hija en el que le pidiera que adivinara un número o un color desde el otro lado de la puerta. «Cuéntale historias de cómo serán las cosas cuando mejores», agregó. Conversaron un rato sobre el padre de Qazzaz, que llegó a Estados Unidos desde Jerusalén. «Mira, superarás esto —le dijo Biden—. Somos la nación que somos porque somos una nación de inmigrantes.» Se suponía que iban a hablar durante cinco minutos, pero al final la llamada duró veintidós.

Escuchar la llamada de Qazzaz me hizo recordar aquella famosa frase de Franklin Roosevelt: «La presidencia no es un mero puesto administrativo... Es, ante todo, un lugar de liderazgo moral». La vida de Joe Biden ha estado repleta de errores, arrepentimientos y pérdidas personales devastadoras. Y, en caso de llegar a la presidencia, sería improbable que de sus labios saliera aquella retórica exaltada que le llega a la nación al alma. Sin embargo, lo que sí podría ofrecerle a un pueblo que está de luto es algo parecido al consuelo, un lenguaje para sanar.

# AGRADECIMIENTOS

Buena parte de los textos comprendidos en este libro son producto de mi trabajo en *The New Yorker* , por lo que estoy especialmente agradecido con mis colegas, tanto antiguos como actuales. El primer perfil de Biden que escribí lo editó John Bennet, a quien le tengo una gran estima. La revisión de textos más breves estuvo, sin embargo, a cargo de Virginia Cannon, Amy Davidson Sorkin y Carla Blumenkranz. Cuando volví a profundizar en el tema durante la campaña presidencial de 2020, tuve la buena suerte de colaborar con el editor Nick Trautwein, que interviene con la franqueza y la precisión de un cirujano. Además, tengo una deuda especial con Deirdre Foley-Mendelssohn, Dorothy Wickenden y David Remnick, quienes sustentan la cultura de justicia, progreso y productividad de la revista.

Este trabajo se enriqueció en varios momentos gracias a la labor esencial de corroboración de datos y otros apoyos editoriales de Madeleine Baverstam, James Haynes, Ethan Jewell, Ruth Margalit, Teresa Mathew, Betsy Morais, Matthew Silberman, Hélène Werner y Hannah Wilentz.

Además, este libro no habría visto la luz sin la inteligencia y destreza de mi querida amiga y agente Jennifer Joel. Le doy las gracias en especial a Jonathan Karp, que impulsó mi trabajo durante años, mucho antes de mover cielo, mar y tierra para que se publicara este volumen. En Scribner, Nan Graham recibió la idea con urgencia y gracia, y el editor Colin Harrison se convirtió en un compañero fiel durante la redacción de cada página. Debo mucho también a Sarah Goldberg, Mark LaFlaur y Brian Belfiglio.

La principal deuda la tengo, como era de esperar, con mi familia: gracias a mi mujer, Sarabeth, cuya inmunidad al cinismo influye en

cada una de mis opiniones políticas; y a Oliver y Rose, que nos recuerdan de verdad por qué todo esto importa.

# NOTAS SOBRE LAS FUENTES

Este libro es una adaptación de una serie de artículos publicados en el *New Yorker* entre 2011 y 2020. Biden lleva buena parte de su vida diciéndole a la gente: «O vas para arriba o ya vas para abajo». Cuando lo conocí en persona —en abril de 2014— Biden estaba volando por los aires, tanto en sentido literal como metafórico, pues estábamos a bordo del Air Force Two, sobrevolando Europa oriental, y se respiraba un aire de desánimo en torno a su segundo mandato como vicepresidente. Washington estaba paralizado por el rencor bipartidista, los índices de aprobación de Obama estaban decayendo, y era demasiado pronto como para que Biden empezara a insinuar siquiera la posibilidad de lanzar su candidatura a la presidencia. Desde entonces, he entrevistado cuatro veces a Biden, la última en julio de 2020. A lo largo de ese tiempo, he hablado con más de cien personas de su entorno político, incluyendo a Obama (dos veces), a miembros de su familia y asistentes de muchos años, así como a opositores y aliados en Washington, Delaware y en otros lugares.

Fue accidental que la carrera de Biden se convirtiera en uno de mis campos de especialización. Al principio me llamó la atención su implicación en temas de relaciones exteriores, pues yo había pasado una década trabajando como corresponsal en el extranjero. Sin embargo, al conocerlo mejor, descubrí que era un pozo sumamente fructífero de enseñanzas sobre la cultura política estadounidense, gracias a su amplia experiencia, su capacidad e intensidad emocional, y su dificultad para disimular lo que piensa con la habitual capa de patrañas que caracterizan los incontables encuentros periodísticos en Washington. Biden da giros, sin duda, pero no con la misma fluidez que otros.

No solo me documenté con entrevistas: bebí también del trabajo de varios académicos y periodistas que han seguido la carrera de Joe Biden. Las siguientes notas no pretenden ser exhaustivas, pero sí espero que sean un mapa que permita al público acceder a fuentes sumamente valiosas.

## Prólogo

El relato de los aneurismas de Biden y su recuperación está tomado de entrevistas realizadas a él y a otros miembros de su familia. Como ocurrió también con otros episodios centrales de su vida, me basé en los detalles valiosos que él mismo comparte en sus memorias: *Promises to Keep* (2007) y *Promise Me, Dad: A Year of Hope, Hardship, and Purpose* (2017). Algunos otros detalles de su crisis médica aparecen descritos en el espléndido volumen *What It Takes: The Way to the White House* , del difunto Richard Ben Cramer, en donde se relata la candidatura presidencial de Biden de 1987.

El comentario que le hizo Biden a un ministro británico durante una reunión privada está extraído de la entrevista que le hice a un testigo de primera mano.

## 1. *Annus horribilis*

La caracterización de James Comey aparece en su biografía, *A Higher Loyalty: Truth, Lies, and Leadership* (Nueva York: Flatiron, 2018).

Agradezco a Patrick Fisher sus perspectivas sobre los efectos políticos de la oleada *millennial* , las cuales aparecen en múltiples publicaciones, incluyendo el artículo «Generational Cycles in American Politics, 1952-2016», publicado en 2020 en *Society,* núm. 57, pp. 22-29.

En cuanto a las observaciones sobre la evolución de la juventud izquierdista, me fue de gran ayuda la reflexión profunda que hace

John Judis en su ensayo «A Warning from the 60's Generation», publicado en el *Washington Post* el 21 de enero de 2020, así como el libro *The Next America: Boomers, Millennials, and the Looming Generational Showdown* , de Paul Taylor y el Pew Research Center (Nueva York: PublicAffairs, 2014).

Los detalles sobre los primeros encuentros entre Obama y Biden también aparecen relatados en el cautivador libro de Steven Levingston *Barack and Joe: The Making of an Extraordinary Partnership* (Nueva York: Hachette, 2019).

## 2. Lo que hubo que hacer

Jeff Connaughton relata sus impresiones en el libro *The Payoff: Why Wall Street Always Wins* (Westport, Connecticut: Prospecta, 2012).

La información y el análisis sobre la generación silenciosa aparecen en el volumen *The Lucky Few: Between the Greatest Generation and the Baby Boom* , de Elwood Carlson (Ámsterdam: Springer, 2008).

Con respecto a la evolución de las nociones estadounidenses de suerte y voluntad, me basé en *The Biggest Bluff: How I Learned to Pay Attention, Master Myself, and Win* , de Maria Konnikova (Nueva York: Penguin, 2020).

Los detalles biográficos relatados en este capítulo y los subsiguientes están tomados de entrevistas, así como de los libros *Promises to Keep, What It Takes* y de la segunda biografía de Biden, *Promise Me, Dad* . Con respecto a la historia de las audiencias de Thomas, recurrí a la obra *Strange Justice: The Selling of Clarence Thomas* , de Jane Mayer y Jill Abramson (Boston: Houghton Mifflin, 1994).

## 3. «Tienes que crecer»

Los primeros comentarios e impresiones de Biden al llegar al Senado están plasmados en «Death and the All-American Boy», texto publicado en la revista *Washingtonian* el 1 de junio de 1974.

Me resultó muy útil un ensayo que escribió Roger Berkowitz sobre Biden, titulado «When Joe Biden Wrote to Hannah Arendt», publicado por el Hannah Arendt Center for Politics and Humanities del Bard College.

Por su parte, James Forman Jr. analizó las políticas de la responsabilidad en *Locking Up Our Own: Crime and Punishment in Black America* (Nueva York: Farrar, Straus & Giroux, 2017).

El recuento y análisis del uso de la frase «sin que pueda achacárseles culpa alguna» figuran en el libro *La tiranía del mérito. ¿Qué ha sido del bien común?* , de Michael J. Sandel (Barcelona: Debate, 2020).

Los datos sobre el incremento en los salarios de los directores ejecutivos en los años posteriores a 2007 los dio a conocer el Comité Conjunto de Impuestos (JCT, por sus siglas en inglés) del Congreso estadounidense.

## 4. Vicepresidente

Stacey Abrams explora el concepto de «nueva mayoría estadounidense» en *Our Time Is Now: Power, Purpose, and the Fight for a Fair America* (Nueva York: Henry Holt, 2020).

Con respecto a los detalles sobre otras vicepresidencias, incluyendo el énfasis de Cheney en los «asuntos de hierro», me fue de mucha ayuda el libro *Angler: The Cheney Vice Presidency* de Barton Gellman (Nueva York: Penguin, 2008).

Colleen Shogan explora en detalle el uso que hizo Obama de una retórica política basada en la empatía en el extraordinario ensayo «The Contemporary Presidency: The Political Utility of Empathy in Presidential Leadership», publicado en 2009 en la revista *Presidential Studies Quarterly,* núm. 39, pp. 859-877.

## 5. El enviado

El relato de Bill Bradley sobre el viaje con Biden a la Unión Soviética está tomado de su biografía, *Time Present, Time Past* (Nueva York: Vintage, 1997).

En el verano de 2014, *USA Today* desmenuzó los registros telefónicos de la Casa Blanca, y de ese análisis se desprendió que Biden mantenía contacto frecuente con oficiales en Irak.

La «apuesta» de Biden de que Al-Maliki extendería el Acuerdo sobre el Estado de las Fuerzas aparece descrita en *The Endgame: The Inside Story of the Struggle for Iraq, from George W. Bush to Barack Obama* , escrito por Michael R. Gordon y el general Bernard E. Trainor (Nueva York: Pantheon, 2012).

Zalmay Khalilzad y Kenneth Pollack hicieron una evaluación del panorama estratégico para Irak en el texto «How to Save Irak», publicado en *The New Republic* el 22 de julio de 2014.

## 6. AFORTUNADOS Y DESAFORTUNADOS

El recuento de cómo Biden le aseguró a Obama en 2008 que ya sería demasiado mayor para postularse a la presidencia aparece en «Biden's Unified Theory of Biden», de Jonathan Alter, publicado el 13 de octubre de 2008 en *Newsweek.*

El texto de Peter Beinart sobre el valor potencial de tener un campo demócrata más amplio en 2016, «Run, Joe, Run: Why Democrats Need a Biden Candidacy», se publicó en *The Atlantic* el 9 de mayo de 2014.

Los detalles en torno al fallecimiento de Beau y la entrada del diario de Biden aparecen en su biografía, *Promise Me, Dad* . Además, el volumen *Barack and Joe* de Levingston me brindó información muy valiosa sobre el contexto de los últimos años que compartieron Obama y Biden en el Ala Oeste.

El recuento detallado y profético que hizo Adam Entous de cómo la vida de Hunter Biden pudo influir en las políticas presidenciales, titulado «Father and Son», se publicó en el *New Yorker* el 1 de julio de 2019.

## 7. La batalla por el alma

Me resultó muy útil leer una versión preliminar del libro *Crackup: The Republican Implosion and the Future of Presidential Politics* de Samuel L. Popkin, el cual se publicará en 2021 (Nueva York: Oxford University Press).

Lucy Flores publicó su historia de los hechos, «An Awkward Kiss Changed How I Saw Joe Biden», en *New York* , el 29 de marzo de 2019.

En marzo de 2020, Renee DiResta, investigadora del Stanford Internet Observatory, analizó los efectos de la campaña #BidenCognitiveDecline que lanzó Jill Stein en las redes.

Ryan Lizza evaluó la brecha entre Biden y la juventud izquierdista en su mordaz artículo «Biden Camp Thinks the Media Just Doesn't Get It», publicado en *Politico* el 11 de septiembre de 2019.

Bernie Sanders reflexionó sobre su relación con Biden en «Bernie Sanders Is Not Done Fighting», entrevista que le realizó Andrew Marantz para el *New Yorker* y que se publicó el 9 de junio de 2020.

## 8. Planificar la presidencia

Los primeros planes de acción de Biden aparecen descritos por Matt Viser en «If He Gets a Presidential Day 1, Joe Biden Has a Nearly Endless List of Ways to Spend It», publicado el 29 de julio de 2020 en el *Washington Post* .

Kevin M. Kruse explora cómo aprovechar las lecciones aprendidas en la Comisión Pecora en «Why a Biden Administration Shouldn't Turn the Page on the Trump Era», publicado el 7 de julio de 2020 en *Vanity Fair* .

Por último, recurrí una vez más a la exploración concienzuda que hace Sandel en *La tiranía del mérito* sobre los cambios en los conceptos de recompensa, control y lucha en Estados Unidos.

*Joe Biden. Una nueva era*
Evan Osnos

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,
ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión
en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico,
mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,
sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción
de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito
contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes
del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Joe Biden: The Life, the Run, and What Matters Now*

© del diseño de la cubierta, Planeta Arte & Diseño
© de la fotografía de la cubierta, Matt Rourke / AP Photo / Gtres

© Evan Osnos, 2020

© de la traducción del inglés, Ariadna Molinari Tato y José Carlos Ramos Murguía, 2020

© de esta edición: Edicions 62, S.A., 2020
Ediciones Península
Diagonal, 662-664
08034 Barcelona
edicionespeninsula@planeta.es
www.edicionespeninsula.com

Primera edición en libro electrónico (epub): noviembre de 2020

ISBN: 978-84-9942-963-2 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta